# Las 12 leyes de mi Karma



MAYA SIRVAL

# LAS 12 LEYES
# DE MI KARMA

Título: *Las 12 leyes de mi karma*

© Maya Sirval
© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1ª edición: agosto de 2025

*Independentlypublished*

# LAS 12 LEYES DE MI KARMA

MAYA SIRVAL

**Prólogo**
**Capítulo 1**
**Capítulo 2**
**Capítulo 3**
**Capítulo 4**
**Capítulo 5**
**Capítulo 6**
**Capítulo 7**
**Capítulo 8**
**Capítulo 9**
**Capítulo 10**
**Capítulo 11**
**Capítulo 12**
**Epílogo**

# Prólogo



Mi novio Julio es un gran chico. Todo el mundo lo dice, y es la verdad más absoluta. Mis padres lo adoran, y creo que hasta a mi abuela le gusta más que a mí. Cuando nos ve juntos, le aprieta los mofletes y lo hace ruborizarse. Hasta tal punto que el pobre la evita todo lo que puede.

—Tu abuela me acosa, Emma, te lo juro —me dice siempre, con una mezcla de resignación y sorna—. El otro día me pegó un pellizco en el trasero.

—¡Qué exagerado! Lo que pasa es que eres muy achuchable, tonto —le respondo, dándole yo también un pellizco en venganza.

Julio trabaja en la empresa de su padre y, algún día, heredará el negocio. Es un chico trabajador y ambicioso, pero solo lo justo. También es inteligente y muy divertido.

Cuando no está en la fontanería o llevándome a cualquier lugar que necesite, se dedica a hacer deporte. Es de esos que madrugan un

domingo para subir una montaña como si eso fuera lo más divertido del mundo. No fuma, casi no bebe y mucho menos ha probado las drogas.

A sus diecinueve años, tiene tan claro lo que quiere para su futuro que deja a todos sin palabras.

Podría haber estudiado cualquier carrera. Sus padres lo animaron, pero él decidió que ya lo tenía todo: una vida montada, un plan firme y claro. Solo quería formarse para hacer que el negocio familiar fuera todavía más próspero y rentable. Y lo está consiguiendo.

Soy la envidia de mis compañeras de instituto y de todas las que lo conocen. Julio no solo es guapísimo, con ese pelo castaño siempre perfectamente cortado, sus ojos verdes de mirada limpia y su sonrisa con hoyuelos que vuelve loca a mi abuela. Además, todo el deporte que practica y su trabajo lo han hecho desarrollar unos músculos que, hasta hace poco, solo podía admirar y que ahora puedo disfrutar de pleno derecho. Y vaya si los disfruto. Sé que soy la chica más afortunada del mundo porque, además, Julio está loquito por mí.

Llevamos juntos casi dos años, desde que yo tenía dieciséis, y nunca discutimos. A diferencia de mis amigas y las parejas que conozco, no tenemos ningún motivo para hacerlo. Cero dramas, cero reproches.

¿De qué discuten la mayoría de las parejas de mi edad? Seamos claros: los celos son, en un noventa y nueve por ciento, el principal

motivo de las peleas. Pero eso no nos pasa a nosotros.

Él no es nada celoso. Cuando le digo que necesito una escapada solo con las chicas, incluso se ofrece para llevarnos y recogernos. No me controla por las redes sociales, porque ni tiene ni le interesa ese mundo, salvo para usarlo como herramienta de marketing. Y me consta que muchas chicas intentan ligar con él, pero nunca consiguen nada. Julio es un muro: guapo, educado y blindado.

Todos los lunes y miércoles, cuando sale de trabajar, me espera a la salida de la academia donde voy a repasar para las pruebas de acceso a la universidad. Y los viernes, sin falta, me recoge a la salida de mis clases particulares de inglés y me lleva a casa para que me arregle y salgamos a cenar.

Es una rutina de pareja perfecta. Como sacada de una comedia romántica sin giros argumentales.

Mientras me arreglo, él espera pacientemente en el salón hablando con mi madre, o con mi abuela, que casualmente aparece todos los viernes desde que sabe que Julio estará allí.

A pesar de las muestras de cariño un poco exageradas de mi abuela, Julio no se esconde. Es tan respetuoso y educado que, a veces, incluso yo le tengo que llamar la atención.

—Joder, si es que le das coba, tío —le digo entre risas—. Intenta ser un poco menos amable y educado. No es obligatorio caerle bien a todo

el mundo.

Pero Julio no puede evitar ser como es. Y por eso todos en casa están enamorados de él.

Todos, menos yo.

Y es muy raro, lo sé. No me juzguéis. Ni siquiera yo entiendo el motivo, pero por extraño que parezca, no puedo hacer nada para evitarlo.

A veces me pregunto si hay algo roto dentro de mí. Si soy de esas personas que son incapaces de amar a nadie. Porque, si no puedo enamorarme de este chico, no sé de quién podré hacerlo.

Tengo solo dos meses antes de irme a la universidad. Y al estrés de los exámenes se suma el peso de una decisión que me carcome: tengo que romper con Julio, y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Tengo que dejar a un chico perfecto en todos los sentidos, que me adora, que está enamorado hasta los huesos. Y lo peor es que, cuando mi familia se entere, sobre todo mi abuela, probablemente me repudien.



Estamos en el chalé de sus padres, donde solemos ir muchos sábados después de cenar a... bueno, ya sabéis a qué.

En esta misma casa hicimos el amor por primera vez.

Fue nuestra primera vez en todos los sentidos. La suya, la mía y la nuestra.

Llevábamos juntos seis meses y, aunque él quería esperar a que yo cumpliera al menos los diecisiete, yo lo único que deseaba era perder la virginidad cuanto antes. Estaba harta de escuchar a mis amigas contar sus historias, buenas y malas. Quería dejar atrás la teoría y poner en práctica todo lo que había aprendido por observación.

Le insistí tanto, que Julio preparó una escena digna de película.

El chalé de sus padres no es una simple casa de campo sin comodidades. Es casi una mansión, con piscina, porche, muebles de diseño y hasta altavoces empotrados que reproducen música en cada rincón.

Aquella noche me vino a recoger en su moto. Al llegar, había una cena con velas y sonaba Taylor Swift de fondo. Tardé apenas diez minutos en tirarme a sus brazos y empujarlo a la cama.

Perder la virginidad con Julio no fue tan excitante ni placentero como yo imaginaba, pero lo recuerdo con cariño. Me sentí querida, deseada. Me sentí importante.

Sacudo la cabeza, intentando arrinconar ese recuerdo.

He venido a cortar con Julio, y no me gustaría que aquel momento tan bonito quedara ligado a este tan doloroso.

—¿Qué tal el examen de Física? —me pregunta nada más entrar—. ¿Sabes ya la nota?

Tiene esa mirada luminosa de quien siempre espera lo mejor.

—Qué va. Ese profe nos va a tener así toda la semana. Es la única que me falta.

—Seguro que te da para entrar en la carrera. —Me acaricia las manos y me mira a los ojos.

Siento que confía más en mí que yo misma.

—Estoy orgulloso de ti, pase lo que pase.

¿Cómo puedo romper con alguien así?

¿De verdad no estoy enamorada?

¿Reuniré el valor alguna vez?

La única respuesta que encuentro está en sus labios. Cierro los ojos mientras le beso. No quiero mirarlo. No quiero sentirme peor de lo que ya me siento.

Me quita la ropa despacio, con la delicadeza de quien desenvuelve un regalo. Besando cada parte que descubre, como si fuera algo sagrado.

Desnudos sobre su cama, me siento sobre él. Su cuerpo me estira, me llena. Cierro los ojos con fuerza, intentando concentrarme solo en el placer.

Gimo, me muevo, me pierdo en el vaivén. Su lengua juega con mis pezones, su mano me sujeta firme. Me sostiene mientras me corro.

Otro orgasmo más, otro día menos.

Durante mi encierro de estudio, Julio me llama cada noche. Me deja mensajes de ánimo. Yo estoy irascible, no con él, sino con el mundo. Me juego el futuro en dos semanas y no tengo ni idea de si lograré entrar en la carrera. A diferencia de él, yo no tengo ni un plan B. Ni C.

El viernes viene puntual, como siempre.

—Necesitas salir y que te dé el sol —dice, levantándome del escritorio como si fuera una pluma.

Aunque no tengo muchas ganas, salimos a dar un paseo.

—Te he comprado nubes. —Me las ofrece como si fueran joyas—. Un poco de azúcar te vendrá bien.

—Eres un cielo —le contesto, con un nudo en la garganta—. No te merezco.

Y es verdad.

Apoyo la cabeza en su hombro y saboreo las golosinas. No puedo imaginar cómo será la vida sin él. Pero hay algo que sé con certeza: nadie me cuidará nunca como lo hace Julio.

Faltan solo dos días para mis pruebas. Luego, el viaje de fin de curso a Mallorca.

La selectividad resulta ir mucho mejor de lo que esperaba, y mi abanico de opciones se multiplica. Puedo entrar en la facultad que elija, y eso elimina cualquier excusa para no irme a cientos de kilómetros de él... y usar la distancia como detonante de nuestra ruptura.

El viaje de fin de curso es un desmadre de fiestas, risas y borracheras monumentales.

—No quiero que pienses que quiero controlarte ni nada parecido —me dice Julio en el aeropuerto, justo antes de despedirnos—. Tú pásalo bien y disfruta. Te lo mereces. Pero, por favor, lleva cuidado.

—No voy a hacer nada —le tranquilizo, tomándole las manos entre las mías—. Te lo prometo.

—Lo sé —responde con una sonrisa triste—. Me refiero a que no soportaría que te ocurriera nada malo.

Lo único que saco en claro del viaje es que mis compañeras se desmadran y se lían con todo ser viviente que respire y consiga aguantar la noche sin vomitarles encima.

—¡Tía! Julio no se va a enterar de lo que hagas —dice Ruth, mi mejor amiga, mientras tomamos el sol. Tiene una resaca monumental, pero aún le da la vida para enseñarme su particular diario de viaje: una lista en el móvil con los nombres de todos los tíos con los que se ha

acostado desde que llegamos. Son bastantes más que los días que llevamos en la isla.

—Estás desaprovechando una oportunidad de oro. Esto ya no lo vas a volver a vivir.

Yo tan solo asiento con la cabeza y le doy la razón, mientras ella se queda dormida bajo la sombrilla. Y entonces pienso en Julio. En su forma de tocarme cuando hacemos el amor. En el cuidado en los detalles que pone cada vez. Una vela encendida, música tranquila o una flor que crece silvestre en el jardín al lado de la piscina y que arranca para ofrecérmela con una sonrisa y una reverencia exagerada. Sus besos con sabor a chocolate y nubes de azúcar. El olor a suavizante de su ropa recién lavada y la colonia en su cuello.

Y luego me acuerdo de la noche anterior en la discoteca. De cómo Ruth se fue con un chico al que acababa de conocer y que le ofreció meterse una raya en el baño. El chico tenía los dientes torcidos, rodales de sudor en las axilas y el aliento a tabaco y ron barato.

—Ruth, ¿estás segura de que quieres irte con ese? —La agarré del brazo, intentando que lo pensara aunque fuera dos minutos—. Puede pegarte cualquier cosa.

—Joder, Emma, pues claro —respondió, como si lo más sensato del mundo fuera dejarse llevar por un tipo así—. Deberías divertirte tú también.

Pero a mí, lo que ella hace no me parece divertido. Y echo mucho de menos a mi novio.



En agosto cumplo los dieciocho y Julio me monta la mejor fiesta sorpresa del universo. Sí, así, como suena. Decoración personalizada, mis canciones favoritas y una mesa llena de aperitivos que me encantan. Es el tipo de cosas que hace Julio: desvivirse por mí.

Solo me quedan tres semanas para irme a la universidad y aún tengo que encontrar la forma menos dolorosa de romper con él. Pero no me lo está poniendo nada fácil.

He estado pensando las palabras exactas durante tres meses y, cuando creo que es el momento adecuado, él hace algo maravilloso que lo arruina todo. Una sorpresa, un gesto bonito, un recuerdo compartido que vuelve a frenar mi decisión.

Soy idiota, lo sé. Soy una cría inmadura, también. Pero si hay algo que no soy es una mala persona. Aunque a veces, hasta las buenas personas hacemos cosas malas.

Quiero demasiado a este chico como para seguir con él sin estar enamorada. Se merece un amor épico, como el que me regala cada día. Y yo, por mucho que quiera, no puedo dárselo.

He pensado en decirle exactamente eso, pero sé que intentará convencerme. Y al final, nos casaremos, tendremos un par de niños y

viviremos una vida absolutamente idílica... e infeliz.

Nuestros hijos serían preciosos, seguramente con los ojos entre verdes como los suyos y azules como los míos. Ambos heredarían sus hoyuelos y mis labios carnosos. Tendríamos una casa con jardín y muchas fotos familiares colgadas en las paredes.

Pero yo solo pienso en una cosa: quiero sentir por alguien lo que él dice y demuestra sentir por mí.



Ya he encontrado un lugar donde vivir en la universidad. Voy a compartir piso con dos chicas del norte de España a las que no conozco en persona. Hemos contactado a través de un anuncio, y en una semana tengo que mudarme.

Julio, por supuesto, se ofrece a ayudarme en todo momento.

—Creo que va a ser mejor que no os conozcáis de nada —me dice mientras elegimos juntos la ropa que llevaré—. Si vivieras con Ruth, por ejemplo, acabaríais matándoos.

—¿Tú crees?

—Pues sí. Me lo han dicho ya varias personas. Que se fueron a vivir con amigos y terminaron peleados.

—¿Sabes qué? —le pregunto, cambiando de tema.

—Dime, cosita.

—Tú eres mi mejor amigo.

Julio me sonríe en silencio y me mira con una expresión que no consigo descifrar.

—Bueno... Espero ser algo más algún día.

Ahora o nunca.

—Respecto a eso —empiezo a decir, bajando la mirada—, quería comentarte...

—¿Cómo van esas maletas, parejita? —La voz de mi madre irrumpe como una bomba—.¿Habéis terminado ya?

—Sí, mamá. No hace falta que estés supervisando todo lo que hacemos cada cinco minutos —respondo, visiblemente molesta. No solo ha interrumpido mi charla trascendental con Julio. Es que, además, es una fea costumbre que tiene desde que empezamos a salir.

—Te he dicho mil veces que si queremos enrollarnos, no vamos a hacerlo contigo en la habitación de al lado, así que no te preocupes tanto.

—Mira que eres tonta —replica ella, dándome una palmada suave en la espalda. Luego se dirige a Julio y lo agarra del brazo sacándolo del cuarto.

—Te quedas a comer con nosotros, ¿verdad? Estoy haciendo estofado de ternera al horno.

Julio me mira como pidiéndome permiso. Yo ruedo los ojos. Esa es su comida preferida, y mi madre lo sabe. Cada vez que quiere que se

quede, la cocina. Y cuando pregunta, sabe perfectamente que la respuesta va a ser sí.

Una de las últimas oportunidades que tenía se esfuma. Y empiezo a desesperarme.

Mi último recurso es Ruth.

—¿Por qué no me has dicho que querías romper con él? —me suelta, visiblemente enfadada—. Joder, Emma, se supone que soy tu mejor amiga. Pero espera... ¿tú estás loca? ¿Por qué coño quieres romper con Julio?

—Es una larga historia... —empiezo.

—Te ha puesto los cuernos. Qué cabrón. Si es que al final son todos iguales. Menudo cerdo. Tú en plan mojigata en Mallorca y él aquí...

—Para, Ruth. No es nada de eso, de verdad.

—¿Entonces?

—No es por él. Soy yo. —Intento explicarme con cuidado. Con Ruth, cualquier malentendido puede explotar—. No estoy enamorada de él. Al menos no como él lo está de mí.

—Pero... ¿tú lo quieres?

—Claro que lo quiero. Es mi mejor amigo y...

—Bueno, gracias, ¿eh?

—Aparte de ti. Ya sabes lo que quiero decir.

Mi amiga se queda mirándome y se acaricia la barbilla. Está pensando qué decirme y, por el tiempo que se está tomando, parece que va a ser bastante largo. Yo espero pacientemente a que hable porque, aunque no me queda mucho margen y no quería recurrir a pedirle consejo, parece que es mi última opción. Ruth ha salido con muchos chicos y ha roto muchas veces. Tantas, que podría dar charlas de auto ayuda sobre rupturas sentimentales.

Después de lo que me parece eterno, empieza a hablar.

—Para empezar, creo que estás cometiendo un error de proporciones bíblicas. Pero claro, eso según mis estándares y valores —me dice, alzando una ceja—. Y ha quedado claro, en todos estos años de amistad, que no se parecen en nada a los tuyos.

—Eso ya lo sabemos —murmuro.

—Tienes a un tío guapo, rico, que está loco por ti y que, encima, no es ni un poquito tóxico. Ni celoso. ¡Ni siquiera un pelín! Y ¿quieres romper con él porque no estás segura de sentir lo mismo?

—Estoy bastante segura de que...—empiezo a decir.

—¡Calla! —me interrumpe, tapándome la boca con la mano—. No me interrumpas, que pierdo el hilo.

Hace una pausa dramática, se aclara la garganta y sigue.

—Vas a estar en la universidad. Vas a conocer a mil tíos, incluso a alguna tía que seguramente te haga experimentar. ¡La universidad está

para eso, Emma! Podrás hacer lo que te dé la gana y tu novio perfecto te estará esperando cada finde. Es el sueño de todas. ¿Y tú quieres renunciar a todo eso?

Ante mi silencio, Ruth se encoge de hombros y me mira fijamente.

—No es una pregunta retórica, Emma. ¡Habla, coño!

Pero yo no puedo hablar. He roto a llorar. Las lágrimas me inundan la cara antes de poder evitarlo. Ruth, que siempre se hace la dura, no dice nada. Solo me abraza y aguanta mis sollozos.

—Desahógate, cariño —me dice con ternura, apretándome fuerte. Luego se aparta un poco y me pasa un pañuelo que saca del sujetador como si fuera un conejo de un sombrero.

—Toma, anda. Me estás llenando la camiseta de mocos, asquerosa.

Que una amiga te haga reír mientras lloras es una de las cosas más bonitas y gratificantes que tiene la amistad. Que te insulte como Ruth hace conmigo siempre que hablamos es su particular manera de decirme «te quiero». Es su forma, y yo la respeto.

Mientras me sueno la nariz y me recompongo, ella me acaricia la espalda. Es una costumbre desde que teníamos cinco años y en la guardería algún niño me tiraba de las coletas. Ruth siempre me defendía a mordiscos si hacía falta y luego me consolaba con el cariño más absoluto.

—¿Qué puedo hacer, Ruth? He intentado hablar con él cien veces y no puedo. Voy a romperle el corazón y eso me parte el alma.

—Sí, amiga. Es una putada. Habría sido más fácil si te hubiera puesto los cuernos. Ahí te podría haber aconsejado de lujo. Pero esto... esto no tiene manual.

—No tengo el valor de dejarlo y, a este paso, me veo casada y con hijos. Y no quiero eso.

—No te preocupes —dice con decisión, cruzándose de brazos como una general en guerra—. Pensaremos algo.

Ruth es la mejor amiga que cualquiera podría tener. La quiero con locura. Pero no nos engañemos: como he dicho antes, no es la reina de la sutileza y, en el terreno de los chicos, es un desastre. Tendría que haber previsto que pedirle consejo podría salir muy mal.

Faltan dos días para irme a la universidad y ya lo tengo todo preparado. Maletas hechas, asignaturas escogidas, bono de transporte en la cartera y una tarjeta de crédito donde mis padres me irán ingresando dinero. Solo me queda presentarme en una de las cafeterías del campus donde trabajaré a media jornada para sacar algo extra.

Y como no podía ser de otra forma, Ruth me monta una fiesta de despedida.

En solo dos días consigue reunir a casi todos mis compañeros de clase, los de la academia de inglés y todos los chicos que ella conoce. Y creedme: son muchos. Algunos me suenan, otros me resultan vagamente familiares, y del resto no había oído hablar en mi vida.

La fiesta es en la casa de campo de sus tíos, con los que vive desde que murieron sus padres. Está a tan solo cinco kilómetros del centro, pero parece otro mundo. Un lugar perfecto para perder la cabeza.

No sé exactamente en qué consistía el plan original de Ruth, pero a grandes rasgos, parece que quería poner celoso a Julio. Provocar una discusión. Una pelea y una posterior ruptura.

—No sé si quiero hacer eso, Ruth —le digo, inquieta, con el presentimiento de que algo va a salir mal—. Y menos delante de todos nuestros amigos.

—Vale, Emma. Pues que tengas una feliz vida. Ya me invitarás a tu boda. Espero que me hagas madrina de uno de los doce hijos que tendrás con él.

Ruth no es nada sutil, pero sabe cómo tocarme la fibra. Una sola frase y me deja sin argumentos.

Uno de sus amigos se acerca a mí. Es guapo. No tanto como Julio, claro. Pocos lo son. Pero tiene ese aire de chulería canalla que tanto le gusta a Ruth. Un par de años mayor que nosotras, mirada insinuante, sonrisa torcida. El tipo de chico que huele a problemas y a colonia cara.

Se hace llamar Lucky. Y parece tener muy claras las consignas que le ha dado Ruth. Está todo el tiempo cerca de mí, aunque Julio esté al lado. De hecho, sobre todo cuando Julio está al lado.

Cualquier novio habría saltado a la yugular. Pero Julio solo sonríe. No se le nota ningún indicio de molestia. Ni celos. Ni incomodidad.

Empiezo a entender que es imposible hacerle perder los papeles.

—Perdona, Julio, el amigo de Ruth se está poniendo un poco pesado —le digo, viendo que parece ignorar por completo todo lo que hemos estado planeando—. No sé cómo no se cansa.

—Es lógico, cosita. Eres preciosa. No puedo culparlo. ¿Es que no te das cuenta de lo bonita que eres? —me responde, y me besa en un lado de la cabeza. —Soy el tío más afortunado del mundo.

Y yo solo quiero esconderme.

Me escabullo de todos y cojo una botella de vodka rosa. Yo no suelo beber, pero eso sabe a jarabe de fresa y es soportable. Me escondo en la parte de atrás de la casa, donde está la piscina. Los tíos de Ruth la han cerrado y han dejado claro que no se puede usar.

Más de media botella después, decido hacer la estupidez más grande que he hecho en mis dieciocho años. Y que, probablemente, haré en toda mi vida.

# Capítulo 1



## La gran ley: Ley de causa y efecto

**Toda acción, pensamiento**
**O energía que reúnas se te devolverá.**
**Cosechamos lo que sembramos.**

Me despierto a las siete, como siempre, aunque por primera vez en años no tenga ninguna obligación real que me arranque de la cama. Después de cuatro cursos llenos de clases, trabajos a última hora, cafés recalentados y presentaciones en PowerPoint hechas a las tres de la madrugada, mi cuerpo aún no ha entendido que ya no hay exámenes. Al menos durante las próximas cuatro semanas. Luego empezará eso que llaman vida laboral. O vida adulta. O salto al vacío. Aún no lo tengo del todo claro.

Me encojo bajo las sábanas, intentando esquivar los rayos de sol que se cuelan por la persiana rota. Esa persiana traicionera que lleva

inservible desde el primer día que llegué al piso y que el casero juró arreglar la semana siguiente. Spoiler: no lo hizo. Jamás.

El agua de la ducha empieza a correr.

Llanos.

Siempre madrugadora. Siempre con su rutina de ducha, incluso un domingo. El sonido del agua viaja por las tuberías como un susurro metálico que se mete hasta en mi almohada. Me quedan solo dos semanas en este piso. Y aunque no voy a echar de menos ni el moho del baño, ni la presión inexistente del agua caliente, ni las carreras por entregar a tiempo, sí sé que voy a echar de menos a Llanos.

Ella fue la primera persona que conocí al llegar a la universidad. Recuerdo ese viaje en coche con mis padres como una procesión de silencio y tensión. Tres días antes había roto con Julio. En casa no lo tomaron bien. Cuando llegamos al apartamento, mis padres estaban serios y fríos. Entonces apareció Llanos con su madre, con su sonrisa amplia y su acento del norte, y yo me aferré a ella como a una boya en medio del naufragio.

Me levanto a preparar el desayuno. Aunque ya no tenga que hacerlo, es parte de nuestra coreografía matutina. Y no quiero romper esa pequeña costumbre que nos sostiene.

—¿Estás levantada? —Llanos aparece en el marco de la puerta con una toalla envuelta al cuerpo y otra secándole el pelo—. ¡Lo siento! He

intentado no hacer ruido, pero ya sabes cómo son estas malditas tuberías…

—¡Lo sé! Pero ya estaba despierta, tranquila. Además, nos quedan solo dos semanas de vida compartida, quiero aprovecharlas al máximo.

Llanos me lanza una mirada con los ojos vidriosos. No sé si será del champú o de la emoción, pero prefiero pensar que es lo segundo. Me abraza fuerte, deja un beso sonoro en mi mejilla y me empapa entera con su melena mojada.

—Eres un amor, ¿lo sabías?

—Pues claro que lo sé —le saco la lengua y le doy un cachete en el trasero mojado—. Anda, vístete mientras termino yo el desayuno.

—No sé qué voy a hacer sin ti cuando te vayas —grita desde su cuarto.

Yo sonrío sola en la cocina. Espero que el café acabe de salir y respiro su aroma como si pudiera conservarlo para siempre. En los últimos días he hecho fotos a cada rincón absurdo de este piso: la mancha con forma sospechosa en la pared del salón, los post-its descoloridos que siguen pegados junto al microondas, e incluso la marca de dientes que dejé en una esquina de la mesa la noche de nuestra primera borrachera en el piso.

—¿A qué hora vas a la fiesta de esta noche? —me pregunta Llanos mientras apura su café—. Es tu última juerga, señora ingeniera.

Tendrás que darlo todo.

—No me apetece mucho —me encojo de hombros—. Tú ya me dijiste que no vas, y Tony trabaja hasta tarde en la cafetería...

—¡Vas a ir! —sentencia, con su dedo índice agitándose como si fuera mi madre—. Es la última. Va a estar todo el mundo. Y yo, cuando consiga escaparme de esa cena, pienso acercarme también. Así que espabila. Ve pensando qué modelito te vas a poner, que esta noche lo petamos.

—¿Vas a poder venir? Dijiste que igual se alargaba tu cena.

—Sí, pero me escapo fijo. Lidia y Fran han quedado a las diez. Queda con ellos, y cuando pueda me uno.

Acepto a regañadientes. Lidia y Fran son amigos de Llanos, y aunque ella siempre intenta integrarme, nunca logro encajar del todo con ellos si ella no está presente.

Me despido con la promesa de que la esperaré en la fiesta. Aún tengo mil cosas por cerrar: papeleo, secretaría, burocracia infernal.

Después de una pequeña guerra fría con la señora de la ventanilla, me dirijo a la cafetería donde trabaja Tony. Y ahí está. Mi chico. Mi caos favorito. Mi tentación con patas.

—Ahí viene mi novia, señores —anuncia en voz alta mientras limpia una mesa—. ¡La ingeniera informática más *sexy* y guapa del mundo!

—Sabes que eso no tiene mérito, ¿no? —le doy un manotazo fingido y le planto un beso rápido—. La mayoría son chicos. Y algunos muy *frikis*, la competencia era nula.

—Aunque fueras la única en la carrera, seguirías siendo la más guapa y *sexy*. Eso es un hecho científico.

Tony sonríe con esa mezcla suya de seguridad y ternura que me desarma las defensas y me deshace por dentro.

—¿Hasta qué hora trabajas esta noche? —le pregunto haciendo un puchero—. Es una mierda que te pongan doble turno justo hoy.

—Ya... Es la cena de los abogados. Se ponen hasta arriba de coca y luego no hay quien los saque de aquí.

—¿Crees que podrás escaparte?

—Lo intentaré. Hablaré con el nuevo. Pero si no puedo, tú disfruta. No te mereces menos en tu gran noche.

Me toma de la mano y me arrastra hasta el rincón más oscuro de la cafetería. Me besa con urgencia, como si el mundo fuera a acabarse y esta fuera nuestra última vez. Su barba me roza la piel, su aliento me calienta el cuello. Sus manos ya no preguntan, simplemente actúan.

—Tony… —suspiro su nombre, perdida entre sus dedos y su boca.

Lleva mi mano hasta su entrepierna, donde su excitación habla por él.

—¿Ves cómo me pones? Es automático. Te beso, me empalmo.

—¿Y quieres que te echen? —consigo decir entre risas ahogadas.

—Me da igual. Tu nuevo curro nos va a sacar de pobres. Yo podré ser tu esclavo sexual de lunes a domingo.

—Para, anda —me separo entre risas, recolocándome la camisa—. Nos vemos esta noche. Promételo.

—Si no llego, es porque he muerto. Y aun así lo intentaría —me dice, mientras se arregla el pantalón como puede. Luego se toca el paquete y sonríe—. Me voy a meter en el baño. No puedo salir así.

Me lanza un beso desde la puerta y me guiña un ojo antes de desaparecer. Yo me quedo plantada en medio de la cafetería, con una sonrisa estúpida en la cara. Una más de las que él me provoca a diario.

La última fiesta de mi vida universitaria es la que organizan los graduados de Ciencias de la Salud: médicos, enfermeros, psicólogos, biólogos y biomédicos. Nosotros, los informáticos, siempre estamos invitados, aunque la mayoría nunca acude, y los pocos que lo hacemos solemos quedar marginados, como si habláramos un idioma distinto. En mi promoción, Sara y yo somos las únicas chicas. Y en más de una ocasión hemos bromeado con que nos invitan para que, si el proyector falla o hay problemas con la lista de reproducción, podamos solucionarlo gratis.

Después de comer, me echo una siesta larga, de esas que pesan, que huelen a almohada y a verano prematuro. Conociendo a Llanos, querrá exprimir cada segundo de la noche. Y si llega tarde, más motivo aún para quedarse hasta el amanecer. Así que mejor descansar ahora. Hoy va a ser largo.

A las diez en punto, Lidia y Fran me esperan en la puerta de la sala. Han habilitado un espacio enorme para la ocasión, con luces de neón, música a todo volumen y un ambiente que huele a cerveza derramada, perfume barato y demasiadas expectativas. La fiesta ya va por la segunda copa y el primer drama. Hay estudiantes que empezaron a beber desde la comida, y sus ojos vidriosos lo confirman.

Miro el móvil. Una llamada perdida de Tony y dos mensajes:

*No he conseguido que me cubran. Llegaré tarde. Perdona, amor.*

*Un par de horas más, como mínimo.*

Suspiro. Me duelen los pies, el vestido me aprieta, y el alcohol de bienvenida no me ha hecho ningún efecto. Lidia y Fran ya van por el tercer cubata y me ignoran por completo. Me siento fuera de lugar, como si hubiera entrado en la fiesta equivocada. Y lo peor: no tengo escapatoria.

Chicos y chicas se me acercan indistintamente. Miradas insinuantes, comentarios torpes, manos que rozan más de la cuenta. Todos

buscando un último polvo universitario, como si eso sellara el ciclo académico. Yo solo quiero quitarme los tacones y respirar.

Decido volver al piso. Aprovecharé para cambiarme de zapatos y esperar a que Tony termine. Al menos allí hay silencio. Y café. O algo que parezca café.

Nada más entrar al ascensor, me quito los tacones y masajeo mis pies como si fueran cristales a punto de romperse. Subo descalza, con el bolso colgando torcido y la dignidad en suspenso.

Antes de girar la llave ya puedo escuchar el sonido familiar de las tuberías. El runrún del agua caliente bajando por las venas oxidadas del edificio. Esa ducha vieja y ruidosa que tanto odio.

Pienso que debe ser Llanos, arreglándose. Quizá ha cambiado de idea y se anima a la fiesta.

—Bien por ella, —pienso—. Ahora sí que va a empezar la auténtica fiesta.

Pero cuando abro la puerta del baño, no es eso lo que me encuentro.

Mi mundo se parte.

Llanos, desnuda, de rodillas, con la polla de mi novio en la boca.

El aire se congela. El sonido del agua parece una burla. Y durante un segundo, creo que estoy en otra dimensión. Una escena que no pertenece a mi vida. Pero está demasiado presente.

Ella me ve enseguida. Abre los ojos como si le hubieran lanzado un cubo de hielo en plena cara e intenta separarse. Pero Tony le agarra la cabeza con una mano firme, sin percatarse de nada, solo concentrado en seguir.

—No pares, preciosa —jadea, con los ojos cerrados y el cuerpo tenso—. Estoy a punto de correrme.

—Emma… —Llanos se separa bruscamente. Su cuerpo tembloroso intenta cubrirse. Se queda inmóvil, como un animal acorralado—. Yo…

—¿Por qué paras? —Tony sigue ajeno, frustrado. Hasta que mira a Llanos, y al notar el pánico en su expresión, gira el rostro hacia la puerta.

Y entonces me ve. Ahora sí.

—Mierda, Emma…

La escena es grotesca. Llanos aún de rodillas, con las manos en la cara. Tony, de pie, con una erección imposible de disimular, cubriéndose torpemente. El agua sigue cayendo sobre ellos. Mojándolos. Aplastando lo que queda de mi fe en las personas.

—Sí, Llanos —digo en voz baja, cada palabra una cuchilla—. No pares. Puedes seguir chupándosela a mi novio.

El piso de Sara, mi única compañera en la carrera, está a más de veinte minutos andando del mío. Cuando la he llamado no tenía

muchas esperanzas de que me contestara. Es una chica reservada y no le gustan demasiado las reuniones sociales, así que supuse que, de las pocas personas que conocía allí, sería de las únicas que no estaría en una de esas fiestas. Aunque también pensaba que podría estar durmiendo.

—No te preocupes, Sara. No es nada grave pero necesito un sitio donde dormir esta noche —le he dicho en cuanto ha contestado a mi llamada—. ¿Puedo quedarme en tu piso?

No me ha preguntado qué ha pasado ni por qué he llegado llorando y descalza. Los tacones se han quedado tirados en algún rincón del salón cuando salí a toda prisa, como si huyera de un incendio invisible.

—Tengo un sofá súper incómodo, así que puedes compartir la cama conmigo.

—El sofá está bien, gracias —le digo entre sollozos.

—No, no lo está. Créeme. Mi compañera de piso se ha tirado a muchos chicos ahí —dice señalando el sofá—. Yo no me atrevo ni a sentarme en él.

—¿No te importa compartir la cama?

—Para nada. —Se dirige a su cuarto y la veo sacar camisetas de uno de los armarios—. Puedes usar esto. Yo duermo en la izquierda. No ronco.

Sara es seca, directa, práctica. Pero en esa sobriedad hay una ternura callada que me salva esta noche.

Cuando me despierto, tengo varias llamadas perdidas de Tony y de Llanos, muchos mensajes que borro sin leer y una tristeza en mi pecho que me recorre el alma como un aguijón de hielo.

Es bastante tarde y Sara me ha dejado una nota escrita a mano encima de mi ropa.

*Obviamente, nada de lo que encuentres en mi armario te va a sentar bien, pero si ves algo que te sirva, puedes usarlo sin problema. Mi número de zapatos es el cuarenta, así que, aunque te queden grandes, podrás llevar alguna de mis zapatillas sin tener que cortarte los dedos de los pies.*

*Sara*

Su letra es pequeña, meticulosa. El humor inesperado en medio de este drama me saca una sonrisa fugaz que me sorprende.

No quiero tener que volver a mi piso, pero todas mis cosas están allí. Mi ropa, mi ordenador, mis apuntes, mis fotos… mi vida en estos últimos cuatro años. Al llegar a la puerta de entrada de mi bloque, Tony está esperándome. Apoyado en la pared, fumando con gesto tenso, como si el cigarro pudiera quemarle los remordimientos.

Cuando me ve, tira el cigarrillo que se está fumando y va a mi encuentro.

—Emma, escucha —empieza a decir.

Le ignoro. No acelero el paso, no lo reduzco. Sigo caminando como si él no existiera. Como si ignorarlo pudiera hacer que la herida doliera un poco menos.

—Emma, por favor, para un momento.

Se interpone en mi camino para cortarme el paso pero sigo sin mirarlo. Lo esquivo como quien esquiva un charco sucio. Cambio de dirección alejándome de mi piso. Él vuelve a interponerse haciéndome girar de nuevo.

—Emma, ¡para de una vez! —Me agarra del brazo y me aparto bruscamente de él.

—No vuelvas a tocarme —le digo lentamente mirándolo con desprecio y parándome desafiante.

—De acuerdo. —Levanta los brazos en señal de rendición—. ¿Podemos hablar?

—¿Hablar? ¿De qué coño quieres hablar?

—Puedo explicarte lo qué pasó anoche.

—¿Qué vas a explicarme? ¿Qué fuiste a buscarme al piso y perdiste la ropa al tropezarte? ¿Qué, al caerte, accidentalmente se metió tu polla en la boca de Llanos?

—No creo que sea el momento de usar tu sarcasmo conmigo.

—Usaré lo que me dé la gana, Tony. No me vas a venir ahora a decirme lo que puedo o no puedo usar.

Estamos en mitad de la calle, y aun así el mundo parece haberse estrechado entre nosotros dos. Tony lleva la ropa del restaurante y unas ojeras bastante marcadas, lo que me hace pensar que no ha pasado por su casa. Seguramente fue directo del trabajo a mi piso para follarse a Llanos.

La imagen me golpea como un eco constante.

Yo, en cambio, voy con un pantalón y una camiseta dos tallas más grandes que la que uso y las zapatillas que Sara me ha dejado.

—¿Podemos hablar civilizadamente, por favor? —me pregunta intentando calmarme.

—Claro —le respondo fingiendo una tranquilidad que no tengo—. ¿Cuántas veces ha pasado esto?

—¿Qué?

—¿Cuántas? —le insisto.

Tony se está pensando mucho lo que contestar y, ante su silencio, vuelvo a hablar yo.

—Vaya, parece que te está costando contarlas.

—No muchas —contesta rápidamente esta vez. Sabe que está acorralado y no puede decirme que esa fue la única. El grado de

complicidad que tenían era demasiado evidente como para disimularlo.

—¿No muchas veces? ¿Cuánto es eso? ¿Dos, veinte, cincuenta?

—No tantas, Emma, eso no importa…

—¿Que no importa? —le interrumpo indignada—. No me jodas, Tony. ¡Que me digas cuántas!

—No lo sé exactamente. Quizás unas diez o menos…

—¿Y cada vez que te la chupa, la llamas preciosa, como me llamas a mí?

—Emma, lo siento mucho, de verdad. Perdóname. —Llega el momento de los ruegos—. Yo te quiero.

—Vete a la mierda, ¿vale? No vuelvas a hablarme en la vida. Mañana pasaré por tu piso a llevarme las cosas que tengo allí.

—¡Espera, Emma! ¿Estás rompiendo conmigo? No lo hagas, por favor. Dame otra oportunidad. ¡Te lo ruego!

—No puedes ser tan tonto si piensas que voy a perdonarte.

—No digas eso, joder —me dice al tiempo que me coge la mano.

—Te he dicho… —le digo soltándome con fuerza y mirándole directamente a los ojos— …que no vuelvas a tocarme.

Lo dejo allí, en mitad de la acera, con las manos abiertas y el corazón hecho trizas. Y yo, aunque rota, camino. Porque no pienso dejar que mi vida se quede detenida en la peor escena de mi historia.

Hablar con Tony no ha sido tan difícil como había estado pensando mientras me dirigía hacia mi piso. He conseguido no llorar delante de él y no he flaqueado en mi decisión. Me he sorprendido a mí misma por la firmeza de mi voz, por cómo mantuve la espalda recta a pesar de que el pecho me ardía.

He tenido, durante todo el camino, el temor de que, al mirarme con sus ojos color canela, me derretiría y tendría la tentación de perdonarle, pero he conseguido dejar atrás mi debilidad por él. Esta vez, no. Esta vez me elegí a mí.

Subo por las escaleras hasta mi piso, que es el cuarto, porque no puedo entrar en el ascensor. El reflejo en el espejo de acero, las luces amarillentas, el sonido metálico: todo me recuerda a la noche anterior. Prefiero no rememorar más ese momento. Sobre todo teniendo en cuenta que, posiblemente, Llanos esté arriba esperándome y tenga que enfrentarme a ella.

Como había previsto, en cuanto traspaso la puerta, me la encuentro sentada en el sofá. Su postura es tensa. Tiene las piernas recogidas, como si intentara hacerse más pequeña.

—Imagino que Tony ya te ha avisado de que subía —le digo mirándola fijamente.

Ella apenas puede aguantar mi mirada y baja la vista a sus manos, que aprieta nerviosa.

—Emma, lo siento mucho.

—¿Qué sientes, amiga? —le pregunto remarcando la palabra con sarcasmo— ¿Haberte follado a mi novio o que os pillara en plena acción?

—Déjame explicarte, por favor.

—Sí, amiga, explícamelo, por favor. —Cruzo los brazos sobre mi pecho y me planto delante de ella—. Estoy deseando escucharte.

—¿Puedes sentarte?

—¡No! —le respondo secamente—. Estoy bien así.

Ella se incorpora lentamente, con torpeza, como si cada movimiento doliera. Aunque es más alta que yo, la noto más pequeña. Ha estado llorando, tiene los ojos enrojecidos e hinchados, aunque ahora no queda rastro alguno de una lágrima. Lleva una camiseta que hemos compartido tantas veces que ninguna de las dos recuerda exactamente de quién es y, ese detalle, me encoge el corazón un poquito.
Pero solo un poquito. Justo antes de volver a endurecerlo.

—No quería que pasara esto, pero antes de juzgarme quiero que sepas que no ha sido solo sexo. Al menos no lo es para mí. —Aunque ha empezado a hablar calmada y serena, a cada palabra que pronuncia se le va quebrando un poco la voz—. Estoy enamorada de Tony desde hace mucho más tiempo del que quiero reconocer.

—Vaya, Llanos, perdona. Pensaba que eras una zorra sin sentimientos. —El sarcasmo se ha convertido en mi vía de escape y sigo usándolo sin control—. Pero ¡no! Resulta que eres una zorra CON sentimientos.

—Puedes insultarme si quieres, pero esa es la verdad.

—Llamarte zorra no es insultarte, guapa. Es la palabra que te define y la que estoy usando para describirte.

—Muy bien —me dice entre lágrimas—. Supongo que me lo merezco.

—Te mereces algo mucho peor. Yo también estaba enamorada de Tony, ¿sabes? ¿A que eso no lo habías pensado? Me habéis traicionado los dos. De un tío me lo podría esperar. —Hago una pausa tragándome las lágrimas que, ahora sí, caen sin que pueda hacer nada por evitarlo —. Pero nunca me lo habría esperado de ti.

La tensión es espesa, amarga y cruel. Pero el silencio que la acompaña es tremendamente doloroso y solo lo rompen nuestros propios sollozos que se mezclan.

Las lágrimas de ella, las mías. Las dos mojando el mismo suelo que tantas veces limpiamos juntas entre risas.

—Si te sirve de consuelo, Tony nunca ha sentido nada por mí. Está muy enamorado de ti. Yo lo sabía…

—Y aun así decidiste follártelo igualmente. —La interrumpo secándome las lágrimas. Ya no quiero seguir llorando ni por uno ni por la otra—. No te preocupes, te lo dejo todo para ti. Sois tal para cual.

Me giro y camino hacia mi habitación con pasos decididos, sintiendo cómo me tiemblan las piernas por dentro. Empiezo a sacar ropa del armario y echarla sobre la cama. No me importa si está arrugada, si combina, si es la ropa adecuada, o incluso si es mía. Solo quiero irme.

Llanos me sigue a una distancia prudencial, abrazándose a sí misma y con lágrimas todavía en los ojos, aunque cayendo más lentamente que antes.

Empiezo a doblar cuidadosamente cada prenda y la voy colocando en la maleta.

—¿Vas a marcharte? —me pregunta en voz baja, como no queriendo molestarme demasiado—. Todavía nos quedan dos semanas pagadas de alquiler.

—¿No pretenderás que me quede aquí contigo, no?

Dadas las circunstancias, empiezo a meter las cosas en la maleta con mayor rapidez y con menos cuidado. No quiero tener que pasar más tiempo del necesario junto a Llanos. Me muevo de un lado a otro de la habitación mientras ella observa en silencio cada uno de mis movimientos.

—No hace falta que te vayas. Podemos seguir viviendo aquí las dos. Yo no saldré de mi habitación y así no tendrás que verme —me dice desde el umbral de mi puerta sin atreverse a entrar—. ¿Dónde te vas a quedar si no?

—Eso a ti no te importa. No pienso quedarme ni un minuto más de lo imprescindible en este piso contigo. —Llegados a este punto, ya arrojo la ropa con furia dentro de la maleta sin ningún tipo de orden—. Bastante que tengo que entrar a ese baño a recoger mis cosas y me lo estoy pensando.

Por un momento, solo se escucha el ruido de las perchas moviéndose en la barra y los cajones que abro y cierro con demasiado ímpetu. Ni siquiera me paro a mirar lo que hace Llanos ni si todavía me observa desde la puerta de mi cuarto.

Entonces, como si hubiera estado rumiando algo en silencio, la escucho de nuevo hablar.

—¿Tú nunca has hecho algo malo? ¿Algo de lo que sabes que te vas a arrepentir pero que no puedes evitar?

—Vaya, ¿ahora vas a echarme la culpa a mí de lo que has hecho? —Paro en seco de meter cosas en la maleta y me vuelvo a mirarla con desdén—. ¿En serio, Llanos?

—No te echo la culpa a ti. Sé que la culpa es mía. Solo quiero que entiendas por qué lo hice a pesar de que tú me importas much…

—No te atrevas a terminar esa puta frase —la interrumpo—. Desaparece de mi vista y no vuelvas a hablarme en lo que te quede de vida.

Cierro la maleta de un golpe y atravieso el pasillo sin mirar atrás.

Me voy del piso donde he estado viviendo los últimos cuatro años dejando allí más recuerdos bonitos de los que quiero reconocer ahora mismo.

Recuerdos que huelen a café, a colonia barata y a pintalabios compartido. A música alta, a confidencias, a lágrimas y a carcajadas nocturnas.

Pero todos ellos están empañados ahora por la imagen de ellos en el cuarto de baño. Una imagen que sé que tardaré mucho tiempo en borrar de mi mente.

# Capítulo 2



## Ley de creación

**Nada sucede por casualidad.**
**Tú eres el co-creador de tu vida,**
**tu destino y tu futuro.**

DIP Technologies se ha convertido, para bien o para mal, en mi nuevo hogar. Paso tantas horas entre estas paredes blancas y frías que, a veces, pierdo por completo la noción del tiempo. Las siglas de la empresa no son solo el nombre del lugar donde trabajo; son, de algún modo, el resumen perfecto de mi vida actual.

D, de disrupción: la ruptura brutal que sufrí hace seis meses, cuando pillé a mi novio y a mi mejor amiga en pleno acto.

I, de innovación: porque ahora, la que se está reinventando, soy yo.

P, de perfeccionar: porque aunque la perfección no exista, estoy decidida a acercarme lo máximo posible.

Los seis meses desde que empecé aquí han pasado volando, como si la vida se hubiese propuesto empujarme a la adultez sin darme

respiro. Apenas acabé la universidad y, en menos de un mes, ya estaba fichando en la oficina y enfrentándome a un nuevo mundo, mucho más real, más exigente… más mío.

Lo curioso es que ni siquiera tuve que buscar trabajo. Me llamaron directamente por mi expediente académico y, sobre todo, por el proyecto de fin de grado que presenté: una app de inteligencia artificial aplicada al ámbito médico que, al parecer, dejó huella. Desde entonces, aquí estoy. Cero currículums. Cero entrevistas. Y mucha presión.

Nada más cruzar la puerta esta mañana, me encuentro con Jessy, la recepcionista. Una mujer tan glamurosa como inexpresiva, que parece tener un radar especialmente calibrado para odiarme.

—Emma —me dice sin levantar apenas la mirada de su monitor—. Carlos y Lucas quieren hablar contigo. Me han dicho que vayas a su despacho cuanto antes. Es urgente.

Sus palabras, medidas y tajantes, son como un cubo de agua helada a las ocho de la mañana.

—¿Te han dicho para qué? ¿Es por algo malo? —pregunto automáticamente, sintiendo esa punzada en el estómago típica de los exámenes sorpresa—. ¿Qué cara tenían?

—No tengo ni idea, Emma —responde con la misma calidez que una hoja de Excel—. Yo solo te transmito las órdenes que me dan a mí.

—Vale, pues voy a ver qué quieren…

Algún día le preguntaré directamente si he hecho algo para caerle tan mal. De momento, me limito a caminar por el pasillo hasta el fondo, donde se encuentra el despacho de los jefes. Todo el recorrido está lleno de cristales pulcros que separan los distintos espacios de trabajo, creando la ilusión de una oficina abierta… y al mismo tiempo, fría. Fría como Jessy.

Carlos y Lucas —los fundadores— son los típicos jefes que lo mismo están resolviendo campañas millonarias como discutiendo sobre el color del nuevo logo. Lucas, más sereno, suele tomar el papel de mediador. Carlos, en cambio, parece haber hecho un máster en ansiedad aplicada.

Las puertas de su despacho son de cristal inteligente. Suelen estar completamente transparentes, pero en cuanto entro, se oscurecen automáticamente. Privacidad activada. Nervios multiplicados por cien.

Estoy oficialmente cagada de miedo.

—¡Por fin! —exclama Lucas, como si hubiera estado esperándome desde el alba. Me hace un gesto para que me acerque—. ¡Has llegado!

—Son las ocho en punto —respondo, sacando el móvil para enseñárselo como prueba judicial—. He llegado puntual, como siempre.

—Ya, ya. No te estamos riñendo ni nada —añade Carlos, sin despegar los ojos de su portátil—. Es que hemos tenido una noche de locos.

Carlos se levanta con expresión tensa y, sin rodeos, me indica que me siente frente al ordenador. Me hago a un lado el bolso y dejo que mi cuerpo actúe por instinto. En cuanto veo la pantalla, se me borra cualquier atisbo de somnolencia.

—¡Guau! —digo, escaneando rápidamente el desastre—. Esto es un caos…¡Madre mía!

Tecleo sin pensarlo dos veces, ni siquiera me molesto en preguntar. Este es mi terreno. Sé exactamente qué hacer y lo hago sin dudar. Mientras mis dedos vuelan sobre el teclado, ellos me observan como si estuviera desactivando una bomba. Poco a poco, noto cómo sus hombros van bajando de tensión, cómo la atmósfera se afloja con cada línea de código que reconfiguro.

Durante la siguiente media hora, me concentro al máximo. Carlos y Lucas se reparten llamadas telefónicas mientras yo rescato su sistema de lo que podría haber sido una catástrofe digital. Finalmente, con un toque final de dramatismo, pulso la última tecla, me reclino hacia atrás y anuncio:

—¡Arreglado! Quien haya conseguido colarse en el sistema es realmente bueno. Me ha costado una barbaridad contrarrestarlo.

Carlos suspira con un alivio casi teatral. Lo miro de reojo. Parece que por fin puede respirar.

—Menos mal —resopla, aún nervioso—. Gracias, Emma. Puedes volver a… a lo que sea que estabas haciendo.

—Estoy con el posicionamiento de la clínica de ortodoncia y su aplicación móvil, ¿recuerdas? CJ me está ayudando con eso.

—Sí, sí, lo que sea. Vuelve al trabajo —dice Carlos, ya con el tono brusco de quien necesita recuperar el control.

Salgo del despacho y dejo que el cristal inteligente se aclare de nuevo tras de mí. Camino hacia mi escritorio con la sensación de haber salvado un barco que hacía aguas por todos lados. Y ni siquiera me han ofrecido un café.



Mis jefes son un estereotipo informático andante. Llevan camisetas con chistes de código binario, tartamudean cuando se les habla en público y mantienen una obsesiva relación con sus agendas digitales. Son raros, introvertidos, torpes socialmente y con muy pocas habilidades directivas. Un par de *nerds* de manual, pero con el agravante de que ya tienen cierta edad y empiezan a quedarse obsoletos. Si no fuera por CJ y por mí, creo que hundirían el negocio en menos de un trimestre. Y es una lástima, porque tienen una cartera de clientes importante, empresas que confían ciegamente en su trabajo. A veces me pregunto cuánto de esa confianza se la deben, sin saberlo, a la gente joven que los mantiene a flote desde las sombras.

No puedo decir que me hayan regalado nada. Todo lo que he conseguido es a base de esfuerzo y horas sin descanso. Horas sin nombre, de esas que no salen en los informes de productividad. En mis años de carrera, y en los pocos meses que llevo aquí, he ido adquiriendo experiencia a una velocidad que ni yo misma esperaba. Tanto es así que los dueños de la empresa delegan en mí con frecuencia. A veces, incluso en áreas que no me corresponden y, mucho menos, a la edad que tengo. Pero nunca me quejo. Porque sé que ese poder es también una forma de libertad.

CJ y yo nos encargamos prácticamente de todos los nuevos proyectos, sobre todo de los que requieren un plus extra de innovación y desarrollo. Somos el músculo joven del equipo. Y aunque a veces nos traten como becarios con suerte, sabemos que sin nosotros no sobrevivirían.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —me pregunta CJ en cuanto me ve entrar en nuestra sala compartida, dejando el bolígrafo flotante suspendido sobre una *tablet* sin terminar—. Estábamos preocupados.

—¿Estábamos? —repito, arqueando una ceja. Por un segundo imagino a Jessy preocupada por mí, y casi me da un ataque de risa.

—Sí. *El señor de las cuentas* y yo. —Responde sin perder la compostura*. El señor de las cuentas*, como CJ lo llama, es Sergi,

nuestro contable y administrativo, y posiblemente la única persona sensata del edificio.

—Has tardado mucho. ¿Algún problema?

—No, tranquilo, CJ. Lo que pasa es que estos dos no se enteran de nada —respondo con media sonrisa, quitándome la chaqueta y dejando el portátil sobre la mesa.

CJ es una de esas personas imposibles de clasificar del todo. Las letras CJ son las iniciales de Carlos Javier. Pero mi compañero es un *friki* con todas las letras y nunca se presenta con su nombre real. La primera vez que escuché su apodo, cuando me lo presentaron, no pude evitar mirar directamente a sus cejas, convencida de que era por un exceso de vello. Pero no. Era más simple: eran sus iniciales. Aunque su personalidad, desde luego, es cualquier cosa menos simple.

CJ es otro cliché encantador de este mundillo. Si mis jefes son raros e introvertidos, él es más extrovertido, pero con esa chispa inconfundible de neurodivergencia que hace que las ironías le pasen por encima como un dron mal calibrado. No pilla el sarcasmo, y mucho menos las indirectas, así que suelo controlar ese lado mío cuando hablo con él. Es un apasionado del manga y el anime, y se pasa las horas libres jugando e ideando videojuegos con tramas distópicas, samuráis digitales y brujas con inteligencia artificial.

Es mi amigo. Y me consta que él también me considera su amiga.

El trabajo en DIP Technologies es, la mayoría de las veces, bastante tranquilo. Tan solo cuando hay una emergencia como la de esta mañana se produce el caos. Si nuestras obligaciones nos dan una tregua, tanto CJ como yo trabajamos en nuestros proyectos personales, con el visto bueno de los jefes. Más que permiso, lo ven como una inversión. Y no se equivocan. Si alguno de nuestros proyectos explota, ellos también se llevan su parte. Capitalismo emocional de startup.

—Emma, ¿qué te parecería disponer de una lista de tus parejas sexuales y poder clasificarlas según la experiencia que has tenido? —me pregunta CJ, como si acabara de preguntarme qué quiero de postre.

Lo miro sin pestañear. CJ y sus ideas siempre son así: geniales o inapropiadas, sin puntos intermedios.

—¿Cómo que clasificarlas? ¿En qué sentido?

—Sí, por ejemplo —empieza a explicarme, ya entusiasmado—, sales con un chico y lo puntúas...

Y allá vamos. De nuevo. Otra app con una ética más que cuestionable, pero con una lógica interna impecable.

—¿Algo específico…como qué? ¿Un cincuenta sombras de Grey y esas cosas?

—Pues podría ser, por ejemplo. ¿Es que te va eso a ti? —me pregunta con un gesto de cejas que parece sacado de un anime.

—No personalicemos, CJ. Estamos hablando de tu app, ¿no?

—Sí, creo que podría ser una buena idea. Solo para encuentros sexuales, ¿eh? No para relaciones estables ni nada parecido.

Intento no soltar una carcajada. Pero lo cierto es que me divierte.

—Lo siento, CJ, pero no te sigo. ¿Te refieres a una especie de Tinder? Porque eso ya está muy explotado.

—No sería exactamente así... —CJ se levanta, se quita las gafas, y empieza a escribir sobre la pantalla digital como si se tratara de un pizarrón del MIT. Hace filas, columnas, categorías. Un Excel del deseo.

—¿Como cuando puntúas al conductor del Uber? ¿Y poniendo su foto al lado?

—¡Exacto!

—Protección de datos, CJ. Te lo he explicado mil veces —respondo ya con tono resignado—. No puedes exponer la intimidad de la gente. Y menos publicarla en una app para móviles.

—¡Pero el Tinder lo hace!

—Ya te lo he dicho. Eso no lo puedes hacer. Piensa otra cosa.

Y, como siempre, pasamos de la teoría a la práctica. Y de la locura creativa a nuestras tareas reales.

Una tras otra, compartimos nuestras ideas sobre futuros proyectos mientras hacemos el trabajo para el que nos tienen contratados.



El lugar donde trabajo es una copia a escala reducida de las oficinas de Google en Silicon Valley. En serio. Lucas fue a visitarlas en uno de sus viajes y volvió tan entusiasmado que copió varias ideas y las adaptó aquí. Tenemos dos salas multifunción donde trabajamos en equipo: la sala Apple y la sala Google. Cuando nos reunimos, decimos cosas como: «Vamos a Apple» o «La reunión es en Google». También está la sala Facebook, que usamos para atender y exponer proyectos a los clientes. Todo con ese aire de modernidad mal copiada que mezcla café de cápsulas con escritorios que crujen.

También tenemos el despacho del administrativo y un pequeño espacio que hace las veces de cafetería. Hasta hace solo dos semanas, éramos cuatro los informáticos. Pero Carlos y Lucas echaron a dos de nuestros compañeros. Nadie sabe el motivo. Y nadie se atreve a preguntar.

La empresa parece futurista, pero a veces huele a incertidumbre laboral y a miedo mal ventilado.

Cuando voy al baño en uno de mis descansos —dejando a CJ peleándose con la interfaz de la aplicación de la clínica—, apenas tengo tiempo de cerrar la puerta cuando alguien me empuja por detrás, tapándome la boca con una mano y metiéndome dentro de uno de los compartimentos.

Mi corazón late con tanta fuerza que parece querer salir de mi pecho. Me dan la vuelta con delicadeza, todavía con la mano sobre mis labios. Es Sergi, nuestro contable. En cuanto ve que me he calmado, retira la mano con cuidado. Tiene el rostro a escasos centímetros del mío. Y sus ojos me atraviesan con esa mezcla de rutina y deseo que sólo aparece cuando los encuentros se repiten más de lo que deberían.

—Me ha dicho CJ que estabas preocupado por mí —le digo en un susurro, notando su aliento cálido rozarme la piel—. ¿Es cierto, *Señor de las cuentas*?

—No he recibido mi sesión matutina de besos —responde, tocando mis labios con su pulgar y separándolos como si fuera un ritual sagrado —. Más que preocupado, estoy cabreado con esos *frikis* estúpidos por haberme privado de tu boca esta mañana.

El baño es testigo silencioso de nuestros encuentros clandestinos. Cada mañana, mientras todos están demasiado ocupados encendiendo sus ordenadores y quejándose del café, Sergi y yo nos damos los buenos días de esta manera. Solo besos... al menos, en teoría. Aunque a veces, sin quererlo del todo, llevamos las cosas un poco más lejos. Una lengua que roza el lóbulo de mi oreja. Su mano apretando mi pecho. Pequeños mordiscos en el cuello.

Hoy es uno de esos días. Y lo sabemos desde el primer segundo.

—¿Por eso has preguntado a CJ por mí? —le digo mientras se distrae haciendo círculos con su lengua en mi cuello—. ¿Echabas de menos esto?

—Siempre echo de menos esto. Hueles tan bien y eres tan… —Aprieta mi culo con ambas manos, pegando nuestras caderas.

Me recuesto contra él con naturalidad, acostumbrada ya a este juego entre el descaro y lo prohibido.

—Este pantalón te sienta tan bien que me he vuelto loco al verte pasar.

—¿Vienes esta noche a mi casa? —Pongo mi voz más sugerente. Una voz que sé que le encanta, como he podido comprobar más de una vez—. Me he comprado unas braguitas nuevas.

Su expresión cambia por completo. Su mirada se oscurece, y un brillo ansioso le recorre la comisura de los labios.

Desabrocho el botón de mis pantalones —esos que acaba de decirme que me sientan tan bien—, y bajo lentamente la cremallera ante su atenta mirada. Veo cómo se relame los labios y sé que su respuesta será afirmativa.

—Dios, sí. ¿Voy a las siete? Tengo que hacer una cosa después de mi otro trabajo, pero puedo estar a esa hora.

Le sonrío con complicidad.

Sergi pasa sus dedos por la cinturilla de mis bragas. Las he estrenado para esta ocasión. Acompaña con su mirada el recorrido que hace su mano y su roce me eriza la piel.

—¿Te gustan? —le pregunto acercando mis caderas para notarlo más cerca.

—Me encantan. Pienso quitártelas luego con los dientes.

—Lo estoy deseando. —Me abrocho el botón y le dejo un beso en los labios—. Te espero a las siete entonces.

—No sé cómo voy a concentrarme toda la tarde —me responde apoyando la frente en la pared y cerrando los ojos con fuerza—. No voy a poder quitarme esta imagen de la cabeza. Eres mala.

—Puedo serlo más todavía, así que no llegues tarde —le digo justo antes de salir por la puerta del baño.



Al final, el día ha sido bastante productivo.

Sigo ganando puntos con mis jefes y cada día que pasa me siento más imprescindible en el trabajo, y solo tengo veintitrés años. A veces me da por pensar en montar mi propia empresa y ser mi propia jefa. Sé que lo lograré algún día.

Miro el reloj. Las agujas avanzan con la lentitud desesperante de quien espera.

Cuando dan las siete y media, Sergi no ha venido a mi casa y ni siquiera me ha dejado un mensaje, así que me cambio de ropa, no sin antes hacerme una foto con la bata de seda abierta dejando ver lo que se ha perdido. Quizás se la enseñe cuando lo vea mañana.

Intento restarle importancia, pero la decepción me encoge el alma.

Ya le dije que no llegara tarde y no pienso esperarlo ni un segundo más.

A los pocos minutos, mi teléfono se ilumina con su nombre.

*Siento mucho la hora, Emma. Se me ha complicado la cosa y termino en estos momentos. ¿Puedo ir ahora?*

—Ni de coña —le hablo a la pantalla de mi móvil.

Me quedo mirando el mensaje unos segundos con los ojos llorosos. La rabia se mezcla con una tristeza que no quiero admitir.

No merezco esto y empiezo a cansarme de no ser la prioridad en su vida. Ni siquiera le contesto y no hace falta. Sabe perfectamente que, cuando ignoro su mensaje, es porque me he enfadado, y tendrá que hacer mucho para que se me pase.

El problema que tengo con él es que ese «mucho» al final suele quedarse en nada, y me empieza a fastidiar no tener un poco más de fuerza de voluntad. Es algo que tengo pendiente por mejorar en mi vida.

Como siempre que no tengo otra cosa mejor que hacer, como sería estar echando un polvo con Sergi, me pongo a trabajar en casa.

Tecleo sin mucho entusiasmo, mientras el silencio de la casa se me hace más evidente con cada clic del ratón.

Es una de las cosas que odio de vivir sola. Llevo estos seis meses así y no me acostumbro del todo. Aunque le hable a Alexa de vez en cuando, no es lo mismo.

—Alexa, ¿por qué los hombres son idiotas?

—No tengo una respuesta para esa pregunta.

Sonrío con desgana. Alexa siempre tiene esa forma tan robótica de no ayudarme en nada.

Hablo mucho con mis padres, mucho más que cuando vivía con ellos antes de irme a la universidad. Y, sobre todo, mucho más que durante los cuatro años que estuve viviendo con Llanos y saliendo con Tony.

Es egoísta, lo sé.

Pero es porque me siento muy sola. Y en ese silencio es donde más me pesan las decisiones, los errores, los vacíos.

El reloj no marca todavía las ocho y estoy haciendo tiempo para llamar a Ruth. Ella es mi brújula y la única constante en mi vida que no ha cambiado.

—¡Emma! —exclama al segundo tono de llamada. Su voz siempre me suena alegre y optimista.

—¡Hola! —le contesto intentando imitar su tono. Pero no sé de qué manera, ella sabe cómo estoy incluso por teléfono.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! —le miento—. Te echo de menos y quería escuchar la voz de mi amiga.

Y eso es verdad. La echo de menos cada día, incluso más que a Sergi cuando no aparece.

Lo que sí es completamente mentira es que no me pasa nada. Quizás son las hormonas, o que siento mi ego herido por el nuevo plantón de Sergi, pero tengo que hacer un esfuerzo enorme para no llorarle a mi amiga por teléfono.

—Vamos, Emma, te conozco como si te hubiera parido —me dice cambiando el tono a uno mucho más serio—. ¿Es el trabajo? ¿O ese capullo de Sergi?

—No es nada, en serio. Es que me siento un poco sola, nada más. ¿Cómo está Charlie? —le pregunto intentando cambiar de tema.

—Pues aquí lo tengo, durmiendo a mi lado y roncando como una bestia.

—Ay, espero no haberlo despertado.

—Nah, tranquila, que a este no lo despierta ni una bomba cayendo a su lado. Ahora en serio —insiste—, dime qué te pasa, amiga. Puedes desahogarte conmigo.

Me encojo en el sofá con el móvil apretado entre las manos. Ruth tiene ese don de atravesar cualquier barrera.

Después de hacerle un breve resumen de mi nueva decepción con Sergi, espero su sermón.

Esta es nuestra fórmula mágica de la amistad. Yo le cuento cualquier cagada que haya hecho, cualquier inseguridad que sienta y ella, con su particular filosofía de vida, me pone en mi sitio rápidamente.

La dinámica es simple. Yo caigo, ella me sacude. Y a veces, también me levanta.

No necesita tener una carrera universitaria, ni siquiera haber salido del pueblo ni vivir en una gran ciudad como yo. Tiene muchos más kilómetros de vida de los que he acumulado en mis veintitrés años y de los que, seguramente, llegaré a sumar algún día.

De todos los logros que he conseguido, conservar su amistad es del que estoy más orgullosa.

—Vamos a ver, nena, eres joven, un bombón, tienes una carrera y has conseguido un trabajo por el que muchos matarían y por el que, además, cobras una pasta. Tienes tu propio apartamento y no

dependes de nadie. ¿Y me estás diciendo que ese capullo te está amargando todo lo que has conseguido?

—Soy idiota, lo sé. Pero es que…

—Pero es que nada. Si no te pone en un pedestal ahora, no lo va a hacer nunca.

En ese momento es cuando intento salir en defensa de Sergi porque, según Ruth, no quiero ver la realidad.

Y puede que tenga razón. Porque aunque yo sepa que no me está dando lo que necesito, me aferro a cualquier justificación absurda.
Así que empiezo a excusarlo yo misma aunque sepa que son solo eso: excusas.

—Te lo he contado muchas veces. Ya te he explicado la situación que tiene en casa. No puede hacer…

—Ya lo estás justificando otra vez.

—No lo hago, Ruth. Es solo que… no sé. Él me quiere.

—¿Cómo sabes que te quiere? Que te diga que te quiere no significa que sea cierto. El amor no hay que decirlo sino demostrarlo, cariño. Y por lo que me cuentas, él no lo hace en absoluto.

—Ya bueno, será mejor que te deje tranquila. —En realidad no quiero seguir escuchando la verdad que me niego a creer—. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer que escuchar mis problemas.

—Tú eres la segunda persona más importante en mi vida, Emma. Bueno, ya sabes que mis tíos son muy importantes, pero quitándolos a ellos… tú ya me entiendes.

—Lo sé —digo dejando escapar un sollozo—, y tú lo eres para mí.

—Pues entonces hazme caso por una vez en la vida, cielo. Hazte de valer.

El silencio que sigue es largo, pero no incómodo. Es el tipo de silencio que se da cuando te cala lo que te han dicho y no quieres admitirlo.

El silencio que se produce entre nosotras se ve interrumpido por el llanto de Charlie.

—Bueno, el rey de mi corazón y dueño absoluto de mi vida reclama mis tetas —dice soltando un bufido—. Nunca he visto a un tío con tanta obsesión por mis pechos, te lo juro. Voy a tener que dejarte.

—Qué bestia eres —le digo sonriendo con lágrimas en los ojos—. Anda, ve a alimentar a tu bebé.

—¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes —la tranquilizo—. Te quiero, Ruth.

—Y yo a ti, amiga. Llámame cuando lo necesites. ¿De acuerdo?

—Lo haré. Y nos veremos pronto.

—¡Espera un momento! —me dice—, no cuelgues todavía.

La escucho moverse con suavidad al otro lado. Ruth susurra con ternura, tranquilizando a su hijo. La imagino acomodándolo en su regazo, envolviéndolo en ese calor que solo ella sabe dar.

Escucho cómo Ruth susurra tranquilizando a su hijo con un cariño absoluto y se me encoge el corazón pensando en que mi mejor amiga es madre.

Además, una de las buenas.

Espero pacientemente y, por lo que la escucho decir, supongo que está acomodando al bebé para darle el pecho.

—Emma —continúa diciéndome—, sabes que no soy la persona más adecuada para dar consejos sobre relaciones. Yo misma he sido y sigo siendo un desastre eligiendo hombres.

—Charlie es un amor —la interrumpo—, así que no digas eso.

—Este hombrecito es la única excepción. —Ruth se calla y sé que está pensando demasiado qué decir a continuación, y eso suele significar que será algo que no me va a gustar escuchar—. Si quieres saber si ese tío realmente te quiere, déjalo.

—No es tan fácil, Ruth. Me necesita, lo está pasando muy mal.

—Claro que es fácil. Nada te ata a él y no estamos en el siglo pasado. Si quiere estar contigo, lo único que necesita hacer es una cosa.

—¿Qué?

—Dejar a su mujer.

# Capítulo 3



## Ley de la humildad

**Acepta lo que eres.**

**Con lo bueno y con lo malo.**

**Solo así alcanzarás el éxito.**

Son las ocho y cinco de la mañana y todavía estoy plantada frente a la puerta de DIP Technologies, intentando reunir el valor suficiente para entrar. Será una de las pocas veces en las que no llegue puntualmente al trabajo.

Y no es porque haya dormido de más. Es porque no me apetece en absoluto ver a Sergi.

Así que, deliberadamente, estoy esquivando nuestro ritual matutino de besos en el baño.

Inhalo hondo. Exhalo. Otra vez. Y por fin cruzo la puerta.

Jessy no está en recepción. En cambio, desde el pasillo veo que en la sala Apple están todos reunidos, incluido Sergi. Carlos, uno de mis

jefes, me hace una seña con la mano para que me apresure.

—Por fin, Emma —anuncia Lucas en cuanto entro—, te estábamos esperando.

—Siento el retraso…

—No importa, tranquila —me interrumpe con una sonrisa amable—. Solo han sido cinco minutos, pero estamos ansiosos por anunciaros algo y únicamente faltabas tú.

Intento no cruzar la mirada con Sergi.

Lo noto clavado en mí, pendiente de cada uno de mis pasos. Por eso, no me doy cuenta al principio de que hay un chico nuevo entre Lucas y Carlos. No lo había visto nunca.

—Como sabéis, hemos tenido unas semanas difíciles desde que nos vimos obligados a despedir a Pablo y Gonzalo —empieza Carlos, con tono grave, casi solemne—. Lo hemos pasado mal porque llevaban mucho tiempo con nosotros y su traición nos hizo daño.

¿Traición?

Todos nos miramos, sorprendidos.

Sabíamos que algo turbio había pasado con ellos, pero seguimos sin tener ni idea del motivo real del despido.

Y ahora sueltan la palabra «traición» como si estuviéramos inmersos en una película de espías.

Por lo que conozco a mis jefes, esa traición podría ser desde robar una caja de bolígrafos hasta hackear la cuenta bancaria de uno de ellos. En ese amplísimo abanico de posibilidades se mueven nuestras teorías.

—Eso es agua pasada ya —añade Lucas, apoyando una mano en el hombro de su socio—, pero sabemos que, de alguna manera, eso nos ha afectado a todos. No solo a nosotros en lo personal, sino también a vosotros en lo profesional.

—Os hemos cargado de trabajo y habéis tenido que asumir funciones que no os correspondían —continúa Carlos, mirándonos directamente a CJ y a mí—. Nos consta que habéis hecho horas extras y dejado de lado vuestros propios proyectos por asumir el trabajo de esos dos… —hace una pausa y se cubre la boca con el puño, como si contuviera un gemido—…traidores.

No puedo evitar mirar de reojo al chico nuevo.

Él aprieta los labios, claramente aguantándose la risa. Y no lo culpo: mis jefes son unos informáticos mediocres, pero tienen un talento innato para el melodrama.

—Resumiendo —interviene Lucas, retomando el tono ejecutivo—, queremos presentaros a nuestro nuevo activo en la empresa. Se llama Marc y es experto en ciberseguridad.

Ambos empujan suavemente al chico hacia delante. Él da un paso y sonríe como si estuviera posando para una portada de revista. Dientes blancos, perfectamente alineados. Demasiado perfectos para ser reales.

—Encantado de conoceros —dice mirando al grupo—. Espero que hagamos un buen equipo.

Me mira directamente y me guiña un ojo.

En otro momento le habría devuelto la sonrisa, tal vez incluso con un poco de picardía. Pero hoy no.

Hoy no estoy para tonterías.

Sigo cabreada. Y las sorpresas, últimamente, no me hacen ninguna gracia.

Sergi es el primero en acercarse. Le estrecha la mano con un gesto educado y aprovecha la ocasión, mientras mis jefes le presentan a CJ, para inclinarse hacia mí.

—Nos vemos a las once en el baño —me susurra al oído, con ese tono confidencial que solía encenderme.

Ahora, más que encenderme, me crispa.

Luego se despide del grupo con una sonrisa forzada.

—Tengo trabajo que hacer. Ha sido un placer, Marc.

Y se va, dejándome con su perfume, su susurro y mis ganas de estamparle un firewall en la cara.

Jessy se acerca al nuevo con una sonrisa que no le conocía.

Simpática. Excesivamente simpática.

En los cinco minutos que lleva en la oficina, ya le ha sonreído más veces que a mí en los seis meses que llevo trabajando aquí.

Marc le corresponde con una sonrisa blanca y segura, y por un instante pienso que quizá estoy siendo algo paranoica. Pero no. Me molesta, y no pienso disimularlo.

El chico es guapo, eso no se puede negar. Pero lo que de verdad me descoloca es que no da en absoluto el perfil de informático, y mucho menos el de experto en ciberseguridad.

No es especialmente alto, pero su postura corporal desprende una seguridad que lo hace parecer más grande de lo que es. Camina con ese aire de tipo que lo tiene todo bajo control.

Lleva el pelo recién cortado, con un peinado moderno que no parece fruto del azar ni de una madre peluquera, y me obligo a hacer memoria, repasando mentalmente los perfiles de la carrera durante mis años en la universidad.

Nada.

Marc no encaja en ninguno.

Más bien parece haber salido de una agencia de modelos de calzoncillos, no de una facultad de ingeniería informática.

Carlos interrumpe mis pensamientos.

—Ella es Emma —dice señalándome—. Ha estado haciendo un poco de todo. Es nuestra ingeniera jefe ahora y se ha encargado de la seguridad en línea.

Se gira hacia Marc y le da una palmada en el hombro

—Os dejo que os conozcáis, que tenéis que hacer equipo los tres.

Marc me lanza una mirada directa. No es intimidante. Es… arrogante.

No sé si tomarlo en serio o echarme a reír.

No quiero parecer pretenciosa, pero estoy acostumbrada a que los informáticos con los que trabajo, al menos al principio, sean tímidos conmigo. Marc, en cambio, me estudia con una sonrisa ladeada, como si fuera él quien me estuviera evaluando a mí.

—Así que eres como un poco imprescindible aquí, ¿no? —dice, con esa media sonrisa cargada de suficiencia—. Al menos, eso me han dicho todos. Pero no te preocupes, ahora que he venido yo, puedes relajarte un poco.

¿Perdón?

Mi primer impulso es mandarlo a la mierda. Con precisión.

Pero me contengo. Puede que esté nervioso por ser su primer día y esté intentando parecer gracioso. A veces, la gente necesita más de cinco minutos para dejar de caer mal.

—¿Perdona?

—Claro, te perdono. —Me suelta como si la conversación fuera una especie de sketch improvisado—. Te decía que puedes relajarte. Veo que has llegado un poco nerviosa y tienes el aura un poco alterada.

¿El aura? ¿En serio?

Y lo dice tan campante, acompañando la frase con un gesto de manos por encima de su cabeza, como si estuviera espantando fantasmas.

Y lo peor es que tiene razón.

Sí, he llegado nerviosa. Pero no por él ni por la maldita aura.

—¿Intentas hacerte el gracioso? Porque, déjame decirte que no lo eres para nada.

—Bueno, Abejita. Ya te iré haciendo más gracia.

¿Abejita?

Me deja con la palabra en la boca. O mejor dicho: con la boca completamente abierta.

Nunca me ha pasado que alguien a quien acabo de conocer me hable así. Y mucho menos que me ponga un apodo ridículo nada más intercambiar tres frases.

Antes de que pueda reaccionar o lanzar alguna réplica ingeniosa, Marc se gira y sale por la puerta como si nada.

Me quedo plantada en mitad de la sala como una idiota, con mil respuestas ingeniosas viniendo a mí… demasiado tarde, como siempre.

Bravo, Emma. Otro triunfo comunicativo.



Entre Jessy y CJ se encargan de enseñarle el funcionamiento de todo a mi nuevo compañero, y yo me refugio discretamente en la sala Google, decidida a evitar cualquier interacción con Marc el resto de la mañana. Mi radar de energía masculina está saturado por hoy.

Mi móvil no deja de vibrar. Cuando finalmente le echo un vistazo, veo que es Sergi. Un mensaje corto, directo, sin emojis ni disculpas:

*A las once en el baño. No faltes.*

Suspirando, me levanto de la silla como quien va a una revisión médica que no puede postergar.

Cuando llego al baño, Sergi ya está esperándome. Pero no se lanza a mis labios como de costumbre. Está cauteloso. Medido. Sabe que estoy enfadada. Y lo noto en cada gesto que contiene, para no hacerme enfadar más todavía.

—Emma, preciosa… —empieza, tomando mis manos entre las suyas.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —lo interrumpo de inmediato. No puedo evitar que mi cuerpo se ponga tenso al escuchar esa palabra—. Sabes que no me gusta nada.

Preciosa es una palabra que me quema en la piel.

Me recuerda demasiado a Tony, a Llanos, al baño, a aquella imagen que no consigo borrar. Y, como un reflejo, mi estómago se cierra de golpe cada vez que alguien la pronuncia.

—Tienes razón, perdona —se disculpa bajando la mirada—. Siento mucho lo de ayer. No sabes la que me montó Sandra. Esa tía está loca, cariño. Y lo peor es que me está volviendo loco a mí.

Y ahí está. Otra vez. Sandra. No me apetece hablar de su mujer. Ya me lo ha contado muchas veces: que está mal, que le hace la vida imposible, que no sabe cómo salir de ahí. Y yo me debato entre la compasión y el hartazgo.

—¿Qué pasó? —le pregunto al fin, con resignación.

—Se volvió loca del todo —dice, cerrando los ojos y negando con la cabeza—. Cuando salí del otro trabajo y fui a casa, estaba tirando la vajilla al suelo. Me encontré el piso entero lleno de trozos de platos. Había cristales por todas partes… Fue horrible, Emma. Y yo solo podía pensar en ti y…

No termina la frase. Y eso basta.

En silencio, lo abrazo.

—De acuerdo —le susurro con un nudo en la garganta—. Perdona, Sergi. Lo solucionaremos.

—El que lo siento soy yo. —Su voz tiembla, y por un momento creo que va a romperse—. Soy un desastre y te estoy jodiendo la vida.

Deberías estar con alguien de tu edad. Alguien que no tenga mis problemas.

Mis músculos se tensan ante esa posibilidad. ¿Eso es lo que quiere? ¿Romper?

—¿Es lo que quieres? —le pregunto, temiendo su respuesta—. ¿Quieres romper lo nuestro?

—¡No! —exclama al instante, con una urgencia que me desarma—. Tú eres lo único que me mantiene cuerdo ahora mismo. Te necesito y te deseo. No sabes cuánto…

Y es ahí donde me gana. Otra vez. No sé si es por las palabras, o por cómo me mira, o por ese tono de voz tan frágil que nunca le había escuchado… pero algo dentro de mí se derrite. Todo lo que pensaba decirle, todos mis reproches bien ensayados, se diluyen como tinta en el agua.

—¡Bésame! —susurro entre sus brazos.

Y no tengo que esperar mucho. Sus labios encuentran los míos, y el mundo entero deja de importar. El baño, el trabajo, Sandra, el drama… todo desaparece. Solo estamos nosotros.

Doy gracias de que esté recién afeitado, porque nuestros besos después de una discusión tienden a subirse de tono peligrosamente, y no me apetece salir del baño con la cara como si me hubiera peleado con una lija.

Huele a él. Al aftershave que tanto me gusta. A su perfume, ese que me persigue durante horas.

Cuando nos separamos, aún tengo la sonrisa tonta pegada a la cara.

—Sal tú primero —le digo mientras saco un pequeño espejo del bolso—. Voy a retocarme un poco el maquillaje.

Y así, como tantas veces, disfrazo de rutina el desorden que llevo por dentro.

A veces me fastidia ser tan fácil con él, y en lo único en que puedo pensar mientras intento disimular el enrojecimiento alrededor de mis labios es en lo decepcionada que estaría Ruth conmigo en estos momentos.

Cuando abro la puerta de los aseos, me topo de bruces con el chico nuevo. Me echa una mirada inquisitiva y levanta una ceja.

Genial.

Me entra un escalofrío por todo el cuerpo por lo que pueda estar pensando.

Sergi y yo llevamos cuatro meses ocultando lo nuestro con bastante éxito y, en el primer día de Marc en el trabajo, parece que nos ha pillado.

No podía haber elegido mejor momento para aparecer.



Mis jefes nos han pedido a CJ y a mí que lo pongamos al día de todos los proyectos en los que estamos trabajando.

La semana que viene tenemos que presentar la aplicación a los dueños de la clínica de ortodoncia, y ni siquiera hemos empezado todavía con el encargo del gimnasio y la escuela de idiomas.

Vamos bien.

—La verdad es que estoy bastante impresionado con lo que hacéis aquí —nos dice Marc cuando terminamos de informarle de todo—, y realmente las instalaciones son chulísimas. Me recuerdan a Silicon Valley. Supongo que habéis estado, ¿no?

—Yo no, ¿tú has estado allí? ¿En Google? ¿En San Francisco? —CJ está emocionado. Y yo, cada vez más, puedo ver menos a este tío.

—La verdad es que sí. Fui hace dos años, al terminar la carrera. En realidad, estuve haciendo prácticas…

—¿Hiciste prácticas en Google? —pregunta mi amigo, aún más sorprendido.

—No, en Google no, qué más hubiera querido… Fue en una pequeña empresa, pero fui de visita a sus oficinas y son espectaculares.

—Carlos y Lucas copiaron la decoración de allí. ¿Nos centramos en cuál va a ser tu parte del trabajo en estos proyectos? —Intento reconducir la conversación al terreno laboral—. Tú te encargarás de

todo lo relacionado con la seguridad en línea. Además de buscar las vulnerabilidades en nuestros sistemas y en los de las empresas con las que trabajamos, deberás identificar y resolver…

—Tranquila —me interrumpe—, sé exactamente cuál va a ser mi cometido aquí. Me han contratado para eso, Emma. Intenta relajarte un poco.

¿Sabéis lo que nunca se debe decir a una persona que está nerviosa?

Exacto: que se relaje.

Y en apenas un par de horas y casi sin conocerme, este tío ya me lo ha dicho dos veces.

Me muerdo la lengua para no volver a tener ganas de mandarlo a la mierda, así que le pongo la sonrisa más falsa que puedo fingir y salgo de la sala Google, dejándole contar sus batallitas a CJ, quien parece estar deslumbrado por él.

—¿Era necesario contratar a ese tío, Lucas?

De mis dos jefes, entro en el despacho de este porque es al que considero más sensato y con el que mejor me llevo.

—¿No te gusta? —me pregunta extrañado—. Es un *crack*. Todo un fenómeno en ciberseguridad. Él es el que nos advirtió de la brecha en nuestra seguridad.

—¿A qué te refieres? ¿Qué brecha?

—La de ayer, ¿recuerdas? El ataque que solucionaste fue obra suya y…

—Espera… ¿Habéis contratado a un *hacker*?

—Un *white hat*. Bueno, en realidad, un *gray hat*. Esa es la verdad.

—No me lo puedo creer. —Me echo las manos a la cabeza—.Esos son los peores.

El *gray hat* es un tipo de hacker informático que utiliza sus conocimientos para atacar los sistemas informáticos de las empresas. Luego se ofrecen a esas mismas empresas para arreglarlo y son contratados para detectar vulnerabilidades y solucionar los fallos de seguridad que puedan tener.

Por lo visto, eso fue lo que hizo Marc para conseguir entrar a trabajar en DIP Technologies.

—Emma, tú no puedes hacerte cargo de todo. Gonzalo era el encargado de la seguridad y te has tenido que ocupar, no solo de tu trabajo y del de Pablo, sino también del suyo —me dice Lucas mientras niego con la cabeza—. Además, parece un buen chico.

—Me fío más de un *black hat* que de uno de estos. Al menos aquellos sabes a lo que van. Conoces sus malas intenciones de antemano. Estos pueden variar su lealtad a conveniencia. —Me dirijo hacia la puerta, no sin antes girarme para decirle una última cosa—. Vosotros sabréis lo que habéis hecho.

Y me voy.

Mucho peor de lo que entré y fiándome mucho menos que antes de ese chico.

Cuando accedo de nuevo a la sala Google, CJ ya no está y me encuentro a solas con Marc.

—¿Ya has ido a quejarte al jefe de mí, Abejita? —me pregunta sacándome la lengua.

Genial, otra vez con el apodo.

Acabo de darme cuenta de que solo me llama así cuando estamos a solas. Decido ignorarlo porque no quiero darle la satisfacción de que piense que me está molestando.

Me siento delante del ordenador y sigo trabajando, fingiendo una concentración absoluta. Al cabo de un rato, en medio de un silencio que se me empieza a hacer eterno, entra de nuevo CJ y el ambiente vuelve a ser distendido.

—De acuerdo. A ver qué opináis sobre esto —anuncia mi amigo en uno de nuestros descansos mientras tomamos un café—. ¿Qué os parece una especie de Tinder de mascotas? Imaginaos que uno tiene un perro. Ya sabéis que se liga mucho paseando al perro por el parque y…

—¿En serio? —le interrumpe Marc—. Tendré que conseguirme un perrete, entonces.

—No creo que tú lo necesites —le dice CJ—, pero escuchad. Vas a la aplicación y pones tu foto con la de tu perro. Y haces *match* con una tía que tiene una perrita con la que te gustaría ligar.

—Espera, ¿el tío quiere ligar con la perrita o con la tía?

—Con la tía, obviamente.

—¿Puedes dejarlo terminar? Esto puede ser eterno —intervengo—. Y, para que lo sepas, CJ no pilla las ironías ni el sarcasmo, así que, ahórratelas.

—¿No pillas la ironía, tío?

—No, soy neurodivergente.

—¿Estás en el espectro autista o algo así? —le pregunta descaradamente, y a mí empieza a resultarme incómoda su manera de dirigirse a mi amigo.

—Grado uno —le contesta CJ sin parecer sentirse ofendido.

—Ya vale, ¿no? —le digo enfadada—. Déjalo en paz.

—No, perdona, Emma —me explica Marc, ahora con el semblante serio—. Es bueno que me lo hayas dicho y por eso le he preguntado directamente. Estoy hablando en serio; no pretendo ser maleducado. Te respeto enormemente y no quiero que te preocupes, dirigiré mi ironía tan solo a Emma.

Y ahí está de nuevo. El guiño. La sonrisa torcida.

Se acerca un poco y me susurra al oído:

—¿Te parece bien, Abejita?

Cuando creo que lo he juzgado mal demasiado pronto, hace un nuevo comentario de ese tipo y me vuelven a entrar ganas de mandarlo a la mierda. Pero decido seguir ignorando esos ataques.

Si él se empeña en comportarse conmigo como un crío pequeño, yo puedo tratarlo de igual modo y pasar de él.

—Por favor, CJ, continúa explicándonos tu aplicación.

—De acuerdo —me responde como si con él no fuera la cosa—. Pues mi idea es que sea una aplicación para criar perros con pedigrí, o para aquellos amantes de los perros que buscan una relación. Ya sabéis que si tienes un animal y a tu pareja no le gustan, puede ser difícil.

—No está mal, aunque no sé si tendría mucho mercado —vuelve a intervenir Marc.

¿Por qué tiene que opinar de todo?

—Y tú, Emma, ¿estás trabajando en algo?

—¡No! —digo rotundamente, pero, al mismo tiempo, mi amigo habla dejándome al descubierto.

—¡Claro que sí! —exclama—. ¡Cuéntale tu proyecto! Es muy ambicioso y puede implementarse en muchos ámbitos.

—Cuéntame, Emma.

—Todavía no te conozco lo suficiente ni tengo confianza contigo para compartir eso. ¿Me entiendes? —me dirijo a CJ esta vez—. Vamos

a guardarnos ciertas cosas por el momento.

Más tarde hablo con mi amigo a solas e intento explicarle el porqué no confío todavía en Marc para ciertos aspectos. Me he dado cuenta de que está deslumbrado por su personalidad extrovertida y arrolladora, y es demasiado inocente como para darse cuenta o ver maldad en nadie.

—Es muy inteligente, Emma, sabe muchísimo y ha estado haciendo prácticas en Silicon Valley. Podemos aprender mucho de él y…

—Lo sé, pero vamos a intentar guardar un poco las distancias hasta conocerlo mejor, ¿de acuerdo? Solo es por el momento.

—Claro, lo que prefieras.



De camino a casa me pongo los auriculares y decido pasear. Necesito que el fresco de la tarde me despeje la mente, y caminar escuchando música me relaja muchísimo.

Cuando llego, me doy una ducha y repaso frente al espejo los acontecimientos del día.

Es una de las rutinas que he incluido en mi vida durante estos seis meses y, a falta de alguien más con quien hablar, le cuento a mi reflejo las sensaciones que me ha deparado el día.

Este chico nuevo, Marc, supone un reto en lo profesional con el que no contaba. Y no estoy segura de cómo gestionarlo.

El timbre de la puerta me hace volver a la realidad.

Voy a abrir con la bata de seda que descarté ayer y, por supuesto, con el conjunto de ropa interior que estrené y que he vuelto a ponerme para la ocasión.

Sergi apenas saluda cuando le abro; solo me mira de arriba abajo con la respiración agitada todavía. Cuando entra, me rodea la cintura y me besa contra la puerta, que se cierra a mi espalda. Me cuelgo de su cuello mientras él mete las manos por dentro de la bata y acaricia mi espalda bajando hasta mi culo, que aprieta con fuerza.

Hace al menos diez días que no viene a mi casa, los mismos que no tenemos sexo, y se nos nota las ganas a distancia. No hablamos, y no hace falta.

Rodamos por mi apartamento hasta el dormitorio y, una vez allí, los preámbulos se me hacen eternos porque lo único que deseo es que me haga suya completamente.

Ni siquiera necesito que me quite las bragas con los dientes, como me dijo en el baño, y tampoco que él mismo se desnude.

Le bajo la cremallera del pantalón y, de esa manera, me folla todavía vestido sobre el edredón de mi cama. En ese momento no me importa nada: ni pienso en su mujer ni en mi mal día. Solo quiero sentirlo dentro de mí.

—¿Tienes que irte ya? —Apenas hemos terminado y ya se está arreglando la ropa para irse—. No has estado ni una hora.

—Sabes que daría lo que fuera por quedarme a dormir contigo. Te he echado muchísimo de menos. —Me besa y después me abraza con fuerza—. No te haces una idea de cuánto. Mis ratos contigo son los únicos en los que consigo sonreír.

—Entonces levanta la cabeza y me mira fijamente a los ojos con una expresión tan triste que se me encoge el corazón—. Tú me haces feliz. No te imaginas cuánto te necesito y te quiero, Emma.

—Yo también te necesito muchas veces —le digo aguantando su mirada—, y nunca estás para mí. Hoy, sin ir más lejos, he tenido un día de mierda.

Hay un cierto tono de amargura, no en mis palabras, pero sí en la manera en que las pronuncio.

—Lo siento. ¿Quieres contármelo?

—Es por el chico nuevo que ha venido.

—¿Marc? Parece majo. ¿Es que ha pasado algo con él? ¿Te ha molestado o…?

—No, no es nada de eso. Pero…

Dudo mucho en expresar lo que me está consumiendo por dentro. Me siento infantil e inmadura, pero tengo que desahogarme y, si no lo

hago con mi chico, ¿con quién si no puedo hacerlo?

Así que arranco y lo suelto todo de golpe.

—Por ejemplo, Jessy está súper simpática con él y a mí parece odiarme. Los jefes están encantados de haberlo contratado a pesar de que fue él quien atacó la seguridad de la empresa, y CJ está deslumbrado. Hasta tú dices que es majo.

—Y a ti no te cae bien, ¿no?

—No lo sé. La verdad es que sí que parece majo, y no entiendo por qué me molesta tanto.

Hago una pausa y me apoyo en su hombro.

Es de esos momentos en los que necesito un abrazo, muchas palabras de ánimo y una tarrina grande de helado de menta con chocolate.

Quizás también una manta enorme para acurrucarme con mi chico y ver una película muy tonta en la tele.

El abrazo y los ánimos los consigo enseguida. Pero sé que eso último no va a pasar.

Al menos, no todavía.

—Bueno, quizás te sientes amenazada por él —dice mientras hace círculos en mi espalda—; hasta ahora has sido imprescindible y puede que estés sintiendo que te va a quitar protagonismo o importancia.

Odio cuando tiene razón, que es muchas más veces de las que me gusta reconocer. En eso se notan los siete años de diferencia entre nosotros.

—Tienes razón.

—Siempre va a haber gente mejor que nosotros; la competencia no es mala, guapa.

No me gusta nada cuando me llama así, y me molesta casi tanto como cuando me dice *preciosa*. Tengo la impresión de estar tremendamente lejos de él y me hace sentir poco especial en su vida.
Así llaman los chicos a cualquiera, de una manera genérica.
No siento que sea un apelativo cariñoso.

—Bueno, tendré que trabajar mejor entonces.

—Pues sí. —Se levanta y se pone la chaqueta dejándome desnuda en la cama—. Oye, me tengo que ir. Nos vemos mañana, ¿vale?



Estoy cenando, sola como siempre, y pienso en todo lo que ha sucedido hoy. También en las palabras de Sergi.

Llego a la conclusión de que no hay peor competencia que la de mi propio ego, y comprendo que debo aprender a admirar a los demás cuando lo merecen, como me ha dicho CJ, y así poder crecer profesional y personalmente.

También me doy cuenta de que eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—Alexa, enséñame a ser más humilde.

—Lo siento. No puedo ayudarte con eso.

# Capítulo 4



## Ley del crecimiento

**Todo empieza y termina en ti mismo.**
**Lo único permanente es el cambio,**
**y el cambio es crecimiento.**

Trabajar con Marc es mucho más divertido y estimulante de lo que pensé en un principio. Después de meses pasando mis días con gente con poco sentido del humor y escasas habilidades para contrarrestar mi ironía, enfrentarme a alguien como él —aunque a veces sea un borde insufrible— hace que me ponga las pilas y no me acomode. Durante toda la semana hemos estado preparando la presentación del proyecto que debemos explicar a nuestros clientes.

Mis encuentros con Sergi en los aseos se han visto cortados de raíz. Marc siempre parece estar al acecho, y, o bien cuando vamos hacia allá él ya está allí, o se presenta en cuanto nos acercamos. Sergi piensa que es casualidad, que no lo hace a propósito y que lo único que

tenemos que hacer es adaptar nuestros rituales. En cambio, yo estoy convencida de que sabe lo nuestro desde el primer día y que solo quiere fastidiarme.

CJ cada día parece estar más impresionado con él y Jessy le tira los tejos descaradamente.

Todas las mañanas, sin excepción, en cuanto llego al trabajo, lo veo apoyado en la recepción, hablando con ella, y esta no para de sonreírle y reírle todas las gracias. En cuanto me ven aparecer, Jessy cambia el gesto, me saluda seria pero educadamente y él, simplemente me da los buenos días, con esa media sonrisa arrogante que parece llevar de serie. Sin embargo, más tarde, en cuanto nos quedamos solos, vuelve a lo que se ha convertido en una costumbre.

—¿Cómo estás, Abejita?

—¿Puedes parar ya de llamarme así? —le pregunto torciendo el gesto, mientras dejo la mochila en mi mesa sin mirarlo.

—Claro, Abejita, no hay problema.

Yo giro los ojos y desisto al final, porque parece que, cuanto más se lo digo, más insiste. Tiene la actitud de un niño al que le han dicho que no juegue con algo y se empeña aún más en hacerlo.

Pero esa actitud solo la tiene conmigo. Ante mis jefes es un gran trabajador, y con CJ un buen compañero. Y, sobre todo, cuando llega la

hora de presentar nuestro proyecto a los clientes, es un auténtico profesional, de los que saben impresionar.

—¿Por qué no me soportas, Abejita?

Los clientes se han marchado encantados, mis jefes están satisfechos y nos hemos quedado él y yo en la sala Facebook, recogiendo el equipo.

—Quizás porque no paras de llamarme así. ¿Te has parado a pensarlo? —respondo sin levantar la mirada de los cables.

—No creo que sea por eso. —Se cruza de brazos y me mira sonriente y triunfal—. Algún día te explicaré por qué te llamo así. Yo creo que hay algo más que te molesta de mí. Si me lo dijeras, podríamos hablarlo y zanjar el tema. Tenemos que trabajar en equipo y, por lo que se ha visto en la reunión con los clientes, funcionamos bastante bien juntos.

Me fastidia reconocerlo, pero tiene razón, aunque solo en parte. También me molesta que me llame como a un insecto. No soy una abeja. No soy su Abejita. No soy de nadie.

—Bueno, si quieres sinceridad absoluta… la manera en la que ingresaste en la empresa no me gustó. —Me cruzo yo también de brazos enfrentando nuestras posturas. Pero, a diferencia de él, yo no sonrío en ningún momento—. No me parece nada ético.

—No te gusto porque soy un *hacker,* ¿no? —Ahora descruza los brazos y los pone en sus caderas, con una ceja alzada—. Pues en tu profesión has tenido que relacionarte con más de uno, seguro. Y dudo mucho que tú no hayas *hackeado* nada nunca.

—Yo nunca haría lo que haces tú.

—No hice nada malo, ¡venga ya! —Se inclina hacia mí como si necesitara que lo entendiera—. Solo descubrí una vulnerabilidad en el sistema y ofrecí mis servicios para arreglarlo y evitar futuros ataques. Todos tenemos que comer, ¿sabes?

—Pues busca trabajo honradamente.

—Espera, espera… —Me señala con el dedo descaradamente y entrecierra los ojos—. A ti lo que te molesta realmente es que entré en tu sistema y te puse en evidencia. No soportas que sea mejor que tú.

—Tú sueñas, guapo. Además, yo no era la encargada de la ciberseguridad, así que no era «mi sistema» —le espeto, marcando las comillas con los dedos y la voz cargada de desprecio—. Y tu ataque me costó menos de media hora desactivarlo. No eres tan brillante como te crees.

—Gracias por lo de guapo. —Me lanza otra sonrisa torcida, con aire de quien se anota un punto—. Pero si pudiste desactivarlo fue porque yo te dejé. No iba a hundir la empresa, solo quería dar un toque de atención... y conseguir trabajo. Soy un *hacker* ético, Abejita.

—Hay otras formas de buscar trabajo sin meterte en los sistemas de la gente. Se llama honradez. ¿Te suena?

—Claro. También se llama privilegio. —Me clava los ojos y, por primera vez, su tono deja entrever algo más crudo, más personal—. No todo el mundo puede pagarse dos *másters* ni tener un expediente perfecto. Yo me pasé dos años sirviendo mesas en una pizzería. Y tú, en cambio, entraste aquí sin mover un dedo.

—¿Perdona? —Parpadeo, desconcertada—. ¿Cómo sabes eso?

—¿Que te ofrecieron este trabajo nada más acabar el máster…? Te he investigado. —Lo dice sin pudor, como si hablar de espiar fuera algo casual. Como si no fuera escalofriante.

—¿Me investigaste? —Siento cómo se me tensa la mandíbula. El corazón se me acelera, no sé si por rabia o por otra cosa—. Yo todo lo que tengo me lo he ganado. Estudiando. Trabajando. Nadie me ha regalado nada, ¿vale? Y si has hurgado en mi vida, lo sabrás de sobra.

—Puede. Pero yo no tuve las mismas oportunidades que tú. Hay muchas razones por las que uno no puede estudiar.

—¿Sí? ¿Como qué? ¿Resacas de las fiestas universitarias?

—Mira, cada persona carga lo suyo. No todos empezamos en el mismo punto. Y eso, aunque no lo creas, afecta.

—Entonces dime. ¿Qué te tocó cargar a ti?

—Vamos a conservar un poco el misterio, ¿de acuerdo, Abejita? —me responde con esa sonrisa suya entre arrogante y encantadora que me crispa los nervios.



No me gustan los enfrentamientos. Nunca me han gustado. Y desde que Marc está aquí, parece que se han convertido en el centro de mi existencia.

Antes llegaba a la oficina y lo primero que hacía era besarme con Sergi a escondidas en el aseo, como una adolescente rebelde con excusa profesional. Ahora, lo primero que hago es discutir con Marc. Da igual si es por el desarrollo de un software, una campaña digital o las nuevas soluciones personalizadas para los clientes: siempre acabamos chocando.

Y lo peor es que se está metiendo en mi terreno. En mi especialidad. Como si pudiera opinar de todo con ese aire de sabelotodo irresistible que le sale tan natural.

—¿Te digo yo cómo tienes que hacer tu trabajo? —le suelto sin filtros, con el pulso acelerado. Es viernes, acabamos de salir de una reunión importante y Marc ha estado interrumpiéndome sin parar—. El trato directo con los clientes es mi responsabilidad. Así que métetelo en tu cabezota de *hacker* justiciero.

—Solo quería ayudar… —replica, bajando un poco la voz. Pero no lo suficiente.

—Pues no lo has hecho.

Recojo mis cosas de un manotazo. Ni siquiera lo miro. Salgo del despacho con paso firme, intentando contener las ganas de estamparle algo a la cabeza. Y de repente... suelto el aire. Estoy harta.

El móvil vibra en mi bolso. Diez mensajes de Sergi. Dos llamadas perdidas. Me propone vernos en la cafetería a la que íbamos al principio, cuando todo era nuevo y cada gesto suyo parecía cargado de promesas. Solo con leer el nombre del sitio, algo se me encoje por dentro.

No puedo evitarlo. Me da un vuelco el corazón.

—Hacía tiempo que no tomábamos café aquí —comento nada más sentarme, fingiendo una naturalidad que no siento del todo.

Es una de esas mesas recogidas en un pequeño rincón decorado con flores secas en las paredes, lo que le da al ambiente un aire nostálgico y romántico, como si estuviéramos atrapados en una postal parisina de los años sesenta. La cafetería tiene esas sillas de bistró francés, ligeras pero incómodas, a cada lado de una mesa redonda minúscula. La clientela habitual son parejas que se miran a los ojos como si se acabaran de conocer o alguna persona solitaria a la que el ambiente le invita a leer con calma mientras se toma un café de autor.

Me quedo observando los detalles con una punzada de melancolía, recordando aquellos primeros días en los que me enamoré de él. Todo eso fue antes de que me dijera que estaba casado y de que mi vida sentimental iniciara una cuesta abajo sin frenos.

Sergi le hace una seña a la camarera y, sin mediar palabra entre ellos, la chica me trae un capuchino que deposita suavemente frente a mí.

—Te he pedido lo de siempre —dice, tomando mi mano por encima de la mesa, aunque no sin antes echar una mirada disimulada a su alrededor para comprobar que no hay ningún conocido cerca—. Pero si no quieres, te pido otra cosa.

—Está bien, Sergi. Gracias. ¿Te pasa algo? —Lo noto raro, como si algo le apretara por dentro. Ansioso, pero contenido. Eso me pone nerviosa—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos en un sitio así. Me ha sorprendido que quisieras quedar aquí y… espera un momento…

Una idea me golpea de repente.

—¿Quieres romper lo nuestro, no? —mi voz suena más serena de lo que esperaba, casi como si una parte de mí respirara aliviada ante la posibilidad. Y eso me sorprende más que su posible respuesta.

—¿Qué? ¡No! Todo lo contrario —exclama enseguida, inclinándose hacia mí—. Es que ya no nos vemos apenas y te echo de menos. Estás todo el tiempo con ese Marc y…

—Ya… y no creas que me gusta. Pero tú solo estás hasta mediodía y es cuando hemos tenido que programar todas las reuniones con los clientes. Ha sido una semana estresante y no he podido escaparme. Ya sabes que hay épocas así.

—Lo sé. Y por eso quería quedar fuera del trabajo. Y, bueno… recordar viejos tiempos. Este sitio es muy especial para mí.

—Sí, también lo es para mí. Pero ahora lo veo distinto, como si ya no perteneciera a esta etapa de mi vida. No sé cómo expresarlo, no es…

—¿Sabes lo de la cena de empresa que quieren organizar Carlos y Lucas? —me interrumpe de pronto, tirando de la conversación hacia otro sitio y alejándome de mis pensamientos.

—Algo he oído. Supongo que lo harán todos los años, ¿no?

—¡Qué va! Esta es la primera vez. No sé qué ha pasado, porque en los cinco años que llevo trabajando con ellos nunca nos han dado ni una pastilla de turrón —me dice entre risas. Su forma de reír me desarma un poco, como si por un segundo nada más volviéramos a ser los de antes. —Es genial, y he pensado que después de cenar quizás podríamos pasar la noche juntos. ¿Qué te parece?

La propuesta me golpea con fuerza y me descoloca totalmente. En un principio me ilusiono. Nunca se ha quedado más de dos horas en mi

casa y, por supuesto, yo nunca he estado en la suya. Que quiera pasar una noche entera conmigo es... nuevo. Y peligroso.

Él sigue hablando, entusiasmado.

—Podemos cenar con todos y luego poner una excusa y largarnos. Han reservado mesa en el asador de Santiago Alonso, Emma —me explica con brillo en los ojos—. Van a tirar la casa por la ventana. Ese restaurante tiene tres estrellas Michelin y, solo el menú degustación, son noventa euros por persona. Y tendrías que ver la carta de vinos…

—¿Vaya, ahí nos van a invitar? —pregunto sorprendida, alzando las cejas—. No tenía ni idea.

—Nadie lo sabe todavía. Me encargaron a mí que hiciera la reserva. Ellos luego se lo desgravan a final de año, ¿sabes? —Hace un gesto con la mano como quien quita importancia a un truco viejo.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Te parece un buen plan?

Mientras Sergi habla, hay algo que a mí no me cuadra. Siempre ha sido muy reacio a pasar la noche fuera de casa, casi paranoico con los horarios, y ahora, de repente, me propone esto como si fuera lo más natural del mundo. Me recorre una sensación extraña por todo el cuerpo, como si algo en su discurso no encajara del todo.

—No sé, Sergi, esto no está bien y…

—¿Espera, qué vas a decir? ¿Qué es lo que no está bien? Joder, Emma, ¿qué coño pasa ahora? —se pone a la defensiva y se echa hacia

atrás en la silla, visiblemente molesto, cruzando los brazos como si se preparara para un combate—. Dime, ¿qué ha cambiado ahora respecto a hace dos semanas? Llevas tiempo reprochándome que no estoy para ti cuando me necesitas.

—Sí, y es la verdad. Pero no quiero que sea de esta forma. No quiero ser la otra.

—¡No eres la otra! —exclama alzando la voz. Algunos clientes de la cafetería nos miran de reojo. Enseguida se da cuenta de dónde estamos y se acerca de nuevo a mí, tomándome suavemente de las manos y bajando el tono—. La otra es ella. Es una mala persona, Emma, me está amargando la vida.

—Pues déjala, Sergi. No estamos en el siglo XIX —repito con exactitud las palabras de Ruth, como un eco que resuena en mi conciencia, y le planteo lo que debí haberle dicho desde el primer momento, desde que me confesó que estaba casado—. Pero, de esta forma, nos estás haciendo daño a las dos. Y yo no quiero seguir así.

—¡Voy a hacerlo! —me dice con decisión, mirándome a los ojos como si quisiera convencerme con la fuerza de su mirada. Y me gustaría creerlo. Pero en mi fuero interno sé que nunca tendrá el valor.
—Es solo que en estos momentos no puedo. Todavía no, Emma.

—Te entiendo, de verdad. Pero comprende mi posición también, ¿vale? Esta situación no es justa ni para mí ni para ella.

—¿Y yo qué? ¿Qué hay de mí?

—Tú puedes elegir. Y yo también. Pero a ella no le estás dando esa opción.

—¿Tú crees que puedo elegir? —me pregunta con tono agrio, solo para responderse a sí mismo de inmediato—. Pues te equivocas. Ayer mismo me amenazó con suicidarse. Se encerró en el baño y empezó a autolesionarse.

—Dios mío… —le interrumpo tapándome la cara con ambas manos —. Eso es horrible.

—Claro que lo es. No te imaginas lo mal que me lo hace pasar. Y ahora encima, tú quieres dejarme…

—¡Es horrible por ella, Sergi! No seas egoísta —le recrimino, soltando sus manos—. No todo gira a tu alrededor. ¡Búscale ayuda!

Me mira sorprendido, como si mi reacción no fuera la que esperaba. Tal vez porque nunca antes le había llevado la contraria. Al menos no de esta forma.

—Es lo que voy a hacer, sí —dice finalmente, bajando la cabeza y mirando al suelo—. Tienes razón.

No vuelvo directamente a mi apartamento. Es viernes por la tarde y la ciudad rebosa movimiento en un ir y venir de personas paseando y haciendo compras. Aunque todavía falta un mes para Navidad, los

escaparates de los comercios están decorados hasta el último detalle y ya está encendida la iluminación navideña. Estas fechas son mis preferidas, siempre me han parecido mágicas, pero este año me siento tremendamente sola, como si todo ese brillo solo sirviera para remarcar mi apagón emocional, y sin ninguna perspectiva de que pueda mejorar.

Otro viernes por la noche que pasaré trabajando en mi solitario piso. Otro fin de semana en el que mis únicos planes serán tragarme una comedia romántica que me dejará hecha polvo mientras abrazo la manta como si fuera una persona real. Ver caminar de la mano a las parejas me pone de mal humor y me convence de las últimas sensaciones que he estado experimentando: me estoy volviendo una cínica romántica. O una romántica cínica. Lo que sea, pero no es bonito.

No puedo controlar lo que los demás decidan hacer, pero sí puedo tomar las riendas de mi vida y actuar en consecuencia. Aunque sea a cucharadas.

Cuando lo único que pongo en la caja es una gran tarrina de helado de chocolate con menta y una bolsa de nubes, la chica que va a cobrarme me mira con pena. Una de esas miradas que parecen decir «yo también he estado ahí, hermana»

—¿Un mal día, eh?

—Un mal año —le contesto sonriendo—, pero voy a intentar cambiarlo. Aunque sea con carbohidratos y azúcar refinado.

Mi apartamento es pequeño y de una sola habitación. Creo que tengo un trauma no diagnosticado desde mi experiencia vivida con Llanos en la universidad y no quiero volver a compartir piso. Por eso, cuando busqué un lugar para vivir al empezar a trabajar, quise algo con un solo dormitorio. Pero, a pesar de ser muy pequeño, me aseguré de que tuviera alma de palacio: lo decoré a lo grande.

La televisión es de cincuenta pulgadas, mi cama de uno cincuenta y el sofá de tres plazas. La mesa del comedor apenas cabe entre todo eso, pero me niego a renunciar al confort. La manta que utilizo para taparme es XXL y daría para cubrir a un equipo de baloncesto. Agarro una cuchara sopera y empiezo a disfrutar de mi helado directamente de la tarrina. Sin plato, sin juicio y sin remordimientos. Al menos por este motivo.

—Alexa, ¿qué es mejor para mí, un perro o un gato?

—Aquí tienes una respuesta de Alexa Answers que he traducido...

—Alexa… ¡Cállate!

La película es un rollo soporífero donde un chico millonario conoce a una chica en un centro comercial y se enamoran mientras le enseña el sentido de la vida y cómo viven los pobres la Navidad. Solo le falta una banda sonora con campanitas y un milagro de último minuto. Entonces le escribo a Ruth por si ha acostado ya a Charlie y tiene un rato para hablar. A los cinco minutos, mi teléfono suena y me muestra la imagen de mi amiga con su pequeño en brazos.

—¿Otro viernes sin planes? —es lo primero que escucho a través del auricular—. Estás desperdiciando tus mejores años, Emma.

—Y tú estás hablando como mi abuela. Creo que la maternidad te está envejeciendo a pasos agigantados.

Después de contarnos los últimos acontecimientos de nuestra semana, incluyendo las novedades con respecto a Sergi, oigo a mi amiga resoplar y no tengo claro si es de aprobación o todo lo contrario. Entonces se produce un silencio entre nosotras que rompo nuevamente yo.

—Habrías estado orgullosa de mí; de hecho, he pensado en las palabras que me dijiste cuando he hablado con él esta tarde.

—Lo siento, nena, pero creo que no es suficiente, y te voy a explicar por qué. —Su tono cambia, se vuelve más serio. Parece que el bufido que le he escuchado antes era de desaprobación, y el silencio posterior, su manera de organizar las ideas.— Te voy a hablar desde la

experiencia, Emma. Ese tío tiene una cuerda y te tiene atada bien en corto. Quizás para ti es la cuerda invisible que canta Taylor Swift, o el hilo rojo del amor de la mitología japonesa, pero para mí ni es tan invisible, ni tan idílica como la describen los orientales. Cuando ve que te alejas, tira de la cuerda y, de esa manera, siempre te tiene ahí, a su disposición.

Por un momento me asusto realmente. ¿Desde cuándo mi amiga escucha a Taylor Swift? Me pasé toda nuestra adolescencia intentando convertirla sin éxito en una *swiftie* como yo, y ahora me nombra una de sus canciones, y no una de las más conocidas, sino *Invisible String*. Y para colmo… ¿está hablando de mitología japonesa? ¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con Ruth?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —le pregunto poniendo voz de ultratumba—. ¡Sal de ese cuerpo ahora mismo! No te pertenece.

—No te emociones, petarda, no te vas a librar de mis burradas. Lo vi en un *TikTok*.

—Ya me extrañaba a mí…

—¡Eh! ¿Me estás llamando inculta, señorita informática?

—Para nada, pero lo de nombrar a la Taylor me ha desconcertado realmente. ¡Entiéndeme!

—Tienes razón, pero ya sabes, los gustos cambian. ¿Y qué hay de ese chico nuevo? —El giro de la conversación me pilla completamente desprevenida y abro los ojos como platos, atragantándome incluso con una nube—. Me has hablado casi más de él que de Sergi. ¿Es guapo?

—¿Guapo? ¿Ese idiota? ¡Para nada! —me apresuro a negarlo y hasta yo misma me doy cuenta de que mi voz ha sonado inusualmente alta—. Es idiota, ya te lo he dicho. Y bueno, puede que sea objetivamente atractivo. Pero a mí no me gusta nada en absoluto. Es un creído y un idiota.

—De acuerdo. —Después de mi pequeño monólogo, mi amiga me habla lentamente para calmarme—. Me ha quedado claro que es un idiota, me lo has repetido tres veces. En cuanto a su aspecto, no tanto. ¿Cómo es?

—Pues un tío, Ruth. Normal. Nada del otro mundo.

—Mira, Emma. El último varón que me chupó una teta tiene tan solo diez meses y lo tengo aquí a mi lado, durmiendo después de haberme dejado seca. Así que si tu amiga, que es madre y lleva más de un año sin tener un orgasmo con un hombre, te pide que le describas a un tío guapo, tú empiezas a hablar porque me quieres y no te interesa tenerme en tu contra. Te lo estoy pidiendo educadamente, así que habla y no te dejes ningún detalle.

Resoplo, me acomodo aún más en el sofá y miro el techo con resignación. Intento describir a Marc lo mejor posible teniendo en cuenta que me saca de mis casillas.

—Pues es alto, pero no demasiado; pelo castaño claro, tiene una sonrisa bastante bonita, la verdad. De esas que no sabes si quieres besar o abofetear. Sus ojos parecen grises…

—¡No me jodas! Me encantan los ojos grises —me interrumpe con un suspiro—; perdón, continúa.

—Tiene una cicatriz encima de la ceja que…

—¡Venga ya! ¿Una cicatriz? ¡Estás describiendo a mi tipo ideal!

—Chica, pues hazme una visita y te lo presento… ¿Quieres que siga o no?

—Sí, por favor.

Estoy acurrucada en el sofá, con toda la manta cubriéndome como si fuera una adolescente enamorada, y me voy acomodando mientras hablo. Me recuerda a esas noches interminables en mi casa o en la de Ruth, comiendo pipas y hablando de chicos hasta la madrugada. Me meto otra nube en la boca, con la sensación de que esta conversación se me está yendo de las manos.

—No da para nada el tipo de un informático. O por lo menos no es como todos los que he conocido. Lleva el pelo muy corto por la nuca y los lados. Degradado, ¿sabes cómo te digo? —La escucho asentir y

continúo—. Está hasta un poco bronceado. Creo que debe ser bastante deportista, porque se le nota fuerte. De esos que no necesitan camiseta para llamar la atención, aunque la lleven.

—Mira, idiota, si no te lo tiras tú, lo haré yo —vuelve a interrumpirme entre carcajadas—. ¿Y dices que no te gusta?

—Es que es un borde conmigo, Ruth. Y no estoy segura, pero creo que tiene algo con la recepcionista. Además de que ya te he contado cómo consiguió el trabajo.

—Definitivamente es el tipo de hombre que me arruinaría la vida. Un tío buenorro, borde y un poco sinvergüenza. Vamos, una combinación letal.

—Más o menos. Pero es que además, se mete mucho conmigo. Está todo el día buscándome las cosquillas, y no para de llamarme por ese mote estúpido. Sabe que me molesta y lo hace todavía más.

—Pues yo creo que es gracioso. En realidad me parece un apelativo muy tierno. Eres como la abejita Maya. Dulce, pero con carácter.

—¿Cómo quién? —le pregunto extrañada.

—Perdona, por un momento he olvidado que, de las dos, la única madre soy yo —la escucho explicarme con un tono resignado—. Mi tía se empeña en ponerle los dibujos de *La abeja Maya* a Charlie.

—¿No es un poco pequeño para ver dibujos?

—Pues eso mismo le digo yo, pero ya sabes que mi tía es una hippie ecologista y quiere inculcarle a mi hijo lo que, según dice, no ha podido hacer conmigo. En fin… que lo tiene en brazos y le pone esos dibujos porque ella los veía de pequeña. Ahora hay una versión moderna y a mí me está atontando el cerebro. Es como una hipnosis infantil. Como cuando a nosotras nos ponían los *Teletubbies,* ¿te acuerdas?

—Claro —le digo entre risas. Llegadas a este punto, creo que el azúcar ha empezado a derretirme el cerebro y me río de cualquier tontería.— Ahora creo que no voy a poder quitarme la canción de los *Teletubbies* de la cabeza en toda la noche.

—Así sabrás cómo me siento yo con toda la música para bebés que escucho a diario. En fin, que la abeja Maya es un gran personaje —me explica seriamente—. Es aventurera e independiente y, en cada episodio, aprende sobre sí misma y sobre los demás. Luego está el rollo ese de la amistad y el compañerismo, el trabajo en equipo y todas esas cosas que le encantan a mi tía.

—Vaya, te has puesto muy profunda —le digo después de procesar la información.

—Soy una tía profunda, amiga. Y cansada, pero profunda.

—Eres la mejor, Ruth. No sé qué haría sin ti.

Y llegados a este punto de mi vida, empiezo a darme cuenta de que esa es la auténtica verdad. Sin ella estaría completamente perdida. Aunque no siempre le haga caso, Ruth es mi brújula emocional.

—Te las arreglarías igualmente, cariño. Pero lo que sé seguro, es que tu vida sería menos divertida.

—Eso lo tengo clarísimo. Gracias, de verdad —le digo a modo de despedida.

—De nada, petarda. Te quiero.

Los restos del helado han formado un surco de humedad en la mesa de centro y me quedo mirando la bolsa de nubes que casi he vaciado. Mi tripa protesta con un pequeño suspiro azucarado, pero mi ánimo está extrañamente tranquilo. Todavía son las diez de la noche de un viernes y mi charla con Ruth me ha dejado una sensación de calma y paz interior. Como siempre, ella saca la mejor versión de mí misma. Incluso cuando no me lo merezco.

La película del millonario ha terminado con un final tan feliz como absurdo era su argumento. El chico rico redimido, la chica pobre con grandes valores morales y una nevada artificial cayendo sobre la escena final. En fin. ¿Qué millonario va de compras a un centro comercial en los días previos a la Navidad?

Todavía queda mucha noche por delante y es demasiado temprano para irme a dormir. Y demasiado tarde para hacerme la productiva.

Necesito ver algo mucho más realista que la película que acaba de terminar. Algo que no me haga querer meterme dentro del televisor para gritar «¡mentira!»

—Alexa, reproduce *La abeja Maya* en Prime Video.

# Capítulo 5



## Ley de responsabilidad

**Tus acciones, tus pensamientos**
**y tu vida en general,**
**son tu responsabilidad.**

El asador de Santiago Alonso es una auténtica maravilla gastronómica. Nada más acceder a él se puede apreciar la categoría del restaurante donde estamos a punto de cenar. Lujo discreto, iluminación tenue, detalles cuidados hasta el último milímetro. Hay un hombre detrás de un atril que es el encargado de recibirnos y comprobar los datos de nuestra reserva. Un empleado de sala nos acompaña hasta la mesa y, mientras nos guían hasta allí, vemos en las paredes fotografías de varios famosos y personalidades del mundo del espectáculo posando con el chef y sus asistentes de cocina.

A Jessy y a mí nos recogen los abrigos y los cuelgan en una percha a nombre de nuestra reserva.

Una camarera diferente toma nota del pedido de bebidas y descorcha botellas de vino y cava que nos sirve en una fina cristalería. La cubertería brilla como si acabara de ser estrenada para la ocasión. La vajilla es elegante y moderna. Todos nos miramos sorprendidos del lujo del lugar. Carlos y Lucas sacan pecho y sonríen como nunca; yo, en lo único en que puedo pensar es si seguirán con la misma sonrisa cuando les toque pagar la cuenta de esta cena.

Hay tantos platos y cubiertos frente a mí que me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman*, pero no estoy incómoda en absoluto porque mis compañeros están igual de desconcertados o incluso peor. Hasta Jessy ha soltado un «guau» al ver la carta, y eso ya es decir mucho. La verdad es que la cena promete.

A mi derecha se sienta CJ porque los sitios y situaciones nuevas le dan un poco de ansiedad y conmigo se siente cómodo y seguro. A mi izquierda hace ademán de ponerse Sergi, pero Marc se le adelanta.

—Perdona, iba a sentarme yo al lado de Emma.

—¿Hay sitios asignados? No veo tu nombre por ningún lado —dice Marc fingiendo mirar en todas direcciones, incluso busca de manera divertida debajo de la servilleta—. Es una mesa redonda, tampoco vamos a escenificar *Juego de Tronos*. Siéntate en otro lado, ¿vale?

Veo cómo a Sergi se le hincha la vena y ocupa otra silla sin decir nada, pero le dedica a Marc una mirada intimidante. Frente a nosotros, Jessy intenta disimular su sonrisa tapándose la boca sin ningún éxito. Yo, en el fondo, le agradezco al universo que Marc haya tomado la delantera. No estoy de humor para tener que aguantar las insinuaciones de Marc al oído durante toda la cena.

Desde nuestra conversación en la cafetería, le he estado evitando y, aunque de vez en cuando me manda algún mensaje, de momento está respetando el tiempo y la distancia que le pedí.

—Resuelve tu situación y después hablaremos —le dije tres días atrás en la oficina ante su insistencia sobre la cena de esta noche.

Desde entonces, solo hemos intercambiado miradas y algún que otro mensaje.

Cuando estamos todos acomodados, mi móvil vibra y es Sergi quien me ha escrito nada más sentarse:

*Tenías razón, ese tío es un capullo.*

Hace tres semanas esas palabras me habrían hecho sentir mejor, pero a estas alturas, y después de conocer un poco más a Marc, no me parecen para nada acertadas. De hecho, me suenan un poco patéticas. Por un momento, creo reconocer ciertos destellos de celos en él y me sorprende lo poco que me importa.

Marc ha venido con una camisa color salmón que hace juego con sus malditamente preciosos ojos grises y… ¡Espera! ¿Por qué estoy pensando en lo que lleva puesto mi compañero? ¿Y desde cuándo creo que sus ojos son preciosos?

Sergi está sentado frente a mí y me mira desconcertado porque no le he contestado a su mensaje. Ni siquiera le he hecho el mínimo gesto y, cuando le devuelvo la mirada, solo me encojo de hombros con calma felina y bebo un poco de vino blanco.



—Ensalada de bogavante en su vinagreta de limón y coral —anuncia el camarero enseñando los platos con una media sonrisa ensayada.

Uno a uno, van sacando los entrantes, cada cual más sofisticado que el anterior, todos bautizados con nombres tan pomposos como imposibles de recordar sin apuntarlos. Carlos y Lucas están encantados viendo nuestras caras sorprendidas, y todos disfrutamos de cada uno de los platos que, sin duda, son exquisitos.

—Perfecto de *foie* sobre bizcocho de aceituna negra. —Sacan el segundo plato y CJ exclama un «puagh» que solamente yo, que estoy a su lado, alcanzo a escuchar.

—Ey, ¿qué pasa? —le pregunto en voz baja.

—Odio las aceitunas —me dice al oído—, me dan mucho asco. Ni te imaginas cuánto.

—Vaya, pues le preguntamos al camarero a ver si pueden sacarte otra cosa.

—¡No! —exclama avergonzado—. No hace falta, de verdad. Es una fobia tonta que tengo, pero no te lo he dicho para que montes un numerito. Además, me da vergüenza.

—Ya, pero esto es un restaurante de categoría. Vamos a ver cómo responden. —Antes de que CJ pueda impedirlo, le hago una seña al camarero que acude a mi llamada al instante—. Disculpe, mi amigo y yo somos alérgicos a las aceitunas. ¿Habría posibilidad de traernos otra cosa, por favor?

—Por supuesto, señores —dice retirándonos el plato a ambos—, voy a la cocina y les harán algo diferente enseguida.

—No es alergia, Emma, es solo una fobia. Y a los demás les está gustando mucho, no tenías que incluirte.

—Tonterías —le susurro al oído—, si tú no comes de esto, yo tampoco.

—¿Desde cuándo eres alérgica a las aceitunas? —pregunta Sergi volviendo a servirse más vino. Empieza a estar ligeramente bebido y todavía estamos con los entrantes.

—Te he visto comerlas muchas veces.

Todos en la mesa nos miran de uno a otro dándose cuenta de la tensión que desprenden sus palabras.

—Precisamente desde hoy, Sergi —le contesto poniendo mi sonrisa más falsa.

—Eso es imposible, menuda tontería y…

—¿Hacemos un brindis? —interrumpe Jessy con entusiasmo forzado —. Por nuestros jefes, que nos han invitado a este lugar tan fantástico. También por Marc, nuestro nuevo compañero. —Todos levantamos nuestras copas menos Sergi, quien sigue bebiendo ignorándola—. Y, por supuesto, por estas vacaciones. ¡Que todos tengamos una feliz Navidad!

A mí me resulta extraño felicitarnos la Navidad un veinte de diciembre, pero todos repiten esa frase levantando sus copas y no quiero desentonar, así que los imito con una sonrisa. El ritual del brindis funciona como una tregua forzada en mitad del campo de batalla. El grupo entero brinda, exceptuando a Sergi, que no dice una sola palabra y se dedica a echarme miradas sin parar de beber.

—¿Alguien se sabe algún chiste? —pregunta Lucas intentando animar la cena.

—¡Yo! —dice enseguida CJ—. Este es de informáticos, ¿eh? —avisa riendo antes de empezar—. Le dice un tipo a otro: ¿Qué haces tirando esos portátiles al río? ¡Pero mira cómo beben los PC’s en el río!

Todos nos reímos.

Todos menos Sergi, que sigue en su tónica de intentar amargarnos la cena.

—Qué malo... —Sergi parece que lo único que busca es algún tipo de enfrentamiento con cualquiera—. No tiene ninguna gracia.

Cuando llega el turno de elegir el plato principal, todos repasamos la carta y nos miramos confusos.

—Lubina con mantequilla de algas, raíz de apio y perlas de tinta de cachón. —Marc está leyendo uno de los platos y, como todos, está indeciso y lanza una pregunta a la mesa—. ¿Qué coño será el cachón?

—Es sepia, pedazo de inculto —dice Sergi, y todos nos volvemos rápidamente a mirarlo. Todos, excepto Marc, que ni siquiera levanta la cabeza y hace como que sigue leyendo la carta e ignora el insulto. Imperturbable, como si lo suyo fuera meditar entre menús gourmet.

—Liebre a baja temperatura con *foie* y *tuber magnatum* —lee esta vez CJ, al que se le ve muy incómodo—. ¿Y esto? Parece latín y yo estudié ciencias. No tengo ni idea.

—La *tuber magnatum* es una variedad de la trufa —empieza a explicarnos Marc ante la sorpresa de todos—, también llamada *tartufo bianco* o trufa blanca. Se cultiva principalmente en el Piamonte italiano.

—¿En serio? —pregunta Jessy, arqueando las cejas—. ¿Cómo sabes eso?

Todos lo miramos con interés, mientras Sergi hace una mueca y suelta un soplido que rompe la atención del momento.

—Te lo acabas de inventar, ¿no? —interviene Carlos, extrañado y claramente sorprendido—. ¿Es de verdad?

—Sí, claro que es en serio —responde Marc, quitándole importancia con un gesto—. Es una variedad muy apreciada. Creo que voy a pedirme eso yo. Y, a propósito, ¿sabéis qué más significa *tartufo*? —Nos mira uno a uno, deteniéndose en Sergi con una sonrisa afilada.— Significa santurrón, falso o hipócrita.

Claramente, es una respuesta ingeniosa y elegante al insulto que momentos antes le ha dedicado Sergi, quien sigue bebiendo, visiblemente molesto.

—Vaya, sois todos unos expertos gastronómicos, por lo que estoy pudiendo comprobar —dice ahora Lucas, intentando quitar tensión a la conversación con su tono jovial—. Yo también me pediré la liebre.

—¿Eso no es un conejo, en realidad? —pregunta CJ, poniendo una cara bastante aprensiva.

—Sí, CJ —dice Sergi en tono burlón—. ¡Pídelo! Quizás no tengas otra oportunidad de comer eso en tu vida.

CJ no ha pillado el doble sentido y no hace ningún comentario ni parece sentirse ofendido, pero el resto nos quedamos en silencio, con el gesto serio.

Puedo ver cómo Marc aprieta los puños por debajo de la mesa y evita mirar a Sergi, que se recuesta en la silla con una sonrisa triunfal.



A pesar de que todo ha estado exquisito, que el lugar invitaba a relajarse y que tenemos unos días de vacaciones antes de regresar a la oficina, el ambiente en la cena ha sido tenso e incómodo y, nada más tomar los cafés, todos comenzamos a despedirnos y a desearnos unas felices navidades.

Jessy se excusa diciendo que sale de viaje al día siguiente y tiene que madrugar. Carlos y Lucas no parecen tener muchas ganas de seguir la fiesta después de ver la cuenta, y CJ le pide a Jessy compartir un Uber, puesto que se dirigen a la misma zona de la ciudad.

Estoy en el aseo retocándome el maquillaje cuando mi móvil vibra. Un nuevo mensaje de Sergi aparece en pantalla.

*¿Nos deshacemos de ese idiota y nos vamos tú y yo a divertirnos?*

Respiro hondo antes de contestar.

*No. Yo también me voy a casa. Lo siento.*

Cuando salgo del baño, Sergi ya no está. Marc me espera en la puerta del restaurante, apoyado con naturalidad, como si llevara ahí desde siempre.

—Parece que la fiesta ha terminado antes de lo previsto —me dice, encogiéndose de hombros—. No parece que seáis muy marchosos en esta empresa.

—Bueno —le respondo con una sonrisa breve—, el ambiente ha sido tenso, pero la cena ha estado muy bien.

Marc me sonríe y asiente. El vino de la cena me ha mareado lo justo como para no querer acostarme todavía, pero no lo suficiente como para continuar de juerga.

—¿Vas a pedir un Uber? —me pregunta, metiendo las manos en los bolsillos de su abrigo.

—No, creo que voy a pasear hasta mi apartamento. Está solo a diez minutos andando. Así me despejo con el fresco de la noche.

—Entonces te acompaño a casa —dice, abriéndome la puerta con un gesto tranquilo.

—No es necesario, pero gracias. Está muy cerca y…

—No voy a dejar que vuelvas caminando sola a estas horas.

Me mira con determinación, firme pero sin imponerse. En sus palabras no hay un ofrecimiento: es una afirmación.

Quizás en otro momento me habría molestado que diera por hecho que necesito protección, pero la verdad es que no me apetece irme sola y agradezco su compañía.

Por el camino, nos cruzamos con grupos que salen de restaurantes entre risas, claramente dispuestos a continuar la juerga en otro sitio. Nosotros caminamos en silencio, con las manos en los bolsillos de las chaquetas y una sonrisa cómplice cada vez que una de esas cuadrillas pasa a nuestro lado.

Al llegar a mi edificio, la sorpresa me espera en la puerta. Sergi está allí, apoyado en el marco, con la postura torpe de quien lleva más copas de las que debería.

—¡Venga ya! ¿En serio? —dice nada más vernos aparecer.

—¿Qué pasa, Sergi? ¿Qué haces aquí? Pensaba que te habías ido a dormir —le respondo, molesta.

—¿Qué coño hace este aquí? —pregunta sin mirar en ningún momento a Marc, pero recalcando con desprecio el «este»—. ¿Para esto querías irte a casa? ¿Para venirte con él?

—¿Qué dices? —Lanzo una mirada rápida a Marc, que sigue con las manos en los bolsillos, tan imperturbable como en la cena. Yo, en cambio, me siento cada vez más incómoda. Sergi está desvelando nuestra relación sin ningún pudor y le hablo en voz baja—. ¿Quieres hacer el favor de dejar de decir tonterías? Marc solo se ofreció amablemente a acompañarme.

Sergi me observa con los ojos entornados. No sé si es peor que diga lo primero que se le pase por la cabeza o que parezca estar pensando

demasiado lo que va a soltar.

—¿Qué pasa? —Se vuelve por fin hacia Marc y le lanza una pregunta cargada de veneno.— ¿Quieres tirártela?

—¡Sergi! —Como temía, era peor que se lo pensara.

Miro a Marc. Baja ligeramente la cabeza, pero no en señal de sumisión. Sonríe apenas, como si ya hubiera visto esta escena otras veces. Su voz, sin embargo, es tranquila y firme.

—Creo que deberías marcharte, campeón. Antes de que digas alguna estupidez más.

—Diré lo que me dé la gana, y si…

—¡Bueno, ya está bien! —intervengo alzando la voz y poniéndome entre los dos. Siento mi corazón golpear el pecho como si quisiera salirse—. Marc tiene razón, Sergi. Vete ya a casa. No estropeemos más la noche.

—Que os den. Me largo. —Se da la vuelta y yo suelto todo el aire que parecía haber estado conteniendo desde hace minutos.

Pero no. No ha terminado. Cuando creo que por fin se ha ido, se detiene de golpe, se gira otra vez y regresa con paso vacilante.

—Mira, no. Me lo he pensado mejor. Será mejor que te vayas tú. —le dice a Marc, señalándolo con un dedo acusador.

—Solo me iré si me lo pide Emma.

Sergi se vuelve hacia mí. Espera. Exige. Pero lo único que hago es agachar la cabeza, sin valor para decir en voz alta lo que en el fondo ya he decidido. Ese gesto es suficiente.

—¿Sabes qué te digo? —escupe las palabras con desprecio—. Puedes follarte a esa zorra si quieres. A mí me da igual.

No sé cómo sucede tan rápido, pero en cuestión de segundos, Sergi alza el dedo y empuja a Marc con brusquedad. Este, que no se lo espera, cambia el gesto. La sonrisa desaparece.

Marc reacciona con calma, pero firmeza: le aparta de un manotazo seco.

Esto no puede estar pasando. Se supone que somos adultos. Estas cosas solo ocurren en las películas malas de sobremesa. Sergi ya tiene más de treinta años y, aunque Marc es más cercano a mi edad, también es demasiado mayor para este tipo de escena de patio de colegio.

La reacción de Marc no es desmedida, pero sí contundente. En apenas un segundo, lo estampa contra la pared de mi edificio, inmovilizándolo con el antebrazo a la altura del cuello. La cara de Sergi es todo un poema: ojos muy abiertos, mandíbula rígida. No puede articular palabra porque Marc le presiona la garganta y, aunque intenta zafarse, lo único que consigue es quedarse quieto y esperar.

—Mira, gilipollas. Llevo aguantando tus tonterías toda la noche, pero se acabó. —Sergi vuelve a intentar liberarse del agarre sin éxito, y Marc le aprieta todavía con más fuerza, sin perder la compostura—. Lo próximo que quiero que salga de tu boca es una disculpa y una despedida amable. Hace mucho que no le pego a nadie… no me des una razón para volver a hacerlo.

Cuando llevas dos copas de más, te crees invencible. Imparable. Dueño de la razón absoluta. Y eso es exactamente lo que debe pensar Sergi porque, en cuanto se ve libre del agarre de Marc, lanza un puñetazo con toda la rabia que le queda.

Golpea el aire.

Y esa es la excusa perfecta para que Marc no se contenga más.

Él si que no falla. Su puño impacta de lleno en la mandíbula de Sergi, que cae al suelo como una marioneta sin cuerdas. Yo me llevo las manos a la boca, atónita.

—¡Ya está bien! —les grito, incapaz de contenerme—. Sergi, vete a tu casa de una vez, por favor.

Aunque se levanta sin mucho esfuerzo, el golpe ha sido contundente. Le sangra el labio y tiene la expresión descompuesta. Mañana probablemente luzca un buen moratón, y aunque Marc intenta hacerse el duro, yo le observo sujetándose la mano derecha con gesto de dolor.

Ambos han salido heridos, pero solo uno camina ahora con la cabeza agachada.

Sergi se marcha en silencio, avergonzado. El golpe le ha hecho volver a la realidad. Como si le hubieran dado una bofetada de sobriedad.

Me quedo con Marc, que por fin, lejos de la mirada del otro, deja caer la fachada de tipo frío.

—¡Mierda! —exclama, llevándose la mano al pecho y sujetándosela con la otra—. Ese cabrón tiene la cara muy dura, joder. No sabía que esto dolía tanto.

—Déjame verla, anda —le digo, con la voz ya más tranquila—. ¿No te acordabas de lo que duele dar un puñetazo?

Los nudillos le sangran, y aprieta la muñeca como si sujetarla pudiera amortiguar el dolor. No mueve los dedos.

—¡No lo sabía! Nunca he pegado a nadie.

—Pero has dicho…

—Era mentira. ¿Es que me ves pinta de matón? —me pregunta con una mezcla de orgullo herido y media sonrisa de niño pillado en una travesura.

—Madre mía, los tíos sois increíbles —le digo negando con la cabeza, sin poder evitar sonreír también—. Anda, sube. Vamos a ponerte hielo en esa mano.

Tengo una bolsa de guisantes congelados que nunca sé muy bien en qué receta usar y que ahora nos viene como anillo al dedo. Se la pongo en la mano y él la sujeta mientras se deja caer en el sofá. Me quedo mirándolo un momento y caigo en la cuenta de que es la primera persona, aparte de Sergi, que entra en mi apartamento. Ni siquiera mis padres lo han hecho en los siete meses que llevo viviendo aquí.

—¿Sabes que ese tío está casado, no? —me pregunta al cabo de unos minutos.

—¿Por qué lo dices? —intento disimular mientras me quito la chaqueta y cojo la suya para colgarla en el respaldo de una silla.

—Vamos, Emma. Sé que tienes un lío con él. Es más que evidente.

—¿Evidente? —Me tapo la cara con ambas manos, no sé si por vergüenza o por culpabilidad. Quizás sea una mezcla de ambas cosas —. Yo no sabía que estaba casado al principio. Por favor, no digas nada, yo…

—Jessy también lo sabe. Fue ella la que me lo confirmó cuando se lo pregunté.

—¿Jessy? ¿Es que cotilleáis sobre mí?

—En realidad fue algo inocente. Yo pensé que erais pareja y le pregunté. Entonces ella me contó que Sergi está casado.

—Por eso no le caigo bien, ahora lo entiendo. —Hago una pausa, mirándolo, antes de soltar la pregunta que me lleva rondando días—. ¿Estáis juntos vosotros?

—¿Jessy y yo? ¡No! —exclama entre risas—. Ella tiene novio. De hecho, se ha marchado tan pronto de la cena porque se iba de viaje con él. Está muy enamorada.

Llevo siete meses en la empresa y Marc sabe más de mi compañera en tres semanas que yo.

—No tenía ni idea —le digo con tristeza—, en realidad apenas he hablado con ella en todo este tiempo. Siempre me ha tratado con mucha frialdad.

—Es comprensible. Sergi la sustituyó por ti en cuanto llegaste.

—¿¡Qué!? No puede ser...

—¿No lo sabías? Ellos estaban liados antes de que tú llegaras. En cuanto te conoció, rompió con ella. Ese tío no es trigo limpio, Emma.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, sorprendida—. De todas formas, yo ya le he dicho que no quiero estar con él. No mientras siga casado. Por eso estaba enfadado toda la cena. Hace semanas que se lo dije.

—Sí, me he dado cuenta de que algo ha cambiado estos últimos días. Haces bien.

—¿Cómo la llevas? —le pregunto, haciendo un gesto con la cabeza y cambiando de tema. No me apetece hablar más de Sergi, y menos después de lo último que acabo de saber—. ¿Duele mucho?

—Pues sí que duele, la verdad, pero el frío alivia bastante. —Se levanta con cuidado y aparta la bolsa, examinando su mano—. Gracias. Voy a pedir un taxi o un Uber y me iré a casa.

Son cerca de las cuatro de la madrugada, y la noche es fría y desapacible. Marc coge su móvil, abre la aplicación de Uber y teclea con dificultad. Lo observo en silencio, dudando. No sé en qué momento se me ocurre lo que estoy a punto de decir, pero las palabras salen de mi boca casi sin pensar.

—¿Por qué no te quedas a dormir? Es muy tarde y puede que no consigas transporte a esta hora, o que tengas que esperar muchísimo. Son muy malas fechas, ya has visto cuánta gente había por la calle de cena y la mayoría ha bebido…

—Te lo agradezco, pero no puedo aceptar tu invitación. Además, tu piso solo tiene una habitación, por lo que estoy viendo —dice, mirando alrededor.

—Te juro que mi sofá es el más cómodo del mundo. Y ya has visto lo grande que es. Voy a por unas sábanas limpias.

—No hace falta, de verdad…

—¡Insisto!, por favor. —He sacado un juego de sábanas de un cajón del armario y lo miro con ojos suplicantes—. Me siento súper culpable por lo que ha pasado esta noche.

—No ha sido culpa tuya, sino de ese imbécil.

—Me siento culpable de muchas cosas, Marc. De lo de Sergi, de Jessy… y ahora de que tu mano esté así de hinchada. En cierta manera, me siento responsable y necesito que aceptes quedarte a dormir.

Me quedo mirándolo pacientemente mientras él parece debatirse internamente. Finalmente, sus labios se curvan levemente.

—De acuerdo, Abejita. Me quedaré.

# Capítulo 6



## Ley de la conexión

**Tu pasado, presente y futuro,**
**aun cuando parezcan desconectados entre sí,**
**forman parte de un solo vínculo: la vida.**
**Todo está conectado de algún modo.**

Cuando me despierto, Marc ha retirado las sábanas y me las ha dejado perfectamente dobladas encima del sofá. Todo está ordenado, como si no hubiera pasado la noche aquí. Miro mi móvil y tengo un mensaje suyo:

*Tenías razón, tu sofá es muy cómodo. Me habría llevado las sábanas para lavarlas en mi casa, pero no vamos a vernos hasta el día 28 y no sé si las vas a necesitar, así que he pensado que preferirías que las dejara. Gracias por tu hospitalidad, Abejita.*

Cuando termino de leerlo, sonrío como una idiota. Así, sin remedio. Al salir de la ducha, me cepillo los dientes con el móvil en la mano mientras vuelvo a leer el mensaje. Ya van tres veces y, con cada lectura, mi sonrisa se ensancha aún más. Al final, después de escribir y borrar varias veces, envío una respuesta rápida:

*Ya te dije que era el más cómodo del mundo. Espero que tu mano esté mucho mejor. Gracias a ti por defender mi honor y acompañarme a casa.*

A los pocos segundos, recibo un vídeo de su mano moviendo los dedos y un mensaje:

*Aún tengo esperanzas de retomar mi carrera como pianista.*

Me río como una idiota y reproduzco el vídeo tres veces seguidas, como si fuera un cortometraje de humor mudo que no me canso de ver. Me miro en el espejo y, con toda la boca llena de espuma, le digo a mi reflejo:

—¿Y a ti qué te pasa?

El lunes tengo que salir en tren hacia casa de mis padres y todavía no he hecho la maleta. Ni comprado un solo regalo de Navidad. El tiempo se me echa encima, como siempre. Doy gracias a esta sociedad consumista por el hecho de que, aunque sea domingo, todas las tiendas estarán abiertas como si nada. Me espera un día intenso de compras, lleno de gente por todas partes.

—Alexa, ¿por qué lo dejo todo para última hora?

—No estoy muy segura de cómo puedo ayudarte con eso.

Ya somos dos, Alexa.

Como había previsto, la ciudad es un ir y venir de gente con bolsas de todo tipo. Me consuela pensar que no soy la única que me espero al último día. También que, este año, incluso tendré los regalos listos antes de Nochebuena, lo cual ya es un milagro navideño.

A mis padres les compro un paquete para una escapada en un spa a su elección. Es lo más socorrido y sé que a mi madre le encanta ir a un hotel a relajarse. Además, incluyo en el paquete una cata de vinos en una bodega, lo que seguro mi padre disfrutará para compensar que mi madre lo arrastre a la sauna.

A mi abuela le llevo un marco de fotos digital con un montón de instantáneas de todos. Me he pasado el sábado entero haciendo montajes de imágenes y vídeos de la familia. Creo que le gustará vernos a todos incluso cuando estemos lejos.

Con Charlie, tiro la casa por la ventana. Le he comprado libros interactivos y educativos, y, sobre todo, ecológicos. Todo esto para tener la aprobación de los tíos de Ruth, claro. También un conjunto monísimo con una mini chaqueta de cuero y un carrito andador de madera con actividades. Será el niño más guay de la guardería.

Solo me falta mi amiga, y con ella sé que tampoco lo tendré difícil. Todo lo que compre para mí lo puedo duplicar y estoy convencida de que le encantará. Es una ventaja tener una mejor amiga con el mismo gusto… y la misma talla.



La perfumería es un reguero continuo de gente. Un desfile incesante de abrigos, bufandas y bolsas repletas de regalos de última hora. Las empleadas se duplican en estas fechas y hay una cola enorme para la caja, donde una chica se dedica exclusivamente a envolver paquetes. Va tan rápido que parece tener superpoderes con el celo y el papel metalizado.

Cojo dos botellas de nuestro perfume favorito y dos pintalabios en un tono atrevido. Un rojo burdeos que grita «voy a por todas».

Es de los que suele usar Ruth y, aunque a mí me gusta ser más discreta, decido que este año voy a empezar a arriesgarme un poco más. No tiene nada que ver con que me haya venido a la mente la imagen de Marc cuando lo pillé quitándose la camisa en mi casa el viernes antes de dormir en mi sofá.

Nada en absoluto. Ni lo más mínimo.

Cuando estoy esperando en la caja, una clienta a mi lado habla con la chica que envuelve los paquetes con papel de regalo.

—Perdona, he visto que el *aftershave* de la misma marca que este perfume solo lo tenéis en crema. ¿Vais a recibirlo en loción?

—Se nos agotó ayer. Mañana recibiremos más, seguro.

—Genial. Es el preferido de mi marido y no quiere otro. Le encanta y quiero ponérselo para Papá Noel.

—Sí, es que huele muy bien.

Giro la cabeza con desgana y entonces la veo. Sandra, la mujer de Sergi, es la clienta a la que estoy escuchando. Y siento que el corazón se me dispara como si hubiese explotado una alarma dentro de mí. Le está comprando el perfume que lleva siempre y que tanto me gusta. Además, lo hace con cariño e interés por agradarle. Con ternura. Con amor. Como haría cualquier mujer enamorada de su marido.

¿Dónde está la bruja egoísta y manipuladora que siempre me describe como una loca que le hace la vida imposible?

¿Dónde quedó la víctima que decía estar atrapado en un matrimonio tóxico sin salida?

¿Cómo he podido ser tan idiota y creerme cada una de sus mentiras?

Primero lo de Jessy…Y ahora esto.

El viaje en tren es de tres horas y me da tiempo a pensar mucho.

Demasiado.

Estoy cargada de bolsas y una maleta bastante grande aunque solo vaya a pasar unos días. Da igual que sea para una semana o dos meses, lo que necesito es exactamente lo mismo. Cuando vuelva, sé que lo haré más cargada incluso, y eso me hace plantearme —por enésima vez— que tendré que comprarme un coche algún día. Quizás vaya al concesionario de Jose, el amigo de mis padres, y le pida que me busque uno de segunda mano.

Estar en mi hogar en estas fechas trae a mi memoria toda clase de recuerdos. Ecos de infancia que parecen grabados en el olfato.

Al entrar por la puerta, ya empiezo a oler mi niñez.

Sí, porque mi infancia huele a pan tostado y café recién hecho cada mañana, a estofado de ternera a mediodía, y a tarta de chocolate con almendras al caer la tarde.

Pero en las vacaciones de Navidad, huele también al turrón casero que elabora mi madre con todo el amor —aunque le salga diez veces más caro que comprarlo—, y al incienso con el que mi abuela se empeña en llenar todo el piso.

—¡Hola, cariño! —me dice mi madre apretándome contra su pecho.

—Estás muy cambiada.

—Mamá, no empieces —le repito lo mismo que le dije a mi padre cuando fue a buscarme a la estación—. No han pasado ni dos meses desde la última vez que estuve aquí.

—Ya se lo he dicho yo —interviene mi padre, entrando detrás de mí cargado con la maleta y las bolsas con los regalos que compré ayer. Como siempre, le da la razón a mi madre—. Y más delgada también.

—¿Es que no te alimentas bien? —Mi madre me agarra de los brazos y me da la vuelta como si estuviera examinando una ternera gallega en la feria—. Es cierto lo que dice tu padre. Estás más delgada. ¿Qué quieres que te haga de comer?

Cada vez que vengo a casa se repite la misma escena. A veces es por mi peso, otras por el corte de pelo, y si llego más blanca de lo habitual, están por llevarme al médico a hacerme un análisis completo. Entiendo que se preocupan por mi salud, pero voy a cumplir veinticuatro años. Me hago mayor… aunque ellos también.

Mi abuela sale de la cocina y me abraza con una fuerza que, a pesar de su edad y su pequeño tamaño, todavía es mucha.

—Mamá, ¿a que está más delgada? —le pregunta mi madre, como quien busca confirmación médica.

—Tonterías —responde ella con firmeza—. Está igual de guapa que siempre. ¡Incluso más! Tienes un brillo en los ojos diferente —me dice, mirándome con esa sonrisa burlona que lo ve todo—. ¿Hay algo que quieras contarnos?

Mi abuela es una mujer demasiado moderna para la época que le tocó vivir y para la hija que tuvo. Y si no fuera porque sé que no es

posible, diría que tiene un sexto sentido demasiado desarrollado.

—No, abuela —le digo dándole un beso en la mejilla—. Ninguna novedad.

Mi habitación, que ahora es una especie de cuarto multifunción, está repleta de cajas y, cuando entro, mi madre levanta los hombros con expresión culpable.

—No te molestan, ¿verdad? Tu padre está cambiando el suelo del otro dormitorio y hemos tenido que meterlo todo aquí —me explica—. Pero tu cama está como siempre. Si necesitas espacio para trabajar o lo que sea, puedes hacerlo en el salón.

—No importa, mamá —la tranquilizo con una sonrisa—. Para dormir sobra. Voy a dejar mis cosas y me marcho a ver a Ruth y Charlie, ¿de acuerdo?

—Claro, cielo. La comida será a las dos. Dile a Ruth que venga si quiere. Voy a hacer de sobra.

Conociendo a mi madre, eso no es un aviso. Es una amenaza velada. Y más teniendo en cuenta que mi padre le ha dicho que me ve más delgada.

La casa de Ruth está a cinco minutos de la mía y recorro las calles que nos separan fijándome en cada detalle. Mi ciudad no es grande, pero tampoco es un pueblo. Aun así, la gente del barrio seguimos

saludándonos aunque solo nos conozcamos de vista. Hay algo reconfortante en ese gesto sencillo, como si el tiempo no hubiera pasado.

—¡Emma! —De todo, lo que más echo de menos son los efusivos abrazos de mi amiga—. Pasa y toma en brazos a tu ahijado, anda.

Charlie crece tan deprisa que cada visita se siente como si conociera a un niño nuevo. Le asoman dos pequeños incisivos cuando abre la boquita y me paso todo el tiempo haciéndole fotos y riéndome con cada mínima cosa que hace.

—¡Tiene dos dientes más que la última vez! —exclamo con un puchero exagerado—. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Por Dios, Emma, son solo dos dientes de leche. Tampoco es que el niño haya ganado un puto premio ni nada por el estilo.

—Pero te he dicho mil veces que esas cosas me las cuentes, Ruth. No te cuesta nada mandarme una foto.

—De acuerdo, usted perdone —responde alzando las manos como quien rinde cuentas ante un tribunal—. No volverá a pasar. La próxima vez que se cague a propulsión y se le salga la mierda por la espalda, te mandaré una foto.

—¡Qué bestia eres, en serio!

—Sí, muy bestia. Pero eso pasa. Más a menudo de lo que piensas.

Saber que mi amiga es madre es una cosa. Verla en acción, con un bebé en brazos y ese instinto feroz que combina ternura y sarcasmo, es otra muy distinta. Si en la adolescencia pensaba que Ruth era un fenómeno de la naturaleza, cuando se convirtió en madre lo confirmé. Y cada vez que la veo con Charlie, me reafirmo más en esa creencia.

La invito a comer, como me ha pedido mi madre, pero Ruth me dice que se ha quedado encargada de preparar la comida para sus tíos y que no puede. En cambio, me ofrece hacer una pequeña fiesta privada esa noche, ponernos al día y tomarnos un par de cervezas.

Como en los viejos tiempos. Solo que ahora hay un carrito de bebé en el pasillo.

Cuando estoy de regreso, tengo varios mensajes de Sergi. Y se me borra de un plumazo el buen humor que siempre me deja ver a Ruth y, sobre todo, a su niño.

*Siento mucho lo que pasó el viernes, pero estaba celoso.*

*¿No quieres saber cómo tengo la cara?*

*¿Es que no piensas hablarme?*

Aunque los leo, no le contesto a ninguno. No por falta de ganas, sino porque estoy a punto de decirle cuatro cosas que no debo. Sé que lo mejor es dejarlo reposar unos días y decidir con la cabeza fría. Tomar decisiones en caliente nunca me ha traído nada bueno.

En casa, mis padres y mi abuela hablan sin parar de la cena de Nochebuena, intentando incluirme en la conversación. Pero yo no escucho. Están en su propio universo navideño, ese donde todo gira en torno al menú, las quejas anticipadas y las batallas culinarias. Mi madre critica a mi tía delante de mi abuela, buscando una aliada en su guerra anual.

—Ya verás cómo se le olvida hacer la salsa del solomillo. Y sin salsa no va a saber a nada —se queja por quinta vez—. Mamá, ¿puedes hablar con tu hija y recordarle que no le ponga nueces a la tarta de zanahoria? Sabes que me pongo mala.

—¿Y por qué no se lo recuerdas tú? Siempre estáis igual. A mí dejadme en paz —responde mi abuela, sin levantar la vista del libro de recetas que ha abierto por rutina.

Todos los años es la misma historia. Mi madre y mi tía se reparten los platos principales y las culpas con la misma generosidad. Y, como cada diciembre, mi prima Laura y yo asistimos a esa batalla con un pequeño ritual de supervivencia digital. Le escribo mientras mi madre sigue despotricando.

*Emma: Esto es insoportable. Mi madre ya está como todos los años.*

*Laura: Hey, prima, la mía lo mismo. ¿Preparada para otra Nochebuena loca con los Marco?*

*Emma: No estoy para muchas tonterías este año, pero algo habrá*

*hacer.*

*Laura: Vaya... entonces debes saber algo que llevo tiempo queriendo decirte.*

*Emma: Pues ¿a qué esperas? Suéltalo.*

Levanto la cabeza como si me hubieran tirado un cubo de agua fría.

—¡¿¿¿CUÁNDO pensabais decirme que la prima está saliendo con Julio y que vienen a cenar en Nochebuena???!

No. No puedo con esto ahora.

Esconderme en mi habitación no es una opción —está repleta de cajas, muebles provisionales y el perro del vecino que ladra justo al otro lado del tabique. Todavía quedan cinco horas para salir con Ruth, así que decido escabullirme de casa sin rumbo fijo. Solo quiero respirar.

Paseo sin prisa por mi ciudad, que empieza a iluminarse con las luces navideñas. Todo el mundo parece inmerso en ese estado colectivo de ilusión forzada. A mí me duele la mandíbula de tanto fingir sonrisas.

No puedo enfadarme con Laura, con la que solo hablo de una Navidad a otra. Pero sí con mi madre, que me llama todas las semanas y, aun así, lleva ocultándome esto desde hace casi un año.

No me sirven sus excusas: que ha sido algo reciente, que no sabían cómo decírmelo, que no querían preocuparme. No me sirve que nadie me haya avisado con tiempo. Mañana es Nochebuena y tendré que

sentarme a la mesa con Julio, mi ex, al que no veo desde hace cinco años.



Me siento en un banco y, sin saber muy bien por qué, busco en mis contactos el número de Marc. Lo tengo delante unos segundos. Luego respiro hondo y pulso el icono de llamada.

—¿Emma? —responde con su voz grave, inconfundible.

—Hola, Marc… ¿qué tal llevas la mano?

—Bien, mucho mejor ya, gracias.

—¿Te pillo mal? —le pregunto, con un hilo de voz. Espero con todas mis fuerzas que diga que no. No tengo a nadie más con quien hablar ahora mismo y necesito soltar esto o reviento.

—Para nada, puedo hablar perfectamente. Es solo que… —hace una pausa y se escucha un leve suspiro al otro lado de la línea—. No te lo vas a creer, pero en este preciso momento estaba pensando en ti. En cómo estarías… y eso.

Me quedo en silencio. Como si mi cerebro necesitara un reinicio. Estaba pensando en mí. Justo ahora.

Reacciona, Emma. Ya.

—Yo también estaba pensando en ti —digo, y en cuanto las palabras salen, cierro los ojos con fuerza—. Bueno, quiero decir… claro,

estaba pensando en ti, porque te he llamado y eso…

Me ahogo en mi propia explicación y lo escucho reír suavemente.

—Perdona, estoy nerviosa. Acaban de darme una noticia que no esperaba y no sé ni lo que digo. Mi amiga está ocupada hasta las nueve y… no sabía a quién más llamar.

—Vaya. ¿Qué noticia? —pregunta con voz tranquila—. Puedes contármelo, te escucho.

—Pues verás… —tomo aire, como si necesitara armarme de valor para resumir el caos—. Mi novio del instituto, que también era mi mejor amigo desde la infancia… al que dejé justo antes de irme a la universidad y con el que no he vuelto a hablar en cinco años… resulta que está saliendo con mi prima Laura. Y no solo eso: parece que se han comprometido. Y mañana vienen juntos a la cena de Nochebuena en mi casa. Nadie me había dicho nada. Ni una sola palabra. Como si no fuera importante. Como si no importara cómo me iba a sentir.

—Guau… —responde—. Es fuerte.

—Lo sé —digo con voz de niña pequeña, mordiéndome las ganas de soltar un berrinche—. Últimamente siento que todo lo malo me pasa a mí…

—Bueno —dice él, con un tono más cálido—, todo, todo no ha sido malo. Me has conocido a mí.

Si en vez de por teléfono, estuviéramos hablando cara a cara, seguramente le habría sacado la lengua en plan burla y él habría recibido un codazo suave por mi parte. Además, si esto me lo llega a decir hace dos semanas, me habría enfadado; en cambio, ahora me hace sonreír.

—Eres un poco creído, ¿no?

—Mucho. Pero bueno, volviendo a tu problema, ¿tan mal quedaste con ese chico?

Aunque a grandes rasgos, le cuento lo que pasó aquel día hace ya cinco años, omito el detalle más importante.

—Por lo que me cuentas, si te tuviera algún rencor, no iría a la cena. Es lo que haría yo. Incluso convencería a mi novia... o sea, a tu prima, para que tampoco fuera. Y por lo que me has dicho, has tenido una conversación cordial con ella, como siempre. Así que, yo de ti, no me preocuparía demasiado. Será incómodo, pero erais unos críos. En mi opinión, tú lo recuerdas peor de lo que realmente fue.

La charla con Marc me ha hecho perder la noción del tiempo. Miro la pantalla y me doy cuenta de que he estado casi una hora hablando por teléfono con él. Me ha escuchado, me ha aconsejado y, encima, me ha hecho reír.

Sé que cuando se lo cuente a Ruth, no va a perdonarme ni una.

Y, efectivamente, así es. Llevamos la tercera cerveza y a mí se me suelta la lengua más de lo que debería.

—La verdad es que es guapísimo, ¿sabes? Y ya no me molesta cuando me llama Abejita. Aunque me muero de vergüenza por preguntarle por qué.

—No puedo opinar sin ver la mercancía —me dice con curiosidad—. Enséñame una foto.

—¡No tengo fotos!

—¿Seguro? —me quita el móvil de las manos y se pone a mirar en mi galería—. Alguna tendrás...

—¡Devuélveme el teléfono! —Finjo indignación, pero estoy lo bastante mareada tras esa última cerveza como para no tener fuerzas para pelearme. Ella sigue curioseando entre mis imágenes como si buscara oro.

—No me iré a encontrar una foto polla de Sergi, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! —exclamo ofendida.

—Pues qué lástima, hace mucho que no veo una.

Nuestras carcajadas estallan en medio del pub. Dos chicos se acercan y se presentan. A Ruth le cambia el gesto. Ni siquiera les mira.

—¿Os apetece que vayamos a otro sitio, chicas? Hay una fiesta anti-Navidad en un local cerca de aquí. Será divertido —nos dice uno de ellos.

—No, gracias —les respondo, aunque miro de reojo a Ruth, por si acaso a ella le apetece.

—Vamos, esto es un muermo. Con nosotros seguro que lo pasáis mejor —insisten—. ¿Qué decís? ¿No os apetece pasarlo bien?

—¿Es que os parece que lo estamos pasando mal? —interviene ahora Ruth con tono cortante.

—No, por eso nos acercamos. Parecéis muy divertidas.

—Gracias, pero mi hombre me está esperando en casa —les suelta mi amiga sin dejar lugar a dudas—. Y estas tetas que no dejas de mirar, solo las toca él.

—Pues es una lástima —dice el chico encogiéndose de hombros—. Y tu hombre es muy afortunado, por cierto. Bueno, tío —le dice a su amigo—, al menos lo hemos intentado. Adiós, chicas.

—Vaya... —le digo cuando volvemos a quedarnos solas. Apuro lo que me queda en el vaso y me levanto—. Estoy impresionada.

—¿Por?

—No querrías irte a esa fiesta, ¿no?

—Por supuesto que no. Pero la Ruth de hace un año se habría marchado con los ojos cerrados.

—La Ruth de hace un año no estaba loquita por un enano de diez meses. Ahora es el único hombre que me interesa. Y, aparte de esta —dice señalándonos—, no necesito ninguna fiesta.

—Lo mismo digo, cielo. Anda, vámonos ya a casa.



Que yo recuerde, me he levantado con resaca muchos veinticinco de diciembre y la mayoría de los primeros de año. Pero este dolor de cabeza en la mañana de Nochebuena es nuevo para mí.

Como todos los años, mi madre se pone en modo eficiente desde muy temprano y nos despierta a mi padre y a mí con villancicos a todo volumen. También enciende las guirnaldas de luces que ha repartido por toda la casa. Dice que lo hace para asegurarse de que todo funciona y evitar sustos de última hora. Yo creo que este día es poseída por algún tipo de elfo, duende o espíritu navideño que no abandona su cuerpo hasta el día veintiséis.

Lo único bueno es que la casa huele a gloria. A masa de galletas, a carne al horno y a algo cálido que no se puede explicar.

—¡Feliz Navidad! —Mi madre me planta dos besos sonoros en la cara que retumban directamente en mi cráneo. Sin abrir la boca, me dirijo tambaleándome a la cocina, donde me sirvo un vaso de agua para tomar la pastilla que tengo en la mano.

—¿Qué tal ayer con Ruth? ¿Lo pasaste bien? Bebiste más de la cuenta, ¿eh?

—Sí, madre, ambas. Las dos nos quedamos en shock con lo de la prima Laura y Julio, y tuvimos que procesarlo juntas.

—¿Ella tampoco lo sabía?

—¡Por supuesto que no! Ella me lo habría contado porque me quiere. No como vosotros, que sois unos traidores.

—No seas melodramática, cariño. Ya te expliqué los motivos, pero dejemos de hablar de eso... ¡Hay muchas cosas que hacer todavía!

Mi madre literalmente echa de casa a mi padre, enviándolo de un lado a otro a por cualquier cosa que se le ocurre. Todo con tal de que no la moleste. Solo lo reclama cuando necesita ayuda para mover la mesa y las sillas y poder ubicarnos a todos.

Siempre celebramos esta cena en casa de mis padres porque tienen el salón más grande, pero este año hay un invitado más: Julio.

Desde la noche anterior había logrado no pensar en él durante horas, pero cuando la pastilla me hace efecto y mi cabeza empieza a aclararse, los nervios regresan sin piedad. Intento calmar mi ansiedad con los ejercicios de respiración que me enseñó la psicóloga, pero tras el tercer intento, me doy por vencida.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Veo un nuevo mensaje de Sergi —que ignoro— y otro de Marc. Empieza a ser significativo que, cada vez que leo su nombre, se me dibuje una sonrisa idiota en la cara.

*Marc: Seguro que todo irá bien esta noche. ¡Feliz pesadilla antes de Navidad!*

*Emma: Gracias por la charla de ayer. ¡Que pases una feliz Nochebuena!*

*Marc: De nada, Abejita. Disfruta… y me cuentas mañana.*

Cuando dan las ocho de la tarde y mi madre empieza a ponerse histérica porque mi tía no ha llegado todavía, suena el timbre. Me adelanto para abrir la puerta.

Lo que sea, cuanto antes.

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo. Échale huevos, Emma.

Julio está mayor. Llevo cinco años sin verlo y ha pasado de ser un chico a convertirse en todo un hombre. Desde que me enteré de que venía, he estado nerviosa por saber qué sentiría al verlo. Pero ahora que lo tengo delante, todos esos nervios se disuelven.

Sigue igual de guapo que siempre, pero ahora entiendo por qué no me atraía como debía cuando éramos novios.

Cuando nos saludamos, me invaden la culpabilidad y la nostalgia. Me doy cuenta de que le he echado muchísimo de menos. He echado de menos a mi mejor amigo. Y sigo queriéndole de la misma manera que entonces. Con ese cariño tierno y auténtico que solo se tiene con la gente que ha sido hogar.

Al igual que en el cuento de Navidad de Charles Dickens, el fantasma de mi pasado viene a visitarme al presente. Y sé que debo resolver cosas con él. Porque está a punto de casarse con mi prima y porque, de un modo u otro, también estará en mi futuro.

# Capítulo 7



## Ley del enfoque

**Enfoca tu energía en lo importante.**
**Céntrate en las relaciones**
**que aportan y no restan.**

¿Qué sería de una Nochebuena sin peleas familiares? ¿Sin una serie de reproches y discusiones?

En mi casa no se habla ni de política ni de fútbol, pero mi madre y mi tía se pasan toda la previa de la cena peleando. Mi padre y mi tío dejan a las dos hermanas discutir y ellos agarran unas cervezas y se encargan de hacer las gambas en una plancha que colocan en la galería. No quieren saber nada del resto y, cuando todo está hecho ya, lo colocan en la mesa entre risas. Antes de empezar a cenar, ya están bastante perjudicados.

En la cocina, mi abuela intenta poner paz entre las dos hermanas y, en el salón, nos quedamos mi prima Laura, Julio y yo.

—Decir que esto es un poco incómodo es quedarse corto —dice mi prima—, así que voy a la cocina a evitar que nuestras madres se maten y así podéis hablar vosotros dos.

—¡¿Qué?! ¡Espera! —Pero Laura ya está camino de la cocina después de darle un beso a Julio en los labios y uno a mí en la mejilla, dejándome sin capacidad de reacción y con la boca abierta.

—Hay que ver las vueltas que da la vida, ¿eh? —empieza a decirme Julio. Y su voz no suena a reproche. Es tan amable como siempre lo ha sido, incluso me da la sensación de que es más dulce que antes—. Te veo estupenda, Emma.

—Tú también lo estás —le respondo levantando la cabeza al fin. Hasta que no le he escuchado hablar no me había atrevido a mirarlo a la cara—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Cinco años, sí. ¿Cómo te ha ido? Laura me ha dicho que trabajas en una gran empresa tecnológica.

—No es tan grande pero es importante, sí. Me va bien. ¿Y tú?

—Ya sabes. Con la fontanería. Mi padre se jubila al año que viene y, bueno, ya estaba encargándome de casi todo. Estoy preparado para quedarme solo al frente de la empresa.

—Es estupendo. Me alegro mucho.

Poco a poco, vamos sintiéndonos más cómodos y relajándonos. Julio me ofrece una cerveza y coge una para él.

—En fin, Emma. Sé que esta situación es incómoda pero quería hablar contigo y darte las gracias.

—¿Gracias, por qué? —Ahora estoy terriblemente confusa—. Creo que debo ser yo quien te las dé por tratarme así después de… bueno, ya sabes.

—No, Emma. Todo lo que pasó nos ha traído a este momento y soy tan feliz… —Le veo cerrar los ojos y respirar hondo—. No te imaginas cuánto.

—Vaya, me alegro mucho. Por los dos. Sabes que Laura es como una hermana para mí.

—¡Lo sé! Mira, no voy a decirte que no lo pasé mal porque sí que lo hice. Muy mal, la verdad —dice riendo al recordarlo—. Pero tenías razón en todo. Yo no quise verlo en aquel momento pero es así.

—¿Razón? Yo no te dije nada, fui una cobarde y me arrepiento de lo que hice, muchísimo.

—Tú no, fue Ruth quien me contó lo que sentías y es en eso en lo que te tengo que dar la razón. Es verdad que las formas no fueron las correctas, pero viéndolo en perspectiva, yo estaba muy ciego. Creía estar muy enamorado de ti. Y hasta hace solo dos años, todavía creía estarlo. Hasta que llegó Laura a mi vida.

—¿Dos años? —pregunto intentando hacer memoria de las Navidades anteriores—; pensaba que solo salíais desde principios de

este.

—Oficialmente, sí. Pero estuve persiguiendo a tu prima desde bastante antes. —Le da un buen trago a su cerveza y sigue contándome—. Ella tuvo sus reparos en salir conmigo debido a nuestro pasado juntos, ya sabes.

—No, no tenía ni idea. Ella no me lo contó.

—Es maravillosa —dice mirando hacia la puerta de la cocina donde está ella y de la que de vez en cuando sale algún grito—. Ha tenido miedo por saber cómo reaccionarías. Ha querido contártelo desde hace tiempo, pero no se atrevía. Y he insistido yo en que me dejara hablar contigo hoy. Para decirte esto precisamente.

—Te he echado mucho de menos. Siempre fuiste mi mejor amigo.

—Y tú la mía.

—¿Crees que podríamos volver a serlo? —le pregunto tímidamente.

—Vamos a ser mucho más que eso. Laura y yo nos casamos en Mayo, Emma.

—¿Ya tenéis fecha? —exclamo sorprendida—. ¡Pero si mayo está ahí!

—¡Exacto! —escucho a mi espalda—. Y necesitaré una dama de honor que me organice una buena despedida de soltera.

Laura me abraza por la espalda hasta dejarme casi sin respiración y veo a Julio encogerse de hombros mientras apura el resto de su

cerveza.

—¡Todos a la mesa! —ordena mi tía—. Ya sabía que mi yerno lo iba arreglar antes de que se enfríen las gambas. ¡A cenar!



Efectivamente, la resaca navideña es de las que hacen historia. Otro día que amanezco y me arrastro directamente hasta la cocina para tomarme una pastilla contra el dolor de cabeza, al tiempo que recibo otro beso sonoro de mi madre, deseándome una efusiva y chirriante Feliz Navidad. La energía de esta mujer me desconcierta profundamente. Más aún teniendo en cuenta que anoche bebió casi tanto vino como yo… si no más.

—Anoche fue maravilloso, cariño. Estoy orgullosa de cómo lo llevasteis los tres —me dice, llevándose la mano al pecho con teatralidad—. Hasta la abuela se emocionó y dijo que, ya que esta iba a ser su última Navidad, podía morirse en paz.

—La abuela dice eso todos los años, mamá. No es ninguna novedad.

—Ya, pero dice que este año sí que sí.

—Qué bien. —Mi voz arrastra una desgana digna de funeral.

—En fin, voy a empezar a preparar la comida.

—¿Más comida? ¡Pero si son solo las nueve de la mañana, por Dios! —murmuro sin emoción mientras me trago la pastilla—. Solo de

pensarlo me dan arcadas. En un rato saldré a correr. ¿Vas a necesitar ayuda?

—No, cariño. Pero... ¿desde cuándo corres? —me pregunta, entre desconcertada y burlona.

—Desde hace poco —miento. Aunque lo hago desde hace años, mi madre parece olvidarlo sistemáticamente—. Quizás luego me pase también por casa de Ruth y así le doy sus regalos.

El paracetamol todavía no ha hecho efecto cuando suena mi móvil. Veo el nombre de Sergi en pantalla y el pánico me recorre como una descarga eléctrica. Una cosa es ignorar sus mensajes. Otra muy distinta es que me llame por teléfono. Él nunca llama.

—Hola. Buenos días —atiendo, con la voz tensa.

—¡Por fin! —responde soltando un suspiro de alivio—. Llevo días intentando hablar contigo. Empezaba a preocuparme.

—Lo sé… y siento no haberte contestado. Necesitaba tiempo y espacio.

—Te entiendo. He sido un gilipollas. Por cierto, feliz Navidad y esas cosas. ¿Cómo estás?

—Bien. Bien… Dime, ¿qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? Pues hablar con mi chica y desearle feliz Navidad. Estoy deseando verte.

—Sergi, yo no soy tu chica. Estás casado. Creía que te lo había dejado bien claro.

—Pero nena, no puedes hacerme esto. Te echo muchísimo de menos y está siendo un infierno estar aquí con ella y no verte.

Cierro los ojos con fuerza. La imagen de Sandra, su mujer, comprándole su perfume favorito con mimo y sonriendo mientras hablaba con la dependienta me atraviesa como un cuchillo. Por un segundo, tengo la tentación de gritarle, de llamarle de todo… pero sé que mi madre estará escuchando tras la puerta, como buena espía navideña, y no quiero tener que dar explicaciones.

—De acuerdo, Sergi. Hablaremos mejor en persona cuando vuelva, ¿vale? —le digo, resignada. Ahora lo único que quiero es que me deje en paz y poder disfrutar de mis vacaciones—. Tengo que colgar.

—Vale, hablamos a la…

Cuelgo antes de que pueda terminar la frase. No quiero empezar el día mal, y escuchar sus mentiras me estaba poniendo de un humor nefasto.

Abro *WhatsApp,* navego hasta la conversación con Marc y releo sus últimos mensajes, buscando quitarme el mal sabor de boca que me ha dejado la llamada de Sergi. Luego, escribo:

*Al final la noche resultó mejor de lo que esperaba.*

*Por cierto, ¡feliz Navidad!*

En cuanto le doy a enviar, el teléfono vibra de nuevo. Es él. El corazón se me acelera y siento cómo golpea con fuerza en mi pecho. La sangre parece correr más deprisa por mis venas.

—Marc, ¿qué tal? —contesto al cuarto tono, intentando sonar natural.

—Feliz Navidad, Abejita. Espero que no te importe que te llame.

—¿Cómo me va a importar? No me esperaba que estuvieras despierto, por eso te he dejado el mensaje.

—Me ha sorprendido muchísimo. Me acosté temprano, pero pensaba que tus Nochebuenas se alargaban hasta bien entrada la madrugada.

—Sí, y se alargó, pero mi madre es muy intensa y me despierta con villancicos. Literalmente.

Escucho su risa a través del auricular. Me estremezco. Un escalofrío agradable me sube por todo el cuerpo.

—Es genial. Entonces me has dicho que todo fue bien. ¿No hubo drama?

—Para nada. Fue más o menos como tú dijiste. Pero… ¿y tu cena? ¿Qué tal estuvo? —Frunzo el ceño al darme cuenta de que ni siquiera me había interesado por sus planes—. Soy una egoísta, perdona. Ni siquiera te he preguntado.

—¡No pasa nada, tranquila! —responde entre risas—. En realidad no hay mucho que contar. No tuve cena familiar ni nada por el estilo. Comí un poco de pasta que me sobró del mediodía, en mi apartamento.

—¿Perdona, qué? No puedo creerlo. —Además de enfadada, una tristeza profunda me atraviesa—. ¿Me estás hablando en serio?

—Pues… sí. Estoy solo aquí y no tengo familia directa. Pensé que lo sabías. Tengo unos tíos, pero viven en Francia, así que…

—Ven a mi casa —le interrumpo sin pensarlo dos veces.

—¿Qué? ¿Cómo voy a ir a tu casa? —vuelve a reír, pero yo sigo completamente seria—. No pasa nada, de verdad, no te preocupes.

—Ven a mi casa, por favor.

—Emma… no puedo hacer eso. Tus padres no me conocen, y en realidad… tú casi no me conoces.

—Hay un tren que sale a las once de allí y estarás aquí a la hora de la comida. Te recogeré en la estación.

Mientras él enumera todas las razones por las que no debería aceptar, abro la app de Renfe, compro el billete y se lo envío. Todo sucede en minutos. No estoy dispuesta a dejar que pase un día como este solo.

—Marc, escúchame —le digo cuando ha terminado de exponer su lista de excusas—, he sido una idiota juzgándote de manera equivocada. Además, me has ayudado y has soportado mis quejas sin

protestar. Y por si fuera poco, por mi culpa podrías haber tenido que renunciar a tu futura carrera como pianista.

Hago una pausa. Está riendo. Y empiezo a adorar ese sonido. Me callo solo para escucharle reír.

—Déjame hacer algo por ti, por favor. Aunque sea solo una estúpida comida de Navidad.

—No es estúpido. Es muy generoso por tu parte. Gracias.

—Bueno, no cantes victoria tan pronto. Primero tienes que conocer a mi madre… y, sobre todo, a mi abuela.

Sorprendentemente, el dolor de cabeza que me había acompañado al despertar desaparece en muy poco tiempo. Sí, me he tomado una pastilla, pero ni en mis mejores sueños me hacen efecto tan deprisa. Son las nueve y media, y me quedan muchas cosas por hacer antes de que vaya a recoger a Marc a la estación.

—Mamá, salgo a correr, ¿vale? —le informo desde la puerta, sin entrar del todo en la cocina. No quiero que me enganche para rellenar canapés y hojaldres—. Por cierto, viene un amigo a comer. ¡Hasta luego!

Antes de que mi madre me cierre el paso y empiece con el interrogatorio, salgo corriendo, escapando literalmente del olor a

cebolla y marisco que ya invade el piso. A lo lejos, escucho su voz apagándose entre las paredes:

—¿¡Qué amigo!? ¡¿Le conozco!? ¡No te vayaaaaaaas!

Tengo una hora para pensar qué voy a decirle a mi madre. ¿Es en realidad Marc solo un amigo? Evidentemente, se ha comportado como tal en todo este tiempo, pero no sé si esa es la palabra con la que quiero etiquetarlo. Amigo es CJ. Incluso Julio, después de la cena de anoche, vuelve a serlo. Pero a ninguno de ellos me los imagino follándome contra la mesa de mi ordenador en DIP Technologies.

—De acuerdo, Emma, relájate un momento —pienso al comenzar a correr.

El aire fresco de la mañana me golpea como miles de puñales en la nariz y las mejillas, pero, aun así, el calor me recorre por todo el cuerpo al recordar mi sueño. Por mucho que intente sacarme esa imagen de la cabeza, me persigue desde el momento en que he abierto los ojos.

*Entraba en mi trabajo, puntual como siempre. Saludaba a Jessy, que me sonreía más de lo habitual. Luego CJ me entregaba un perrito atado con una correa y me enseñaba una aplicación nueva en su móvil. Mis jefes no estaban por ningún lado, y Sergi, mucho menos.*

*Yo me sentaba frente al ordenador, tecleando como una posesa. Entonces entraba Marc. Llevaba la misma camisa que lució en la cena de empresa, pero la tenía desabrochada, dejando ver su pecho desnudo. Se detenía detrás de mí y, con voz baja y ronca, me susurraba al oído:*

*«He venido solo por ti».*

*Oscurecía los cristales del despacho con un mando, me levantaba de la silla sin dejar de mirarme y me besaba con tanta pasión que apenas podía respirar. Yo le acariciaba el torso, él me subía el vestido lentamente hasta dejarlo enrollado en mi cintura. Luego, con el riesgo de ser descubiertos, me tumbaba sobre la mesa y lo hacíamos allí mismo, entre portátiles, cables y tazas de café aún humeantes.*

Un claxon estridente me arranca de golpe del sueño. Un coche frena a escasos centímetros de mí y me doy cuenta, aterrada, de que estoy parada en medio de la carretera, cruzando con el semáforo en rojo. No me ha atropellado de milagro.

Levanto las manos en señal de disculpa mientras el conductor, con la cara desencajada por el susto, me lanza un improperio que no escucho. Me aparto rápidamente del paso de peatones y sigo caminando hacia casa, con el corazón aún desbocado.

La ducha caliente que, en otro tiempo, me habría aliviado, esta vez solo consigue echar más leña al fuego. El vapor empaña el espejo, y mis pensamientos no paran de girar en círculos, como una lavadora en centrifugado. Escucho a mi madre al otro lado de la puerta:

—Quiero hablar contigo en cuanto salgas del baño.

Y esa frase, dicha con toda la calma del mundo, me ancla de golpe a la realidad. Es lo que siempre hace mi madre: estropearme los sueños. Bueno… tampoco es justo decir eso. Solo me estropea algunos.

—¿Qué es eso de que va a venir a comer un amigo? ¿Qué clase de amigo es ese y cuándo pensabas decírmelo? —interroga en cuanto salgo envuelta en la toalla, con ese tono suyo que mezcla reproche, sospecha y dramatismo doméstico.

—Es un compañero de trabajo, mamá —respondo con aire distraído, como si no tuviera demasiada importancia—. Está poco tiempo en la empresa y… bueno, ayer cenó solo en su apartamento. Macarrones que le sobraron de la comida. —Creo que la mejor forma de eludir una conversación más incómoda con ella es darle a Marc un sentido benéfico—. ¿No te parece un poco triste? Me pareció que era mi obligación...

—Por supuesto, hija —responde con rapidez, cambiando el tono al instante mientras se ajusta el delantal como si se preparase para entrar

en batalla—. Has hecho bien. Intentaremos compensarle. Nadie debería comer solo en Navidad.

Diría que me arrepiento de haberle dicho nada, porque sé que ahora mi madre se lo va a tomar como una cruzada personal, y va a intentar que Marc coma por tres días seguidos. Pero en mi fuero interno… me alegro. Me alegro de no ser yo, por una vez, el blanco de su obsesión navideña por alimentar hasta el empacho. Conociéndola, se centrará en él, y sinceramente, Marc va a probar lo buena cocinera que es mi madre. Todos salimos ganando, ¿verdad?

El hecho de haber invitado a Marc a casa trastoca por completo los planes que tenía para después de correr: ir a llevarle los regalos a Ruth, pasar un rato jugando con Charlie y admirar juntos los juguetes que le ha traído Papá Noel. Pero ahora tengo un problema más urgente: acabo de darme cuenta de que no tengo nada mínimamente aceptable que ponerme.

En principio, pensaba recurrir a uno de esos jerséis navideños que tanto entusiasman a mi madre y que, este año, ha renovado por unas sudaderas de algodón estampadas. Los renos, pingüinos bailarines y abetos fluorescentes siguen presentes, pero al menos el tejido es más amable y no me provoca urticaria. El problema es que ahora no quiero parecer una elfa despistada salida del catálogo de unos grandes almacenes.

Quiero estar guapa.

Quiero gustarle.

Así que empiezo a sacar ropa de la maleta y la esparzo por toda la cama, como si estuviera montando el *backstage* caótico de un desfile improvisado. Prendas revueltas, perchas que caen, sujetadores lanzados como bumerangs. Y yo, en bata, de pie frente al espejo con el pelo goteando, mirando con creciente desesperación el reloj.

Son las doce del mediodía y estoy entrando oficialmente en modo histeria absoluta.

—¡Ruth, socorro! Necesito ayuda urgente.

—Ey, Emma, ¡feliz Navidad!

—Déjate de rollos. Esto es una emergencia —exclamo desesperada —. Marc viene a comer a casa y…

—¡Alto ahí! ¿Marc, el de los ojos grises y con un polvazo que te cagas?

—Ese… pero… Si no lo has visto ni siquiera en fotos, ¿cómo sabes que tiene un polvazo?

—Nena, me lo dijiste tú el otro día, cuando llevabas ya tres cervezas.

—¿En serio? ¿Yo dije eso?… —Intento hacer memoria con el teléfono pegado a la oreja hasta que caigo en la cuenta de que quedan

menos de dos horas para recogerlo de la estación—. ¡Da igual! Necesito ropa.

—Primero tendrás que explicarme por qué ese tío va a tu casa a comer el día de Navidad, guapa.

—No tengo tiempo para explicaciones, Ruth. Me quedan menos de dos horas y mi madre me ha comprado una sudadera llena de renos —me quejo amargamente—; tienes que ayudarme.

—Hazme un resumen. —Insiste, implacable, ignorando mis lamentos.

—¡Yo le invité!

—Me vale. Vente a casa. Voy a sacar toda mi artillería pesada.

La artillería pesada de Ruth es como la madre de todas las bombas atómicas. Cuando abre su armario, revela un ecosistema ordenado según un criterio muy personal: el grado de puterío que requiera el evento.

—No puedo llevar esto —le digo a cada prenda que me va pasando —; es demasiado, Ruth.

—¿Pero tú no has venido aquí porque quieres tirarte a ese chico? Pues con esto seguro que lo haces. Lo vas a poner cardiaco.

—¡Pero no quiero tirármelo en casa de mis padres, el día de Navidad, y con mi abuela roncando en el salón, joder!

—Vale, vale. Tienes razón. —Me pone la mano en el hombro con gesto comprensivo, intentando calmarme porque es evidente que estoy a punto de hiperventilar—. Relájate y dime exactamente qué quieres que diga tu *outfit.*

—Pues quiero algo que diga: «Me gustas, pero sobre todo me gusto a mí misma. No voy a estar con nadie que me exprima el alma ni me mienta. Estoy disponible, pero no a tu disposición. Y, lo más importante: soy una mujer independiente, que se ha currado mucho estar donde está y no piensa permitir que nadie la pise».

Me cruzo de brazos con la cara muy seria, como si acabara de lanzar un discurso digno de una charla motivacional navideña. Ruth me observa con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, pensativa.

—Vaya, qué específico… —dice, sacando su tono eficiente de asesora de imagen emocional.

Comienza a mover perchas de un lado a otro con velocidad quirúrgica, hasta detenerse en una blusa de seda elegante. Es de color negro y, según cómo le da la luz, tiene reflejos plateados. El escote es atrevido pero no vulgar, y en general tiene ese algo que grita: «sé perfectamente lo que valgo».

—¿Qué te parece algo que diga… «Puede que hoy no, pero próximamente me gustaría tener sexo contigo»?

—Eso me vale —le digo, quitándole la percha de las manos con determinación.

Me voy directamente a recoger a Marc a la estación con el coche de mi padre, no sin antes prometerle a Ruth que le contaré con todo lujo de detalles lo que pase en la comida.

A mi madre, por su parte, le envío un mensaje jurándole que me pondré la sudadera navideña llena de renos el resto de la semana, pero que por favor, no la saque hoy en la conversación.

Y a mi abuela... le prometo solemnemente que, la próxima vez que me eche novio, ella y solo ella será la primera persona en saberlo, pero que, por favor, se abstenga de preguntarle al chico que voy a llevar a casa si estamos saliendo.

Verlo bajar del tren me hace cosas.

Ese tipo de cosas que me hacen arrepentirme de no haber elegido el top de Ruth, ese que lo habría dejado con taquicardia y sudores fríos.

En cuanto me ve, sonríe de oreja a oreja y caminamos el uno hacia el otro.

Las estaciones de tren siempre me han parecido los lugares más románticos del mundo.

Una estación puede traerte el amor o arrebatártelo. En estos sitios puedes dejar un libro como excusa para que alguien tenga que buscarte y devolvértelo. Puedes correr detrás de un vagón sin querer soltar la mano de tu amado. Y puedes…

De acuerdo, eso no pasa en las estaciones modernas, y realmente es una lástima, porque las parejas de hoy en día se pierden muchos momentos épicos.

Pero sigo pensando que recibir a alguien —o despedirlo— en una estación es una de las experiencias más intensas y cinematográficas que se pueden vivir como pareja.

—Hola —me dice tímidamente.

—Hola —le respondo con el mismo tono.

Ninguno de los dos se atreve a dar el paso de saludarse con dos besos, y al final nos quedamos parados unos segundos incómodos, hasta que reacciono yo.

—¿Nos vamos? Hace un frío polar aquí.

—Claro, te sigo.

La estación de larga distancia está a unos veinte kilómetros del casco urbano, lo que me da quince minutos de trayecto para preparar a Marc para el cóctel humano que es mi familia.

—¿De verdad que no le importa a tus padres que metas a un desconocido en casa el día de Navidad?

—No eres un desconocido. Ya les he hablado de ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué les has contado?

—Pues que eres el chico nuevo del trabajo… y que anoche cenaste macarrones recalentados.

—¿Eso les has dicho? —vuelve a reír, y juro que estoy a punto de desviarme por casa de Ruth a recoger ese jodido top.

La risa de este chico me está matando.

—Sí, así que prepárate para un completo familiar: versión Marco navideño.

—No sé si quiero preguntar… Me estás dando un poco de miedo.

—Pues espera a conocer a mi abuela.

# Capítulo 8




## Ley de la generosidad

**Sé bondadoso y generoso**
**sin esperar nada a cambio.**

*No creas que se me olvida.*

*En cuanto puedas, dame detalles.*

*Y quiero conocerlo.*

Ruth me recuerda mi promesa incluso antes de que entre por la puerta de casa. Siento que se me acumulan las cosas que tengo que cumplir: mantener la compostura, agradar a mi familia, hacer que Marc se sienta cómodo y, de paso, no parecer una lunática.

Marc, lógicamente, está nervioso, incluso más que yo. Y por un momento, tengo la tentación de darle un abrazo para tranquilizarlo…

Quizá incluso lanzarme a darle los dos besos que no me atreví a darle en la estación… O también podría engancharme a su cuello y comerle la boca en mitad del rellano y...

—¡Relájate, Emma, joder! —pienso al meter la llave en la puerta.

De acuerdo, creo que yo estoy aún más nerviosa que él, aunque mis nervios vengan por un motivo bastante distinto.

Sin pensarlo, al ver que se queda unos pasos por detrás de mí, le cojo la mano que no tiene vendada para animarle a entrar. El gesto es impulsivo, íntimo, suave.

—¡Hola! Ya estamos aquí —anuncio a gritos, no sea que a mi madre le pille despeinada y luego me lo eche en cara durante los próximos veinte años.

Me vuelvo para mirar a Marc, que en ese instante observa nuestras manos entrelazadas.

Y, como si me quemaran, suelto la suya de golpe, sintiendo un vacío inmediato, como si me hubieran arrancado una parte.

Menos mal que mi madre aparece al rescate, lanzándose directamente a los brazos de Marc como si lo conociera de toda la vida.

—¡Feliz Navidad! Marc, ¿verdad? —le dice, separándose con la sonrisa más grande que le he visto en mucho tiempo—. Encantada de conocerte y bienvenido a nuestra casa.

—Es un placer conocerla, y muchísimas gracias por acogerme en este día, señora. Espero no molestar y…

—Tonterías… y no me llames señora, por favor. Me llamo Carmen.

—Traigo vino. —Saca tímidamente una botella de la bolsa y se la muestra, con ese gesto suyo tan educado que a mí ya me desarma.

—Pues ábrela, que nos la beberemos. —Mi madre, reina de la hospitalidad *express*, da un giro sobre sí misma en dirección a la cocina, ya imaginándose el maridaje perfecto con los langostinos.

Marc supera con nota el primer escollo: mi madre.

A continuación, se acerca a mi padre y se disculpa con un gesto por no poder darle la mano.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta mi padre, con ese tono suyo de camaradería masculina.

—Poca cosa. —Marc me lanza una mirada cargada de intención antes de responder—. Tuve que enfrentarme a un mal bicho.

—Vaya, espero que ganaras.

—Más o menos. —Responde con una sonrisa que deja a mi padre lo bastante satisfecho como para darle una palmadita en el hombro.

Y entonces llega el momento estrella: mi abuela.

Se planta justo delante de Marc y lo examina de arriba abajo, como si estuviera calibrando una joya en un mercadillo de antigüedades.

—Me gustan tus ojos —le dice al fin, sin apartar la mirada—. Tienen un brillo especial.

Marc parpadea, sorprendido, pero mantiene el tipo con una sonrisa leve. Yo me mantengo al margen, entre divertida y aterrada. Falta la suegra con la escopeta, pero por lo demás, todo está cubierto.

Decir que mi madre ha hecho comida para tres días sería quedarse corta. En realidad, hay suficiente para alimentar a una pequeña aldea durante una semana.

Empieza a llenar *tuppers* con sobras de su famoso estofado de ternera —ese que solo prepara en contadas ocasiones porque «lleva mucho trabajo y tus cosas modernas no te dejan tiempo para disfrutarlo»—, y se los ofrece a Marc, quien amablemente intenta rechazar el ofrecimiento.

—Será mejor que aceptes —le susurro al oído mientras mi madre empieza a envolver los *tuppers* con papel de aluminio como si fueran obras de arte—, o no parará jamás. Créeme.

Mientras negociamos en la cocina por cuántos recipientes terminarán en nuestras mochilas, y mi madre repite por tercera vez que por favor se los devolvamos «bien limpios y sin perder la tapa» le propongo a Marc dar un paseo. Le pregunto si quiere acompañarme a casa de mi amiga Ruth antes de llevarlo a la estación.

Tengo que cumplir mi promesa. Y quedan menos de tres horas para que salga el tren que lo devolverá a su mundo.

Después del festín, mi abuela y mi padre se han instalado en cada extremo del sofá como si hubieran pactado una tregua navideña con Morfeo. Apenas logran alzar una mano para despedirse de Marc antes de acomodarse del todo y cerrar los ojos, cayendo rendidos.

—Tu familia es encantadora —me dice mientras caminamos por la acera bajo un cielo despejado—, y tu abuela es muy amable. Me habías metido miedo injustificadamente.

—Mi abuela es medio bruja. En serio. —Le lanzo una mirada cómplice—. A veces me asusta. Cuando vuelva a casa me espera un interrogatorio que ni en el FBI.

—¿Sobre mí?

—Más bien sobre nosotros. —Le señalo a él y luego a mí, con un gesto amplio del dedo índice—. Querrá saber más cosas de ti. Y no le convencerá del todo la historia de que simplemente estabas solo. Buscará sonsacarme… y bueno, ya sabes cómo son las abuelas.

—En realidad no lo sé. —Encoge los hombros con cierta naturalidad —. Nunca conocí a las mías.

Me detengo un instante. Sus palabras me pinchan algo dentro. Marc me había dicho que no tenía familia aquí, pero nunca le había preguntado por el resto. Y ahora, con el sol en lo alto, el estómago

lleno y su voz tranquila a mi lado, me doy cuenta de que no sé casi nada de su historia.

—Me dijiste que tenías unos tíos en Francia, pero no me has contado sobre tus padres. Bueno, en realidad… no sé prácticamente nada de tu vida. ¿Tienes hermanos?

Marc agacha la cabeza y baja la mirada al suelo, dejando que sus pasos se acompasen con los míos. El día es frío, pero la luz lo suaviza todo, como si el mundo estuviera en pausa y le diera espacio para contestar.

Yo no digo nada. Solo espero. No quiero presionarlo. Temo que sea una de esas historias tan tristes que me hagan sentir todavía peor por cómo lo traté al principio.

—Pues no tengo hermanos. Al menos, que yo sepa. —Se gira y me sonríe, y su expresión me alivia. No hay rastro de tristeza, solo cierto humor resignado—. Mi madre me tuvo con diecisiete años.

—¿Diecisiete? —exclamo, claramente sorprendida—. Qué jovencita.

—Sí. Fue madre soltera y no conocí a mi padre.

—Oh, vaya. Lo siento. —le digo con un nudo en la garganta—. Debió ser difícil para ti, ¿no?

—¡Qué va! —responde con una sonrisa tranquila—. Vivir con mi madre fue una pasada. Y mi padre era un capullo, eso me contó ella.

—Y ella ya no está aquí, ¿no? —digo con cautela, temiéndome lo peor. La historia de Marc se está tornando demasiado triste y empiezo a sentirme más culpable todavía—. Quiero decir… ¿está muerta?

—¡No! —exclama riéndose, como si la idea le resultara absurda.

Yo suspiro. Ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba un buen rato conteniendo el aire. El alivio me cae encima y parece que vuelva a respirar.

—Mi madre se casó hace cuatro años y ahora vive en Argentina.

—¿Argentina? Vaya, qué lejos. Debe de ser un país precioso.

—¡Lo es! —asiente con entusiasmo—. Pero, como dices, está muy lejos, claro. Nada más un vuelo a Buenos Aires tarda más de doce horas. Así que no me compensa viajar en estas fechas. Por eso estoy solo aquí.

—Entonces bien. —digo con una media sonrisa—. Por un momento pensé que ibas a contarme una historia muy trágica.

—¿Te habías preocupado por mí, Abejita? —me pregunta dándome un leve codazo en el costado mientras me lanza un guiño con uno de sus bonitos ojos grises.

Mi corazón da un pequeño vuelco. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo consigue que incluso un gesto simple me deje desarmada?

—No, ¡qué va! —me apresuro a negarlo, con las mejillas un poco más calientes de lo normal—. ¿Vas a contarme por qué me llamas así?

—Quizás algún día.

Seguimos caminando hacia casa de Ruth, con las manos metidas en los bolsillos y el silencio cómodo de quienes se están conociendo sin prisas.

Marc no deja de alabar la comida de mi madre —sobre todo el estofado— y sigue agradeciéndome el haberlo invitado. Yo solo escucho y sonrío. Porque, por alguna razón que no sabría explicar del todo, me siento muy, muy bien.

Después de un paseo tranquilo bajo el sol de invierno, decidimos aprovechar el rato que nos queda antes de que salga el tren. Ruth me ha escrito tres veces en mayúsculas exigiendo su parte del trato, así que no me queda más remedio que cumplir mi promesa.

Subimos al ascensor mientras intento preparar mentalmente a Marc para lo que está a punto de suceder. Pero no hay nada —ni discursos, ni advertencias— que pueda preparar a alguien para entrar en casa de Ruth un día como hoy.

Las risas y la música que provienen del piso se escuchan incluso desde el ascensor. El olor a comida casera invade todo el rellano y ese cóctel tan familiar como caótico me hace sonreír antes de que se abra la puerta. La familia de mi amiga es numerosa y celebran estos días con auténtica pasión.

Nos abre una de sus primas, que lleva en una mano una copa de cava y, en la otra, la botella casi vacía. Se tambalea ligeramente y sonríe como si nos conociera de toda la vida.

—¡Ruth! —chilla desde la puerta, con una voz que atraviesa la casa —. ¡Ha venido tu amiga Emma con un tío bueno!

Siento cómo Marc se tensa a mi lado. Al principio, casi me ruborizo yo más que él, pero cuando se giran hacia nosotros diez pares de ojos y lo miran de arriba abajo como si fuera el postre del menú navideño, es él quien se pone tan rojo que no puedo parar de reír. Me da un poco de pena, sí, pero sobre todo me parece adorable.

—Vámonos de aquí, antes de que mis primas te coman vivo —nos dice Ruth con Charlie en brazos, divertida y cómplice.

Mi amiga es un poco más disimulada que sus primas, pero no engaña a nadie. Cuando Marc no la ve, lo examina con descaro profesional. Luego me lanza una mirada con sorna, me hace la señal del ok con los dedos y remata la jugada con un guiño que solo Ruth puede hacer sin que resulte cursi.

Salimos a pasear a Charlie, que va encantado en su carrito, mientras los tres charlamos con naturalidad. Yo observo con ternura cómo mi amiga parece darle el visto bueno. Los dos tienen ese punto borde y sarcástico que me saca de mis casillas y me encanta al mismo

tiempo. Además, son igual de divertidos. Se entienden. Y eso... me gusta.

Por un momento, mientras hablan entre ellos y me critican como si yo no estuviera delante, me da por imaginar una vida en la que ambos están presentes. Una vida ruidosa, irónica, desordenada, sí... pero también muy entretenida.

Cuando llega el momento de despedirse, Ruth le da a Marc los dos besos que ni siquiera me atreví a darle yo en la estación. Lo hacen con esa confianza natural de quien se cae bien desde el minuto uno, con la promesa de devolver la visita y enseñarle a Ruth el lugar en el que trabajamos.

—Todavía no he ido a casa de Emma, ni me ha enseñado dónde trabaja a pesar de todas sus invitaciones y me sabe fatal —dice Ruth, excusándose mientras acaricia la cabeza de Charlie—, pero me cuesta dejar al enano. Aún le doy pecho y… bueno, quizás en un par de meses, que ya tendrá más de un año, haga una escapada. Podríamos vernos entonces otra vez y me lleváis de fiesta.

—¡Claro! —le contesta Marc enseguida, mirándola con simpatía—. Apenas hemos podido criticar a Emma como es debido.

—¡Ey! —intervengo, toda indignada, aunque no puedo evitar sonreír —, pero si no habéis hecho otra cosa desde que os habéis conocido.

Los tres reímos, y por primera vez en mucho tiempo, siento que todo está en su sitio.

Mientras caminamos hacia la estación, con esa cercanía tímida que todavía no sabemos cómo manejar, empiezo a darme cuenta de que el día se está acabando demasiado deprisa. Y de que no quiero que termine.

El tren de Marc está a punto de llegar y mis nervios vuelven a aflorar. ¿Le doy dos besos a modo de despedida como ha hecho Ruth? En cinco días volveremos al trabajo y pasaremos mucho tiempo juntos, así que quizás la mejor opción es simplemente despedirme con un «Hasta pronto» o «Nos vemos en unos días».

—Tu familia ha sido muy generosa al acogerme en su casa hoy —me dice, interrumpiendo mi debate interno con esa voz tranquila que ya reconozco como antídoto contra el caos—, y tu amiga Ruth es genial. Se nota que te adora.

—Y yo a ella. Siempre está ahí para mí, ¿sabes? A pesar de todo lo que le ha pasado.

—¿Te refieres al hecho de criar sola a su hijo? Me ha dado la sensación de que lo hace muy bien.

—Sí, es una madre fantástica. La mejor. Aunque no me refería solo a eso —intento explicarle con un suspiro que casi no se nota—. Tuvo

que renunciar a su carrera y ahora está un poco perdida.

—¿Quién es el padre de Charlie?

—Pues no lo sé. Ella siempre dice que no es relevante ni para su vida ni para la de su hijo.

—Será un capullo como el mío.

Aunque intenta sonar despreocupado, hay una sombra amarga en su voz. Como si esa parte de su historia, tan enterrada, aún escociera.

—¿No tienes interés o curiosidad por saber cómo es el tuyo?

—Quizás cuando era adolescente quise saberlo, pero no me duró mucho. Tuve y tengo una relación estupenda con mi madre, ¿sabes? Afortunadamente, nunca necesité esa figura en mi vida.

En la estación anuncian la llegada del tren y las pantallas informan de que faltan solo cinco minutos para su salida. Marc mira hacia las vías con las manos en los bolsillos traseros de su pantalón y suspira antes de hablar de nuevo.

—Dale las gracias de nuevo a tu madre, por favor.

—Lo haré, de tu parte.

—Bueno, solo quedan tres minutos —dice, señalando con la mirada las pantallas—, supongo que nos veremos en el trabajo el lunes.

—Sí, claro. —Me abrazo a mí misma intentando calmar los nervios, porque, a pesar del frío, el temblor que siento no tiene nada que ver

con la temperatura—. El lunes nos vemos. Pero... puedes escribirme cuando llegues. Ya sabes, para saber que has llegado bien y eso…

En cuanto lo digo, me doy cuenta de lo absurdo que suena. Marc me sonríe y sé que está a punto de hacer un comentario que me dejará en evidencia. ¿Cómo se me ocurre decirle que me escriba para saber que está bien? ¿Qué pienso, que va a descarrilar el tren? ¿Que lo van a secuestrar camino de su casa? O mucho peor… ¿Qué soy yo? ¿Su madre?

Pero no dice nada de eso. No se burla. No hace ningún gesto condescendiente.

Solo me mira, con esa sonrisa suya que es como un imán disfrazado de calma.

—Claro, te escribiré un mensaje cuando llegue a casa.

El tren asoma en la distancia y llega finalmente al andén con su sonido característico y ese aire solemne de las cosas que están a punto de terminar. Nos quedamos mirándolo, inmóviles, sin decir nada. Tampoco es tan grave, me repito. Solo serán cinco días y podemos escribirnos por *WhatsApp,* hablar por teléfono... incluso, si quisiéramos, podríamos hacer videollamadas.

Entonces, ¿por qué lo siento como si fuera una despedida de libro romántico? ¿Por qué tengo esta absurda tentación de echarme a sus

brazos y subirme en el último momento a ese tren con él, como si fuera una escena final en cámara lenta?

¿Le echo la culpa a mi madre por hacerme ver todas esas estúpidas películas de amor que han distorsionado mi forma de ver a los hombres? ¿O es esta maldita estación de tren y todos los clichés románticos que la acompañan?

Cuando vuelvo la cara y lo miro, ya no me sonríe. Su expresión ha cambiado, es más seria, más contenida. Se escucha el último aviso para que los pasajeros embarquen y Marc sigue sin moverse. No hace el menor ademán de subirse.

—Deberías... —murmuro, señalando al tren, como si mi dedo pudiera convencerlo.

—Sí. Sé lo que debería hacer.

Y entonces, sucede.

Es rápido, es corto, es suave e intenso a la vez. Es húmedo y frío, pero ardiente y cálido al mismo tiempo. Es un roce que me sacude entera, un beso que no busca impresionar, sino quedarse bajo la piel. Me besa con ternura y delicadeza, y me deja anhelando más: más contacto, más tiempo, más besos. Porque, de la manera tan inesperada en la que se acerca, se aleja de mí.

—Hasta el lunes, Abejita.

Recoge la bolsa que había dejado en el suelo y se sube al vagón sin mirar atrás.

Y yo me quedo ahí, como una idiota, observando cómo el tren se aleja. Temblando otra vez, pero por dentro.



Cuando vuelvo a casa, como era de esperar, mi madre y mi abuela ya están preparadas para someterme al quinto grado emocional. La siesta les ha sentado de maravilla —y a juzgar por sus caras, podrían interrogarme durante horas sin pestañear—. Están completamente despejadas y decididas a no dejarme tranquila hasta que les suelte hasta el último detalle sobre «ese chico» y lo que tengo con él.

—Ya os lo he dicho —respondo con tono paciente mientras mi padre, oportunamente, se despide con un gesto vago de la mano y desaparece por la puerta para «bajar la comida».

La táctica clásica: huida preventiva en cuanto se pronuncia la palabra «novio» en voz alta.

—Es un compañero de trabajo que estaba solo en Navidad y me dio pena. Nada más.

—Nunca has traído un chico en estas fechas. Ni siquiera ese novio tuyo de la universidad —puntualiza mi madre, afilando la mirada como quien encuentra una grieta en una coartada—. No sé si «nada más» es un término válido.

—Déjala tranquila, hija —interviene mi abuela, en lo que parece un acto de rescate… hasta que se inclina hacia mí y susurra al oído con voz conspiradora—. Acuérdate que, cuando tengas algo, seré la primera en saberlo. No me falles.

—De acuerdo —les contesto, intentando sonar firme y cerrar la puerta a más preguntas—. Me voy a mi cuarto a leer un rato antes de acostarme. No os preocupéis, cuando salga con alguien os lo diré al instante y probablemente con fuegos artificiales.



Aunque mi habitación ahora mismo parezca una especie de almacén improvisado, lleno de cajas y muebles apilados que apenas me dejan sitio para moverme, necesito un lugar para estar a solas y poner orden a mi cabeza. Me dejo caer sobre la cama, aún vestida, con el maquillaje intacto y los labios todavía sensibles. Cierro los ojos con fuerza. Solo quiero recordarlo.

Ese beso.

¿Hay algo más romántico en el mundo que un primer beso en el andén de una estación de tren?

Su mano fría tocando mi cara, el contacto de sus labios sobre los míos, tan breve y tan suave que casi me pregunto si no lo habré

soñado. Casi. Pero no… lo sentí. Lo sigo sintiendo. Y justo entonces, mi móvil vibra.

Es Ruth.

*Tía, me encaantaaaa. Está buenísimo y se le ve muy buen chico.*

Tecleo su contacto sin dudar, porque esto ya no se puede contar con mensajes. Esto hay que narrarlo con todo lujo de detalles y algún que otro gritito.

—Me ha besado, Ruth.

—¡No me fastidies! —chilla al otro lado del auricular—. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—En la estación, justo antes de subirse al tren, y ha sido… —hago una pausa dramática, disfrutando del poder que tengo en este momento para desesperar un poco a mi amiga—. Ha sido increíble, Ruth. Me encanta.

—Qué zorra afortunada que eres; te odio, que lo sepas. —pone una voz grave, como siempre que me habla en tono burlón, para, a continuación, subirla una octava más aguda y cargada de emoción—. ¡Pero estoy tan feliz por ti! Me alegro mucho, cariño.

—¿Es demasiado pronto para escribirle? —le pregunto indecisa, jugando con el borde de la manta—. Le he dicho que me escribiera cuando llegara, pero estará en el tren solo. Quizás podría…

—¡Alto ahí! —me interrumpe seria—. ¿Le has dicho que te escribiera? ¿Antes o después de besarte?

—¿Tiene importancia eso?

—¡Por supuesto que la tiene! Contéstame.

—Pues antes. Nos estábamos despidiendo y se me ha escapado decirle eso, que me escribiera para ver si había llegado bien.

—Ay, qué mona que eres.

—Joder, Ruth. Dime qué pasa ahora. ¿Le escribo o no?

—Ni se te ocurra, ¿me oyes?

—¿Esto tiene algo que ver con los tejados?

—¿Qué tejados, Emma? ¿De qué coño hablas?

—Ya sabes, lo de que la pelota está en mi tejado y tengo que decir algo yo ahora, o en el suyo y tengo que esperar a que sea él quien me hable.

—¡No hay tejados aquí! Ni pelotas. Bueno… puede que pelotas sí, pero no estamos hablando de eso en estos momentos. —Hace una pausa y sé que está calibrando lo que va a decirme. La conozco como si la hubiera programado yo.

—Mira, Emma, sabes que siempre intento darte mi opinión y mis sabios consejos sobre hombres pero… en esta ocasión no voy a hacerlo.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—Pues porque puedo aconsejarte sobre ese capullo de Sergi, y también te decía cosas sobre Tony. Sabes que no me daba muy buenas vibraciones. Pero creo que, en este caso, deberías actuar tú según lo que consideres. —Su tono baja un poco—. Me he dado cuenta de que doy muy buenos consejos sobre gilipollas, porque en ese tema soy una experta. Me he topado con muchos. Pero, chica, no tengo ni idea de cómo actuar con un buen tío. Y este lo parece.

—Eso no es cierto. Siempre me das buenos consejos.

—Qué va, amiga. El mejor que puedo darte ahora mismo es que no sigas mis consejos y hagas lo que te diga tu corazón. —Hace una pausa y, por una vez, su voz no suena sarcástica ni acelerada, sino dulce, tranquila—. Si crees que debes hablarle, hazlo. Y si no, espera a que te hable él.

—Ay, madre. Acaba de escribirme —le digo apartándome el teléfono de la oreja para mirar la pantalla.

—Te dejo y luego me cuentas, ¿de acuerdo?

El mensaje es largo. En mi pantalla solo puedo leer las primeras palabras sin abrir la aplicación. Respiro hondo y cierro los ojos con fuerza, como si eso fuera a prepararme para lo que voy a sentir. Hacía tiempo que no experimentaba esta sensación de mariposas en el estómago, y ahora, mi cuerpo entero está en un aleteo constante. Me tiemblan hasta las ideas.

*Sé que me has dicho que te escribiera cuando llegara a casa, pero estoy aquí, solo, sentado en el vagón, mirando por la ventanilla y viendo pasar a toda prisa el paisaje. En otro momento lo disfrutaría, porque me encantan los trenes, pero cada segundo que pasa y que me aleja de ti me duele en el fondo del alma, Emma. Sé que el lunes nos volveremos a ver, pero estos días se me van a hacer eternos pensando en que solo quiero volver a besarte. Voy a echarte de menos, Abejita.*

Lo leo una vez. Luego otra. Luego otra más. Me quedo abrazada al móvil como si de verdad pudiera fundirme con él y con ese mensaje.

—Mamá, papá… siento deciros esto pero… tengo que adelantar mi vuelta al trabajo —les digo, entrando al salón como una actriz a punto de interpretar una mentira por amor.

Están acurrucados bajo una manta, viendo una película navideña de sobremesa, y no apartan mucho la vista de la pantalla

—Emmm… olvidé una cosa en mi piso que necesito para terminar el proyecto y… creo que voy a tener que salir mañana para trabajar en ello desde allí. ¿Lo entendéis? Es un proyecto muy importante y mis jefes confían en mí. Quizás me compensen más adelante con más días de vacaciones o una gratificación económica. Ya os lo diré.

—Claro, cariño —contesta mi padre con total naturalidad—, lo que necesites. Lo primero es lo primero.

—Por supuesto, Emma. —Mi madre asiente con la misma serenidad —. Tu padre tiene razón. Si es tan importante, debes marcharte.

—Gracias por entenderlo. —Intento parecer profesional, pero no me creo ni a mí misma—. Voy a preparar la maleta y… si me llevas mañana a la estación, te lo agradecería, papá.

—Por supuesto, cariño.

Me esperaba más drama. Más preguntas. Más «¿pero cómo te vas a ir justo ahora?». En cambio, lo han aceptado tan fácil que me quedo desconcertada. Les he soltado la primera excusa que se me ha ocurrido, y la han comprado sin negociar.

Me dirijo a mi cuarto para dejarlo todo arreglado cuanto antes, pero a mitad de camino me detengo. Me doy cuenta de que no les he dicho a qué hora sale el tren. Me giro para volver al salón y, antes de entrar, escucho sus voces en tono bajo, casi confidencial, con la televisión de fondo como murmullo navideño.

—Lo del trabajo es una excusa, ¿no? ¿Se va antes para estar con ese chico? —le pregunta mi padre a mi madre con voz calmada.

—Pues claro.

—Lo suponía.

Y se quedan tan tranquilos.

# Capítulo 9



## Ley del aquí y ahora

**Vive y céntrate en el presente.**
**Las acciones pasadas**
**no las puedes cambiar.**

Sé que no debería parecer desesperada por verlo. Pero lo estoy. Me muero por volver a perderme en sus ojos grises, por ese escalofrío que me recorre la espalda cada vez que los nuestros se cruzan. Y lo peor —o lo mejor— es que no quiero esconderlo.

Quedamos en un pequeño restaurante italiano que, según dice, conoce muy bien. Me manda la ubicación por mensaje y, por supuesto, llego antes de tiempo solo para verle llegar. Pero él ya está allí.

Está de pie, en la entrada, mirando hacia todos lados con ese aire distraído que le hace parecer sacado de una escena de película francesa. En cuanto me ve, se detiene y me sonríe abiertamente, como

si su día acabara de empezar. Esa sonrisa es una invitación y, al mismo tiempo, un terremoto en mi estómago.

Yo me lanzaría a sus brazos. Lo haría. Pero, otra vez, me frenan las dudas. Me encantaría ser como Ruth: decidida, atrevida, directa al grano. Poder tomar las riendas de esta historia y besarle como si estuviéramos al final de una comedia romántica. Pero en mi cabeza hay mil escenarios, todos catastróficos, y me decido por el más conservador: plantarme frente a él y regalarle una sonrisa nerviosa.

—Hola —digo tímidamente.

—Hola —me responde con la misma ternura, como si supiera que ambos estamos jugando a este juego de las distancias cortas.

Esta forma de saludarnos se está volviendo nuestra señal secreta. Nuestro punto de partida.

Y entonces ocurre ese instante. Ese que no se olvida.

La gente camina a nuestro alrededor, esquivándonos con prisas y bolsas de compras. Pero para mí, todo se ralentiza. Como si una cámara invisible girara en 360 grados a nuestro alrededor, grabando desde todos los ángulos una escena que solo importa a dos personas en el mundo: nosotros.

Y nadie más.

Como dos adolescentes atrapados entre las luces de Navidad y el aire helado, nos sonrojamos. Y no es solo por el frío. Empiezan a caer

copos de nieve. Lentos, silenciosos. Como si incluso el cielo quisiera suavizar este momento.

Él lleva un abrigo largo y oscuro, elegante sin esfuerzo. Una bufanda de lana rodea su cuello, a juego con unos guantes que empieza a quitarse mientras me sonríe, tranquilo, sereno. La escena es perfecta. El guion no escrito de algo que empieza.

Se acerca. Me aparta con suavidad un mechón de pelo que el viento ha desplazado hacia mi cara. Y entonces, sin prisa, sin invadir, se inclina lo justo para dejarme decidir.

Podría echarme atrás. Podría mirar a otro lado. Pero no lo hago.

Recibo sus labios completamente rendida.

Noto el calor de su mano en mi mejilla helada y el contraste me recorre la columna como una descarga. Su beso es suave, delicado, casi reverente. Es un susurro con forma de promesa. Cuando se separa, lo hace con lentitud. Como si no quisiera romper el momento.

—Tienes la nariz helada —me dice con la voz baja, acariciándome aún con la mirada.

—Es que hace mucho frío —susurro, y suena como una excusa ridícula para seguir cerca de él.

—Sí… vamos dentro —añade, cogiéndome de la mano sin pedir permiso.

Luego pasa su brazo por mis hombros con una naturalidad que me desarma, y me aprieta suavemente contra él, aunque el restaurante está a escasos diez metros. El gesto es tan íntimo como inesperado, y me dejo guiar, con el corazón en la garganta y las mejillas en llamas.

Nada más cruzar la puerta, tengo la sensación de haberme colado en una película italiana de los años treinta. El aire huele a albahaca, queso fundido y algo que solo puede describirse como hogar. El local es pequeño, cálido, con una decoración típicamente acogedora: manteles a cuadros con los colores de la bandera italiana, velas encendidas en frascos de conserva y música suave de fondo.

Sale a nuestro encuentro un hombre regordete y calvo, con un enorme mostacho y una voz que parece abrazar en lugar de hablar. Se acerca a Marc con total familiaridad y le da un abrazo de esos que casi levantan los pies del suelo.

—¡Marcus! *Buon Natale!* —lo saluda efusivamente, palmeándole la espalda. Luego se gira hacia mí, me examina de arriba abajo con entusiasmo genuino y declara con un brillo en los ojos—: *Ma che bella la ragazza.* Venid, os llevaré a vuestra mesa.

Su entusiasmo es tan desbordante que me hace reír, un poco avergonzada, pero también encantada.

Sin duda, nuestro sitio es el mejor del restaurante: una mesa en un rincón apartado, con un biombo de madera calada que ofrece aún más

intimidad. Las luces son tenues y el ambiente huele a historia, a pasta recién hecha, a secretos bien guardados. Parece todo preparado a conciencia, como si fuera parte de un plan mayor que desconozco.

El hombre se inclina hacia Marc, le susurra algo al oído —sin dejar de mirarme— y luego se retira con una sonrisa cargada de complicidad.

—¿Vaya… tenías esto preparado? —le pregunto, alzando una ceja.

—Alfredo es amigo mío. —Marc se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. Vengo a este restaurante tres veces por semana. Soy como un elemento decorativo más. Cuando le llamé esta mañana, nos hizo hueco.

—El sitio es precioso, me encanta —respondo, mirando a nuestro alrededor como si me costara creer que algo tan perfecto pueda existir de verdad.

Me quito el abrigo con cuidado, sintiendo que cada gesto está siendo observado. Busco con la mirada algún perchero o respaldo donde dejarlo, pero Marc se adelanta, me lo toma de las manos suavemente y lo pliega con un gesto casi reverencial.

Entonces me mira. Me mira de verdad.

Llevo un vestido rojo ceñido en las caderas, con un escote leve pero lo bastante atrevido como para sentirme valiente. Sus cejas se levantan, y en su cara aparece una mezcla de sorpresa y admiración que me desarma.

—Vaya… estás preciosa.

Me quedo callada. Y sí, me ruborizo. Como una idiota. He estado horas eligiendo este vestido con Ruth por teléfono, probándome modelitos como si fuera a una entrega de premios. Sé que ha sido una buena elección. Sé que estoy estupenda. Pero los halagos nunca dejan de parecerme una especie de idioma extranjero que no acabo de saber cómo responder.

Así que sonrío. Sonrío porque no sé qué más hacer.

Durante la cena hablamos de cosas ligeras. De lo que nos gusta comer, de la última serie que nos enganchó o de películas que hemos visto mil veces. No entramos en terrenos pantanosos ni en confesiones profundas. La conversación fluye con naturalidad, como en una típica primera cita entre desconocidos.

Pero no somos desconocidos.

Nos hemos contado cosas. Hemos compartido silencios, risas nerviosas y una especie de conexión inexplicable que no sé cómo catalogar. Además, ya nos hemos besado.

Dos veces.

Y lo peor —o lo mejor— es que no puedo esperar a volver a hacerlo.

—¿Quieres dar un paseo o tomar algo, una copa…? —me pregunta al salir del restaurante, con las manos en los bolsillos y esa voz que

parece siempre una invitación a algo más.

—En realidad, me gustaría irme a casa. Hace muchísimo frío. —Miro al suelo, que empieza a cubrirse con una fina capa blanca y reluce bajo las farolas—. ¡Está el suelo nevado! Y creo que no es lo más adecuado para pasear con estos tacones —añado señalando mis pies con una mueca divertida.

—Oh, claro, entonces pido un Uber y te acompaño a casa, ¿vale?

—Si no te importa, lo prefiero.

—Por supuesto. —Su respuesta es inmediata, pero detecto un atisbo de decepción en su mirada. Una sombra fugaz que se disipa cuando me sonríe con ternura. Saca el móvil del bolsillo y empieza a buscar un coche disponible—. No hay problema.

El silencio entre nosotros ya no es incómodo, sino denso, cargado de cosas que no se dicen.

En menos de cinco minutos, el coche aparece y nos lleva hasta mi puerta. Podría decir que estoy nerviosa de nuevo, pero no es así. Quizá sea la botella de vino compartida, o el modo en que me ha mirado toda la noche, pero ahora mismo no siento miedo, ni dudas. Siento certeza. Sé exactamente lo que quiero.

—Creo que lo único que tengo en mi piso es una botella de tequila rosa. No puedo ofrecerte nada más —le aviso con una sonrisa ladeada al llegar al portal.

Le cambia el gesto. Hay un segundo de desconcierto, un parpadeo contenido. Tal vez pensaba que acompañarme a casa significaba un «hasta aquí». Pero en mi mente, esa posibilidad está en las antípodas de mis verdaderas intenciones.

—¿Tequila rosa? —repite, alzando las cejas. Mira hacia arriba con aire dramático y suelta el aire que, ahora me doy cuenta, estaba conteniendo—. Estoy deseando probarlo. Creo que me va a encantar.

—Eso espero.

La subida en el ascensor es una guerra fría con armas muy calientes. Me apoyo en una de las paredes y me abro el abrigo con calma medida, consciente de cada milímetro de piel que enseño. Él intenta mantener la atención en mi cara, pero sus ojos le traicionan. Lo veo. Lo noto.

Primera batalla: ganada.

Se acerca despacio. Muy despacio. Está a punto de besarme, de nuevo. La tensión se estira como una cuerda de violín a punto de romperse. Pero justo entonces, como una maldita broma del destino, el ascensor llega a mi piso y las puertas se abren con un pitido seco. Delante de nosotros, un vecino espera pacientemente para entrar, ajeno al momento que acaba de interrumpir.

—Buenas noches —nos saluda amablemente.

—Buenas… —decimos a dúo, con sonrisas contenidas y cómplices, mientras salimos del ascensor como si hubiéramos sido pillados haciendo algo que no hicimos... todavía.

Entramos en mi piso.

—El tequila está en la nevera —le digo mientras me deshago del abrigo y lo dejo sobre una silla.

Camina hasta la cocina y abre el mueble de los vasos.

—Saca dos, por favor.

Marc obedece en silencio, observando cada uno de mis movimientos como si fueran parte de una coreografía secreta solo para él.

Brindamos en silencio, mirándonos a los ojos. El cristal de los vasos choca suavemente y el tequila rosa resplandece un instante bajo la luz cálida del salón.

Siento cómo el licor baja lento. Es fuerte y fresco, pero quema un poco. Me recorre desde la garganta hasta el estómago, pero el verdadero fuego no viene de ahí. Es su mirada. Es esta tensión tan real que me deja sin aliento. Y lo sé con absoluta certeza:

Esto no ha hecho más que empezar.

Le agarro lentamente de la camisa y lo atraigo hasta mis labios. Nuestros dos besos anteriores fueron a la intemperie y teníamos los labios helados. Esta vez, el calor de mi piso y del licor encienden mi boca. O quizás es el fuego del momento. No estoy muy segura.

Marc me rodea la cintura con firmeza y me besa con calma. Con los labios entreabiertos, su lengua roza la mía y me estremece. Tengo la piel erizada, el pulso disparado y una necesidad tan honda que me late en lo más profundo.

Siento que me voy a derretir ahí mismo si no hace algo más. Me desespero, porque él se lo toma con toda la tranquilidad del mundo, como si quisiera prolongar el tormento. Y yo necesito que me toque. Ya.

Cojo una de sus manos y la coloco entre mis piernas. Lo oigo gemir contra mi boca, y entonces baja a besarme el cuello. Ese simple gesto es como accionar un interruptor: el botón del turbo. Mis caderas reaccionan solas, moviéndose hacia su mano como si tuviesen vida propia.

He perdido la segunda batalla, porque está claro que yo lo necesito más que él. O al menos, eso parece.

—Estás ansiosa, ¿eh? —me susurra al oído, mientras desliza mi vestido hacia arriba, ganando acceso a mis bragas.

—Sí. Y como no me folles ya, voy a empezar sin ti.

No es una amenaza. Es una verdad urgente. Estoy tan mojada, tan preparada, que con un poco más de presión en el sitio justo, podría correrme sin más.

—Aguanta un poco, Emma —me dice, separándose apenas para desabotonarse la camisa—. Intentaré que merezca la pena la espera.

Y vaya si lo hace.

Si aquella noche que durmió en mi sofá pude ver algo de su anatomía, ahora tengo una vista panorámica de infarto. Me muerdo los labios. Definitivamente, he perdido la guerra. Lo deseo tanto que se me nota desde la calle. O eso pienso yo.

Entonces vuelve a besarme, pero ya no con ternura. Con hambre. Sus manos se deslizan por mi espalda y bajan con destreza la cremallera de mi vestido. Mientras lo desliza por mis hombros, recorre mi piel como si la memorizara al tacto.

Sus dedos acarician mis hombros, rozan mis pechos por encima del sujetador, y gime, más fuerte esta vez.

El vestido cae a mis pies en un suspiro de tela. Me quedo solo en ropa interior, con los tacones todavía puestos.

—Joder, Emma —me dice con la voz ronca, mirándome como si no pudiera creérselo—, eres espectacular.

—Pues no me hagas esperar más. Estoy a punto de explotar. Te quiero dentro de mí —le ordeno—. ¡Ya!

No hace falta repetírselo. Me coge de los muslos y me sube con firmeza a su cintura, sin dejar de devorarme los labios.

—¿Quieres ir a la cama? —me pregunta mientras me sujeta con fuerza del trasero.

—Sí, podemos empezar allí. El primero al menos.

—Joder, sí.

Sus pasos son decididos, casi torpes por la urgencia, y nuestras bocas no se separan hasta que caemos sobre la cama como si fuéramos un solo cuerpo.

Me corro tan rápido que me arde la cara de vergüenza. Ha sido un fogonazo, una descarga fulminante que me desarma antes incluso de haber asimilado del todo lo que está ocurriendo. Y cuando levanto la vista y veo su sonrisa triunfante, siento que necesito urgentemente equilibrar la balanza.

—No te rías, no creas ni por un momento que vas a poder conmigo esta noche —le digo intentando recuperar el aliento entre jadeos.

—Ya veremos —me contesta bajando por mi cuerpo con labios impacientes, hasta que sus palabras me rozan el interior de los muslos.

Y si eso es una promesa, pienso hacer que la cumpla.

Porque, en cuestión de segundos, sin que me dé tiempo a recuperar el control de mi cuerpo, se acomoda de nuevo entre mis piernas y vuelve a poner en marcha cada parte de mí que creía ya saciada.

Esta vez no pienso dejar que gane tan fácil.

Me despierto de madrugada con el cuerpo arropado por el suyo. Marc me rodea por detrás, sus brazos cruzados sobre mi vientre, su respiración cálida en mi cuello como un mantra suave que me arrulla. El calor que desprende me envuelve por completo y me duermo de nuevo sin ofrecer resistencia.

Cuando abro los ojos otra vez, él ya no está. La cama se vuelve grande, fría y vacía de pronto. Me desperezo, perezosa, y escucho ruidos fuera.

—Como se le haya ocurrido prepararme el desayuno, no sé de lo que voy a ser capaz —pienso mientras me incorporo.

Lo encuentro en mi minúscula cocina, abriendo armarios con cara de explorador hambriento. Lleva puesta la ropa de ayer, el pelo alborotado y una expresión de desconcierto adorable. Se gira en cuanto me ve y su sonrisa me desarma.

—No tienes nada de comer —me dice con cara de terror infantil—, tengo hambre.

—Vaya, nadie lo diría con todo lo que comiste anoche.

Lo sé, es un chiste muy malo. Demasiado fácil. Pero no podía resistirme. Me acerco y le planto un beso en la mejilla, uno de esos suaves y aún medio dormidos que huelen a sábanas.

—Me visto y salimos a comer algo, ¿qué te parece?

—Perfecto, pero no tardes mucho o empezaré a morderte.

Podríamos llamarlo desayuno solo porque es la primera comida del día, pero ya pasan de las doce cuando por fin nos sentamos a tomar algo.

Hemos caminado hasta un pequeño mercado navideño que está a rebosar de gente. Puestos de madera decorados con luces, música suave de villancicos y el olor irresistible de pan caliente y canela flotan en el aire. El ambiente festivo lo empapa todo.

Después de haberme escondido durante cuatro meses con Sergi, caminar por la calle al lado de Marc, sin miedo a ser vista, sin tener que justificar nada, es una bocanada de libertad reconfortante. Me siento ligera.

Marc devora unas tostadas con jamón como si llevara semanas en ayuno, mientras yo disfruto de mi café y un sándwich de queso.

—La próxima vez traeré provisiones a tu casa, Abejita —dice suspirando con exageración dramática al acabar—. He estado a punto de desfallecer.

—¿Quién te dice que va a haber una próxima vez?

—Si no recuerdo mal, tú no parabas de pedirme más anoche, así que… creo que está claro. ¿O te arrepientes de algo?

—En absoluto.

Y se lo digo con una sonrisa, pero también con todo el cuerpo. Porque no hay lugar para el arrepentimiento cuando, por fin, algo empieza a parecerse a lo que siempre quise.

Besarnos en plena calle, a la vista de cualquiera, es otra de esas pequeñas cosas que echaba de menos. No tener que esconderme. No mirar hacia los lados con miedo. No temer a ser vista con alguien que me hace feliz.

—¿Emma? —escucho de repente, justo cuando estoy apoyada en el hombro de Marc.

Hace tanto tiempo que no oía esa voz que casi la había borrado de mi cabeza. Pero no. De golpe, todo regresa. Mi cuerpo se tensa, mi sonrisa se desvanece y el pulso se me acelera de una forma muy distinta a como lo ha hecho estos últimos días. Me giro despacio, como si supiera que mi pasado está a punto de golpearme en la cara.

—Llanos.

Marc me mira sin entender nada. Aún no le he hablado de ella. Pero no es tonto. Nuestro lenguaje corporal no deja lugar a dudas. Me aprieta la mano con fuerza y siento su apoyo en el gesto, aunque no sepa de qué está intentando protegerme.

—Te he visto a lo lejos y he pensado que eras tú —me dice con cautela—. Aunque no estaba segura… llevas el pelo más corto.

Me levanto de la silla. No quiero mirarla desde abajo. No quiero sentirme más pequeña de lo que ya me siento en su presencia. Marc se pone de pie a mi lado y observa en silencio, como una figura firme que me acompaña incluso en la confusión.

—Hola —le digo de manera fría y escueta.

—¿Cómo estás? Hace mucho que no nos veíamos.

—Siete meses —respondo con voz firme—. Más o menos. Desde el veintisiete de mayo, concretamente.

Le lanzo la fecha como un dardo. Que recuerde bien qué pasó ese día. Que no se le borre.

—Sí, claro… —Mira de reojo a Marc, incómodo, y él capta al instante la tensión que se ha apoderado del ambiente—. ¿Y cómo te va? —vuelve a preguntarme, como si eso importara.

—¿En serio, Llanos?

Marc se tensa más y me toca con delicadeza en el brazo. Le devuelvo la mirada justo antes de que me bese suavemente los labios. Un gesto de respeto, de complicidad. Una tregua en medio del torbellino.

—Voy un momento a mirar una cosa, ¿vale? Vuelvo enseguida.

Se aleja despacio, pero sin perderme de vista. Le hago un gesto con la cabeza para tranquilizarlo. Estoy bien. Puedo con esto.

—¿Es tu novio?

—¿Qué coño quieres, Llanos? —Decido ignorar la pregunta e ir directa al grano—. Podrías haber pasado de largo. Yo ni siquiera te había visto.

—Ya… No sé por qué me he acercado, realmente. Supongo que ha sido una mala idea.

—Bueno, ahora ya estás aquí. Si quieres decirme algo, dilo.

Me mira en silencio. Y, por un momento, veo cómo sus ojos se le humedecen. Baja la mirada al suelo. Respira hondo, como buscando estabilidad. La conozco demasiado bien. Vivimos juntas durante cuatro años. Sé que está conteniendo las lágrimas.

—Ha sido un acto reflejo. Te he visto y mi primera reacción ha sido acercarme a saludarte. Soy estúpida.

Me callo. No pienso rebatirle. Yo elegiría otras palabras. Más crueles, más precisas. Pero no quiero seguir abriéndome una herida que ya estaba cerrando.

—Solo quiero que sepas que Tony y yo no estamos juntos —dice al fin.

—No me importa y no me interesa para nada ni su vida ni lo que hagáis —respondo sin pestañear.

—Ya… pero quizás te haga sentir mejor saber que él no quiso nada conmigo.

—Pues lo siento por ti. —No lo siento en absoluto. Y lo dejo claro con mi tono irónico.

—Estuvimos juntos unas…

—Mira, ¡ya te he dicho que no me interesa! —La interrumpo dando un paso para irme—. No sé por qué me lo cuentas, no entiendo…

—Espera, por favor. —Ahora sí que empieza a llorar, con lágrimas finas y silenciosas. Me agarra del brazo con suavidad, impidiéndome marcharme.

Me detengo. Resoplo. Me gustaría no tener corazón, pero no es el caso.

—De acuerdo. Continúa.

—Estuvimos juntos dos semanas, más o menos. Pero para él yo solo era sexo, Emma. Yo estaba enamorada y, cuando se cansó de mí, me dejó. Me quedé destrozada porque te hice daño, porque eras mi mejor amiga. Lo siento muchísimo. Y ojalá puedas perdonarme. La cagué del todo.

Por un instante, me callo. Intento comprenderla. Intento no dejarme arrastrar por el rencor. ¿Qué me diferencia de ella? Yo estuve con un hombre casado, también por amor, sin pensar —o sin querer pensar— en la otra parte. Y sí, al ser mi amiga, lo que hizo Llanos fue aún más cruel. O tal vez más humano.

Sus lágrimas siguen cayendo. No monta una escena. No hay aspavientos. Pero su tristeza es silenciosa y persistente. Como un grifo que gotea. Por un segundo, siento lástima.

—Bueno, Llanos… lo siento por ti —le digo, esta vez sin ni un gramo de ironía—. Y no necesitas que te perdone. Para mí ya es agua pasada.

—¿Crees que podríamos quedar algún día? ¿Hablar tranquilamente?

Cierro los ojos. Mido cada palabra porque no quiero herirla, aunque ella me haya hecho daño. Pero tampoco puedo fingir que todo está bien.

—Mira, Llanos. No me apetece quedar contigo. Ya hemos hablado, y no quiero guardar rencor —le aclaro con suavidad—. Pero tampoco voy a fingir que no pasó nada. Aunque te perdone, no quiero tener ninguna relación contigo. Espero que lo entiendas.

—Claro… —murmura bajando la vista, como si esas palabras le confirmaran lo que ya intuía.

—El pasado no se puede cambiar, y no sirve de nada quedarse en él. Pero tampoco pienso reconstruir algo que ya no tiene sentido. Yo he decidido quedarme con lo bueno y avanzar. Te aconsejo que hagas lo mismo.

Llanos asiente lentamente. No dice nada más. Solo se gira y se aleja entre la gente.

Entonces, Marc regresa a mi lado sin decir una palabra. Me ofrece una pequeña maceta con una flor de Pascua roja, navideña y absurda, y me da un beso cálido en la cabeza. Justo lo que necesitaba. El presente me toma de la mano y me recuerda que estoy bien. Que estoy aquí. Que estoy viva.

Pasamos el resto del día paseando, riendo y robándonos besos en cada rincón de la ciudad. Todo huele a invierno, a castañas, a luces que se encienden temprano. Cuando el frío empieza a colarse bajo el abrigo, me acompaña hasta el portal de casa.

—¿Subes? —le pregunto entre suspiros y algún gemido ahogado.

—No puedo —me contesta escondiendo la cabeza en mi cuello—. He estado fuera todo el día y necesito ducharme, cambiarme, organizarme. Tengo el piso hecho un desastre.

—¿Me estás rechazando? —exclamo con fingida indignación.

—No seas mala, por favor. Necesito prepararme. Lo tengo todo a medias y mañana tenemos mucho trabajo.

Y es entonces cuando me cae encima como una ducha helada. Mañana estaremos juntos en las oficinas de DIP Technologies, delante de todo el mundo. Y yo no tengo ni idea de cómo voy a disimular que quiero que me folle en cada sala de reuniones. Ni cómo voy a gestionar ver a Sergi después de todo.

—Tienes razón. Mañana puede ser un día complicado en muchos sentidos.

—Complicado no —responde, como si me leyera la mente y supiera exactamente en qué estoy pensando—. Lo resolveremos juntos.

Y, de repente, lo creo. Porque en sus ojos no hay duda, ni miedo, ni sombra alguna del pasado. Solo el presente. Solo nosotros.



Cuando subo y me echo en el sofá, lo primero que hago es liberarme de los tacones con un suspiro de alivio. Los pies me arden como si me hubieran castigado todo el día por atreverme a disfrutar. Al levantar la vista, veo los guantes que Marc se quitó la noche anterior y que olvidó ponerse esta mañana. Están sobre el respaldo del sofá, como si me esperaran. Me los pongo despacio, sintiendo aún su calor, como si sus manos no se hubieran ido del todo.

Mis dedos se pierden dentro del forro suave y cálido. Mis manos parecen diminutas dentro de los guantes grandes y oscuros de Marc, y esa simple diferencia de tamaño me enternece más de lo que debería.

Cierro los ojos. Respiro hondo. Repaso mentalmente lo que ha sucedido en los últimos días y me doy cuenta de que he estado metida en un torbellino. Uno de esos que no avisan, que te zarandean, te marean y, cuando por fin te sueltan, no sabes si estás flotando o cayendo.

Primero, la ruptura con Sergi. O el principio de ella. Creo que él todavía no lo tiene del todo claro, pero pronto lo tendrá. Muy pronto. Después, Julio. Volver a hablar con él y recuperar su amistad es algo que no sabía que necesitaba hasta hace dos días. Desde entonces, me ha escrito varias veces, demostrándome que no me guarda rencor y con la promesa firme de quedar con más calma en su próxima visita. Le dije que lo echaba de menos. Y era verdad.

Además de recuperar a mi mejor amigo… voy a ganar un primo. Una frase que todavía me parece tan rara como bonita.

Y luego está Marc.

Intento dejar la mente en blanco. Solo quedarme con la imagen de su boca sobre la mía, sus manos tocándome, sus ojos mirándome como si yo fuera una especie de milagro que no termina de creerse.

Me enrosco sobre el sofá, abrazando los guantes contra mi pecho como si pudieran contenerlo a él entero, y los acerco a mi cara. Huelen a su perfume. A algo fresco y masculino que me resulta ya demasiado familiar.

—Alexa, reproduce *Love Story*.

—Reproduciendo *Love Story* y canciones similares en Amazon Music —responde la voz mecánica.

La melodía comienza a sonar y me dejo llevar. Apoyo la cabeza en el respaldo y dejo que mi imaginación me lleve de vuelta a su boca, a

sus dedos, a esa sonrisa torcida con la que consigue que mi mundo entero se detenga.

No sé si esto va a durar o si estoy a punto de precipitarme otra vez. Pero ahora mismo… no me importa.

# Capítulo 10



## Ley del cambio

**Vive y céntrate en el presente.**
**Las acciones pasadas**
**no las puedes cambiar.**

Volver a la rutina después de unas mini vacaciones es una mierda. No nos engañemos. Da igual que sea en el colegio o en la universidad. Pero, sobre todo, en el trabajo, por mucho que te guste. Siempre parecen insuficientes y, en mi caso, a mí no me sirven para recargar ninguna pila. Es que suelo volver con menos ganas de las que me fui. Siempre me ha pasado.

Al menos, hasta hoy, en el que tengo un aliciente extra con forma de ojos grises y sonrisa perfecta que, además, besa de escándalo.

Cuando entro en la recepción, Jessy me saluda un poco más simpática que antes. Me desconcierta y me deja pensando. No puedo evitar pensar que tiene que ver con que seguramente ha hablado con

Marc. CJ se queda a mi lado sonriendo y dudando si abrazarme o no. Finalmente me da una palmadita en la espalda y sé que, a su manera, es como si me hubiera llenado la cara de besos y me hubiera dicho lo mucho que me ha echado de menos.

Me presento ante mis jefes y veo al fondo a Sergi en su despacho. Me saluda tímidamente con la mano. Le devuelvo el saludo con la misma frialdad y me siento frente a mi ordenador, fingiendo concentración.

—Hey, CJ, ¿no ha venido todavía Marc?

—Sí, pero nada más llegar lo han mandado a la clínica. Parece ser que han tenido un problema con el programa y la aplicación móvil. No se enteran mucho. Marc estaba aquí el primero y lo han mandado a solucionarlo. Pero no te preocupes —me aclara enseguida—, no era nada importante.

Perfecto. Primer día y ya le toca apagar fuegos. Muy en su línea.

Cuando apenas he empezado a ordenar todo el trabajo que tengo que retomar, Marc entra en la sala Google y me mira sonriendo.

—Estos de la clínica nos van a dar bastante por saco —nos informa a ambos mientras se sacude el abrigo como si acabara de sobrevivir a una tormenta—. No veáis la que tenían liada.

Soy la reina del disimulo y, aunque tenga ganas de echarme encima de él, arrancarle la camisa de un tirón y tumbarme sobre él en esta

misma mesa de reuniones, me contengo. Anoche estuvimos hablando hasta las tantas por teléfono y establecimos unas pequeñas reglas que ahora me resultan difíciles de cumplir.

Regla número uno: vamos a esperar un poco antes de hacer público lo nuestro.

Regla número dos: antes de nada, necesito dejar del todo zanjada mi relación con Sergi.

Regla número tres (la mía, no pactada): no mirarlo más de la cuenta. Spoiler: no la cumplo.

Después de eso, hemos pensado concertar una reunión con Carlos y Lucas e informarles con toda la diplomacia corporativa posible.

—Entonces, ¿hay algo nuestro? —le pregunté anoche, tumbada en la misma cama que tan solo unas horas antes había compartido con él.

—Yo quiero que lo haya, Emma. Y quiero hacerlo bien.

—Sí. Yo también quiero hacerlo bien —le dije suspirando—. He sido un desastre hasta ahora.

—¿Y quién no lo es?

Así que hoy hago un ejercicio absoluto de contención y saludo a Marc como si lo de hace dos noches no hubiera dejado una marca imborrable en mi corazón.

El problema es que ambos disimulamos tan bien, que Sergi no se da cuenta de nada y me aborda en los baños cuando voy allí a mitad de

mañana.

—Ey, ¿es que piensas esconderte de mí?

—Yo ya no pienso esconderme de nada ni de nadie. —No sé si se percata del doble sentido—. Estoy muy ocupada.

—Vamos, Emma, ¿podemos hablar? —me pregunta cortándome el paso con su brazo, como si estuviera protagonizando un drama de sobremesa—. No estás siendo muy madura, ¿no crees?

—Lo que creo es que estamos en el trabajo y no es sitio para mantener esta conversación.

—Antes no te importaba que nos viéramos aquí —me recrimina—. Dime, ¿qué ha cambiado?

En esos momentos podría aprovechar para decirle muchas cosas. Por ejemplo, que sé que me ha mentido y que su mujer no está loca ni es ninguna psicópata que le hace la vida imposible, como lleva diciéndome desde hace cuatro meses.

Podría echarle en cara también que no me dijo que había estado anteriormente con Jessy, ni que la había dejado por mí. Y podría mandarlo directamente a la mierda y ahorrarme muchas explicaciones. Pero no. No voy a darle ni esa satisfacción.

—He cambiado yo —afirmo con toda la seguridad de la que soy capaz.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me has oído. Ya no quiero seguir con esto. Tú tienes tu mujer, y yo no voy a seguir escondiéndome ni siendo el segundo plato de nadie.

—Ya estás otra vez con el mismo rollo de siempre, joder...

—No, no te preocupes, que ya no lo voy a estar nunca más.

Doy un paso hacia la puerta y la abro con decisión, pero Sergi la cierra de nuevo en mis narices, con fuerza.

Me sobresalto. Tiene cara de pocos amigos, mandíbula apretada, las manos en los bolsillos como si le costara controlarse. Si estuviéramos en otro lugar, podría incluso asustarme. Pero a escasos metros están nuestros jefes. Y Sergi, por muchas cosas que sea, no es idiota. Sabe que si eleva la voz o pierde los papeles, le costaría mucho más que un problema de pareja. Y sabe también que Marc ha estado pendiente de mí en todo momento.

—¿Estás segura, Emma? Porque esto no tiene marcha atrás. ¿Lo sabes, verdad?

Supongo que pretende que suene como una advertencia, una amenaza velada. Para mí, en cambio, es la confirmación de que por fin estoy haciendo lo correcto. Y siento algo parecido al alivio. Al descanso.

—No tengo nada que pensar, Sergi. —Lo miro con la cabeza bien alta, clavando mis palabras como cuchillas—. Ahora, haz el favor de apartarte y déjame volver al trabajo.

Se produce un silencio. Largo e incómodo. Él parpadea lentamente, como si quisiera procesar lo que acaba de pasar. Luego se aparta un paso sin decir nada más, como un actor que ha perdido su papel. Me mira un segundo más, pero no añade nada.

Salgo del baño como si acabara de escapar de una escena de interrogatorio, y respiro hondo al pisar de nuevo el pasillo. No sé si es por la tensión contenida o por la sensación de haber recuperado, al fin, el control de mi vida.

Y al fondo, justo frente a la máquina de café, está Marc.

Como ha hecho durante toda la mañana, ha estado pendiente de Sergi, y, al ver que me seguía hasta el baño, ha esperado pacientemente en esa ubicación que le da una vista en primera fila de todo.

Está nervioso y se le nota muchísimo: los puños apretados, la mandíbula tensa, los ojos como si quisieran taladrar paredes. Me acerco a él sin decir nada, le dedico una mirada tranquila y le cojo del brazo con suavidad. No quiero un nuevo enfrentamiento entre ellos. Aquí no, y menos ahora.

Entonces parece recobrar la calma. Me mira y me sonríe. Y ese gesto basta para recordarme por qué todo esto merece la pena.



Desde que Marc y yo empezamos a salir, las jornadas laborales se me hacen eternas. Los proyectos se han acumulado y, en muchas ocasiones, tenemos que desplazarnos a las empresas de nuestros clientes para supervisar la implantación de los programas, además de proporcionar asistencia a los empleados que los usarán. Trabajamos juntos, pero apenas nos vemos.

Y cuando coincidimos en las oficinas, tengo que hacer verdaderos malabares para no tocarlo. Un roce de manos accidental. Un cruce de miradas fugaz. Una sonrisa disimulada al pasar por su lado. Todo está contenido, medido, reprimido.

Encima, Sergi es un grano en el culo que no deja de soltarnos indirectas. Estoy casi segura de que sospecha que estamos juntos. Y me encanta que lo sospeche.



Me gustaría poder decir que, al salir del trabajo, todo es perfecto y que pasamos la mayoría del tiempo libre juntos. Pero tampoco es así.

La madre de Marc ha venido desde Argentina a pasar la Nochevieja y el Año Nuevo con él. Y no ha venido sola. Se ha traído a su nuevo marido… y a los dos hijos de él. Toda la *troupe*. El piso de Marc se ha convertido en el camarote de los Hermanos Marx. Literal.

Aunque tienen dos habitaciones, la convivencia es imposible para una pareja que lleva semanas deseando abrazarse por la noche.

Hacemos escapadas furtivas a mi casa cuando podemos, como si fuéramos adolescentes buscando un rincón donde besarse sin testigos. Pero echo de menos dormir juntos. Despertar con su respiración en mi cuello. Ver su pelo alborotado al otro lado de la almohada.

Marc me presenta como su novia y se me hincha el corazón al escucharlo. Nunca me habían llamado así con tanta naturalidad y tanto orgullo. Y aunque a veces no tengamos el espacio que queremos, sí tenemos algo mucho más valioso: la certeza de que estamos empezando algo real.

Me desahogo con Ruth, a quien tengo un poco abandonada en estos últimos días. Se nota que lo ha notado, porque en cuanto descuelga el teléfono, lanza su primera pulla con tono irónico.

—¿Qué le compro a Charlie para su cumpleaños?

—Estás malcriando a ese niño, Emma. Hace nada que le compraste regalos por Papá Noel, y seguro que en Reyes caerá algo también. No hace falta que además le compres por su cumpleaños. De todas formas, no se va a enterar.

—No digas tonterías. El primer año de edad es como cumplir los dieciocho. Merece un buen regalo y una fiesta por todo lo alto.

—Claro, quizás moje chupetes en vodka y haga que se desmadren todos sus amigos bebés. Las madres no sé si lo llevarán tan bien.

—Ponles cubatas a ellas también. Son madres de niños de un año, seguro que lo necesitan.

—En eso tienes razón. —Se calla un segundo, y escucho un suspiro al otro lado del auricular—. Bueno, ¿me vas a decir qué te pasa?

—No siempre te llamo porque me pase algo, ¿eh?

—Lo sé, tonta. Pero estás en plena efervescencia de amor, así que si me llamas y no estás con tu novio perfecto, es porque algo sucede.

—Odio que me conozcas tan bien.

—Ya sabes que es mi superpoder.

Suspiro de forma tan exagerada que suena a bufido. Ruth ríe, y yo le concedo la razón sin decirlo en voz alta.

—Pues lo que me pasa es que estoy frustrada, Ruth. Sé que su madre solo estará dos semanas, pero lo echo muchísimo de menos.

—Emma, lo ves todos los días en el trabajo. Eres una exagerada. Y dais mucho asco con tanto amor.

—Lo sé, pero en el trabajo apenas podemos pasar tiempo juntos. ¡Y apenas hemos tenido sexo! Solo hemos estado un par de veces desde Navidad. Su madre vino el día treinta y ya sabes: Nochevieja, Año Nuevo, vuelta al trabajo… Y encima los hijos de su padrastro son dos adolescentes salidos. Me miran demasiado.

—Es que estás muy buena, cariño. Y, en cuanto al sexo… ya llevas más veces con él en dos semanas que yo en todo el año pasado.

—Ay… lo siento, cielo. —Intento cambiar de tema porque sé que mi amiga lleva muy mal lo de su sequía sexual—. En fin… te dije que la madre de Marc era madre soltera como tú, ¿verdad?

—Sí, lo has mencionado alguna vez.

—Pues ahora que veo cómo interactúa con su madre, no sé… Él no lo quiere reconocer, pero creo que no saber quién es su padre le afecta más de lo que dice.

En todas las veces que hablo con Ruth, parloteamos sin parar de cualquier cosa, y, cuando deja de hablar para tomar aire antes de echarme el sermón, soy capaz de escucharla pensar al otro lado del teléfono. Ahora, en cambio, el silencio se vuelve espeso, incómodo, como si una barrera invisible se interpusiera entre nosotras, mientras espero a que empiece su charla.

—¿Qué me estás queriendo decir, Emma? —habla al fin. Su tono me suena duro, cortante, y me da la sensación de que está molesta de verdad.

—¿Qué? ¿Nada? ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Nada? ¿Estás segura? —insiste, sin suavizar la voz ni un ápice—. Porque, desde que estás con Marc, no haces más que sacar el tema de que su madre fue madre soltera como yo, una y otra vez, y me estoy empezando a cansar, ¿sabes?

Efectivamente, está dolida. Y es por algo que he dicho sin darme cuenta. Pero no alcanzo a entender qué.

—¿Qué? No quiero decir nada. Solo es una casualidad, y ya está.

—No. Acabas de decirme que crees que a tu novio le afecta no saber quién es su padre. Y eso, Emma... eso me duele. Lo dices porque piensas que Charlie va a tener una peor vida porque yo he decidido no tener nada que ver con su padre, ¿verdad?

Estoy completamente en shock. No puedo reaccionar. No había ni considerado que mis palabras pudieran sonar así. Entonces, mi amiga empieza a elevar la voz, y la noto temblar de rabia.

—Es por eso, ¿no? ¡Pues que te den, Emma!

—¿Qué estás diciendo? —balbuceo. Primero la sorpresa, después el pánico—. ¡No, Ruth! No era para nada mi intención insinuar eso. Perdona si te he dado esa impresión, de verdad. No tiene absolutamente nada que ver con Charlie. ¡Yo siempre digo que eres una madre genial y… lo digo porque lo pienso, joder!

—Sí, Emma. Pero sí tiene que ver. Y duele. Mira, déjalo, ¿vale? No quiero seguir hablando contigo.

Sin darme ni siquiera la oportunidad de excusarme o intentar explicarme, Ruth cuelga la llamada, y me quedo con el teléfono pegado a la oreja y la boca completamente abierta. Lo sé porque noto el sabor

salado de las lágrimas, que no me he dado cuenta de que caen como una cascada por mis mejillas.

Vuelvo a marcar su número, pero salta el mensaje de voz. Le escribo. Le suplico. Le pido mil veces perdón. Le doy mil explicaciones que no sé si van a llegar. Miro la pantalla, paciente, ansiosa, como si pudiera convencerla solo con mi mirada. Veo los tres malditos puntos que indican que está escribiendo… pero el mensaje no llega nunca.

—Vamos, Ruth, dime algo, por favor… —le hablo al móvil con voz temblorosa. Pero nada. Solo silencio.

Cuando llamo a Marc, llorando, no duda ni un segundo y viene enseguida a mi casa. Me siento culpable porque deja a su madre por mí, pero, al mismo tiempo, eso solo hace que me guste aún más. Ese tipo de gestos valen más que mil declaraciones de amor.

Teníamos planes para pasar la noche de Reyes con su familia, y tengo que cancelarlos sin poder evitar que se me quiebre la voz al decírselo.

Cuando le explico que he tenido una bronca con Ruth y que no me contesta al teléfono, omito la parte en la que él está implicado. Solo le digo que necesito ir a casa. Necesito hacer lo que sea para arreglarlo.

Ruth es, además de mis padres y mi abuela, la única persona que ha estado a mi lado en todas las versiones de mí misma. No puedo, ni quiero, perderla.

Tengo la costumbre de evitar los conflictos, de dejar que el tiempo lo calme todo, como si el silencio fuera mi escudo, pero cuando se trata de mi mejor amiga… soy capaz de todo. Si tengo que arrastrarme, lo haré. Si tengo que enfrentarme a ella mil veces, también. Pero lo que está claro es que no pienso dejar que nuestra amistad se muera por un malentendido. O por mi tendencia crónica a hablar antes de pensar.

¿He dicho ya que soy una estúpida?

Y así, maleta en mano y con el corazón encogido, hago de nuevo el camino hacia mi casa en tren. Otra vez cargada con bolsas llenas de regalos y arrepentimientos. De este año no pasa: me compro un coche. Aunque sea del tamaño de un carrito de helados.

Mi madre me recibe con los brazos abiertos y mil preguntas en los ojos, que sé que acabaré respondiendo más pronto que tarde.

Mi abuela, sin decir nada, me lo dice todo con una sola mirada.

—Sí —le susurro al oído, procurando que mi madre no se dé cuenta —. Marc y yo somos novios ahora. Pero, por favor, no se lo digas todavía, ¿vale?

—Claro, cariño. Ya sabía yo que los dos teníais el mismo brillo en los ojos.

Lo dicho: mi abuela es una bruja buena. Una que ve más que el resto del mundo.

Le escribo a Julio, tal y como le prometí, y quedamos para tomar un café. Necesito consejo de alguien que me conozca desde siempre y que no me endulce la verdad.

—¿Crees que soy mala amiga? —le suelto, sin anestesia. Quizás es una pregunta demasiado directa, más teniendo en cuenta nuestro pasado, pero necesito una respuesta sincera antes de ir a ver a Ruth—. No me refiero a lo de nosotros. Eso fue de ser mala novia. Me refiero a la amistad.

—Vaya, Emma. Es una pregunta muy...

—No hace falta que me respondas —lo interrumpo enseguida, con un suspiro cargado de culpa—. Soy una egoísta de mierda, lo sé. Incluso ahora que quedo contigo, lo único que hago es hablar de mí. No tengo remedio.

—No lo eres. Si lo fueras, ni siquiera podrías reconocerlo. Además, todos somos un poco egoístas. Forma parte del paquete humano.

—Tú no. Ni siquiera eres rencoroso. Si lo fueras, no estarías aquí conmigo. No me habrías perdonado.

—Mira. Yo fui el primero en ser egoísta con lo nuestro. En el fondo, siempre supe que tú no sentías lo mismo que yo. Pero, por puro egoísmo, quise seguir. Porque quería estar contigo. Porque me convenía sentir que te tenía, aunque fuera a medias. Así que no me digas que no soy egoísta.

¿He dicho ya cuánto echaba de menos a Julio? No puedo decirlo lo suficiente.

Cambiamos de tema. Le pido que me cuente los detalles de cómo empezó a salir con mi prima. Quiero saberlo todo: el primer beso, la primera vez que la invitó a cenar, cómo supo que era ella. Mientras me lo cuenta, se le ilumina la cara.

Y entonces lo sé con certeza. Está enamorado. De verdad- Y lo noto porque yo siento exactamente lo mismo por Marc.

Después de hablar con mi amigo, me siento un poco mejor. Más centrada. Con las fuerzas suficientes para hacer lo que tengo que hacer: ir a casa de Ruth y hablar con ella.

Marc también me manda ánimos con una foto suya lanzándome un beso. Me sorprendo mirándola más veces de las que quiero reconocer. Es casi ridículo el efecto que puede tener en mí una simple imagen suya con los labios fruncidos. Ridículo… y real.

Es la misma Ruth quien abre la puerta cuando llamo al timbre. No me mira. Agacha la cabeza como si le pesara el mundo entero sobre los hombros.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con la vista en el suelo.

—No contestabas a mis llamadas ni a mis mensajes. No me has dejado otro remedio que venir a hablarte en persona.

Ella asiente levemente y, sin decir nada más, deja a Charlie al cuidado de su tía.

Salimos a la calle en silencio. Un silencio espeso, incómodo, que ninguna de las dos sabe cómo romper. Caminamos juntas, pero muy lejos la una de la otra. No recuerdo, en toda nuestra amistad, tanto tiempo sin hablar estando juntas. Es casi antinatural.

Nos perdemos entre la gente que corre de tienda en tienda apurando las últimas compras para la noche de Reyes. Finalmente, entramos en una cafetería. Una de esas con olor a croissants recién hechos y música de fondo que no molesta. Será mi tercer café del día, y empiezo a notar cómo mis pensamientos van más rápido de lo que pueden soportar mis emociones.

Nada más sentarnos y con nuestra taza delante, me lanzo sin red.

—Soy idiota, y también una egoísta. Soy mil cosas malas que sé que tengo que cambiar, pero también estoy convencida de una cosa, y es que te quiero muchísimo y siento en el alma haberte ofendido. No sabes cuánto. Te pido mil perdones y haré lo que sea para lograr que todo…

—Para, Emma, no tienes que disculparte —me interrumpe con suavidad.

—Por supuesto que tengo que hacerlo. No voy a consentir que por mi culpa perdamos nuestra amistad.

Ruth baja la mirada y se queda callada. Hay algo diferente en ella, y lo noto enseguida. Su respiración es más contenida, más superficial. Algo le pesa, algo más allá del enfado.

Desde que nos conocemos —es decir, toda la vida—, solo la he visto llorar una vez. Cuando murieron sus padres hace ya quince años. Y entonces éramos unas crías pequeñas. Así que, cuando veo que tiene los ojos húmedos y que lucha por contener las lágrimas, me recorre un escalofrío que me anuda el estómago.

Sea lo que sea lo que va a decirme, es más grave de lo que he estado imaginando todo este tiempo. Me enderezo un poco en la silla, clavo los codos en la mesa y entrelazo las manos frente a la boca. Me preparo para lo peor.

—Emma. Tengo algo que decirte...

—Claro, dime lo que quieras. Te escucho.

El aire parece detenerse en la cafetería. Ruth hace una pausa muy, muy larga. Me mira a los ojos… y los aparta otra vez. Inspira, exhala. Luego vuelve a mirarme fijamente. Sus labios tiemblan. Y entonces suelta la bomba con la calma de una confesión imposible.

—Julio es el padre de Charlie.

Es como si se parara el tiempo. El murmullo de la cafetería desaparece. El mundo se disuelve a mi alrededor. Me quedo suspendida en una dimensión donde solo existe esa frase.

*Julio es el padre de Charlie.*

Si esto fuera una película de época, yo estaría ahora mismo en el suelo, desmayada, e intentarían que recuperara la consciencia colocando sales en mi nariz. Pero no estamos en el siglo XIX, y ninguna de las dos somos unas damiselas inocentes e indefensas.

Así que me quedo quieta. Helada. Mirando mi taza de café como si de pronto contuviera todas las respuestas del universo. La espuma, el sobre de azúcar abierto a medias, una pequeña hendidura en la madera de la mesa… Todo se vuelve intensamente nítido. Casi insoportable.

*Julio. Charlie. Ruth.*

—Esto debe ser una puta broma —acierto a decir al fin.

—No lo es.

—Hace solo unas horas que he tomado un café con Julio. Hemos estado hablando y no me ha dicho nada. Te pregunté y me dijiste siempre que el padre no era importante. ¡Me has ocultado esto durante dos años! ¡En mi cara!

Me levanto como si me quemara el asiento. El impulso me arrastra fuera de la cafetería. No quiero montar una escena. No quiero romper a gritar ni a llorar delante de todos. Pero no sé si voy a poder controlarme.

Camino rápido. El aire de enero me golpea en la cara como un castigo.

Al cabo de unos minutos, Ruth me alcanza en plena calle.

—Julio no lo sabe, Emma. Tú eres a la única a quien se lo he dicho.

—¡¿Qué?! ¿Cómo no puede saberlo?

—Por favor, si te paras, puedo explicártelo.

Pero yo no quiero explicaciones. O sí. O las necesito todas y a la vez ninguna. Solo sé que el suelo ha desaparecido bajo mis pies y tengo que aprender a respirar de nuevo.

Intentar escuchar lo que me está contando sin intervenir se me está haciendo insoportable. Trago saliva. Me retuerzo las manos sobre las rodillas. En mi fuero interno, en lo único que puedo pensar es: «Otra vez mi novio con mi mejor amiga». Esta vez con final a lo telenovela.

—En esa época, yo salía con ese chico del supermercado. Me ponía los cuernos cada dos por tres y yo pasé muy mala racha porque me gustaba de verdad. Tuve una época muy… Bueno, ya me entiendes. Me acostaba con todos los que podía solo para intentar hacerle daño. Pero siempre lo hacía con cabeza, Emma. Siempre usé condón con todos.

»Julio tampoco estaba muy centrado. Romper contigo le dejó muy tocado. Hablábamos mucho en aquella por entonces. Yo le contaba cómo me sentía, y él me hablaba de ti a todas horas. Y que no podía

olvidarte. Yo le conté cómo te sentías tú, que lo querías mucho pero no de esa forma y que no querías hacerle daño.

»Una noche, estábamos muy borrachos. Fue en una fiesta de Primavera y habíamos bebido mucho los dos. Él empezó a hablarme de Laura y yo le animé a que lo intentara con ella. También te oculté lo de que ellos estaban saliendo porque todo se complicó demasiado y, al saber que ahora están comprometidos y van a casarse, le añade más dramatismo a todo. Todavía no sé cómo sucedió, Emma, pero solo nos acostamos esa noche. Fue con el único que no usé preservativo. Lo demás es historia.

Levanto la cabeza de golpe, incrédula. Siento que la sangre se me agolpa en la cara, como si me hubiera golpeado una ola de agua helada. Me quedo paralizada por unos segundos, luego las palabras salen solas:

—¿Cómo puedes decir que es historia, Ruth? Tienes un hijo que no conoce a su padre. Y tienes a un hombre que es padre y ¿no lo sabe? ¿Cómo es posible? Julio no es tonto.

—Me preguntó en cuanto se enteró. Pero le dije que no era suyo. Sabes que Charlie se adelantó un par de semanas. No fue difícil convencerle.

—¡Eso da igual, joder! Tiene derecho a saberlo.

—Lo sé. Pero tenía miedo.

—¿Miedo?

—Miedo a esto. A tu reacción. A la de todos los que nos conocían. Nunca me planteé abortar. En ningún momento pasó por mi cabeza, ni siquiera cuando pensaba que podía ser de cualquier gilipollas con el que me había acostado. Cuando me enteré de que estaba embarazada, supe en el acto que era suyo y eso todavía me convenció más de tenerlo. Si no pensaba abortar pensando que era de cualquiera, menos sabiendo que era de Julio. Es un gran chico.

Mi café se ha enfriado, igual que mi cuerpo. Me siento como si me hubieran vaciado por dentro. No hay rabia. No hay llanto. Solo ese temblor sordo y espeso que queda cuando se te cae el mundo encima y estás demasiado cansada para sostenerlo.

—Un chico al que le has ocultado que es padre, Ruth. ¡Por Dios! ¡Va a casarse con mi prima!

—Lo sé. Al principio iba a decírselo. Pero estaba tan feliz y tan ilusionado con Laura que no tuve el valor. Llevo demasiado tiempo con esta losa, ocultándote todo. Y ahora, con tu historia con Marc y que él nunca conoció a su padre… lo siento muchísimo. ¡No sé qué hacer!

Ella se rompe del todo. Sus palabras se ahogan en un sollozo contenido. Se limpia la nariz con la servilleta del café. Yo sigo sin moverme. Sigo clavada en el asiento como si el universo estuviera en pausa esperando mi veredicto.

—Tienes que decírselo, Ruth. Y no tardes en hacerlo.

# Capítulo 11



## Ley de la paciencia y la recompensa

**Trabaja y sé constante**
**para conseguir**
**lo que te hace feliz.**

—¿Te lo puedes creer?

Marc está tumbado en el sofá, con la cabeza sobre mis rodillas, y yo le acaricio el pelo con esa cadencia involuntaria que se crea entre dos personas cuando el cuerpo ya ha memorizado al otro.

Me escucha con una paciencia casi antinatural —de esas que solo se ven en monjes tibetanos o en hombres enamorados— mientras yo intento digerir todo lo que llevo atravesado en el pecho desde la confesión de Ruth.

Desde que he vuelto, tenía solo una cosa en mente. Pasar el mayor tiempo posible con él, haciendo el amor y… bueno, básicamente ese

era mi único plan. De traer comida ya se encargaba él.

Pero no solo de polvos vive el amor. Al menos no el que tiene futuro.

Aunque sea el principio de nuestra relación y eche muchísimo de menos el sexo con él, también hablamos. Me cuenta cómo fue la noche de Reyes con su madre. Que sus nuevos «hermanastros» son unos adolescentes salidos a los que pilla más de una vez viendo porno.

Y no exagera. Doy fe. Me miraban como si pensaran que podía convertirme en su madrina erótica. Un completo horror.

Entonces es cuando le cuento todo. Y esta vez no omito nada.

—¿Por qué crees que a mí me afecta no conocer a mi padre?

—¿De todo lo que te he contado eso es lo único que te importa?

—Realmente es lo único que veo que tiene algo de importancia. Lo de Julio y Ruth pasó hace dos años, pero lo que tú piensas, lo haces ahora. Está ocurriendo ahora y es lo que me importa a mí.

—Te he dicho que mi mejor amiga se acostó con mi novio, se quedó embarazada de él y no le dijo nada. Está privando a mi ahijado de un padre. Y, además, Julio es un tío estupendo. Creo que sí es importante.

—Creía que yo era tu novio…

—Ya me entiendes.

—Pues no, no lo hago. Julio fue novio tuyo hace más de cuatro años. Cinco, creo, ¿no? En aquella época no tenías ningún contacto con

él y hacía dos años que habíais cortado. ¿Qué más te da con quién se acostara?

—¡Se acostó con Ruth! Ella es mi mejor amiga. Y no me dijo nada. Además, ahora tienen un hijo. Julio tiene derecho a saberlo.

—Eso depende.

—¿Depende? ¿De parte de quién estás?

—No creo que sea cuestión de partes, Emma. Es solo que…

—Pues yo sí veo partes aquí. Quizás como tu madre no te dijo quién es tu padre piensas que está bien, ¡pero no lo está!

Y lo digo. Justo lo que no debía decir. Como si alguien hubiera pulsado el botón rojo del apocalipsis emocional.

Marc se queda quieto. Tan quieto que me doy cuenta de que acabo de cruzar una línea que ni siquiera sabía que existía.

La expresión de su cara cambia lentamente. El brillo que siempre tiene en los ojos —ese que me hace sentir que estoy a salvo, incluso cuando el mundo se desmorona— desaparece de golpe.

Sin decir nada, se incorpora y va hacia su chaqueta. Sus movimientos son lentos, medidos, como si contuviera algo mucho más intenso de lo que yo soy capaz de manejar.

Me arrepiento en el acto de lo que acabo de decir. Arrepentirme es poco. Si hubiera un pozo oscuro y profundo en mitad de mi salón, me

arrojaría de cabeza a él. No es lo que pienso, pero parece que acabo de meterme con su madre y la cara de Marc es todo un poema.

Un poema triste, de esos que acaban mal y te dejan el corazón arrugado.

Se está poniendo la chaqueta y no tengo el valor de decir otra cosa más que un «lo siento» que se me escapa del alma.

Lo digo bajito, como si mi garganta también quisiera esconderse.

La he cagado y, cuando cierra la puerta detrás de él, el sonido del portazo retumba en mis oídos el resto de la noche.

Un portazo que parece abrirme una grieta en el pecho. Una de esas que no se cierran con disculpas fáciles.

Aunque sé que no es ninguna excusa, tengo que decir en mi defensa que la noticia que me dio Ruth me tiene trastornada. En un juicio podría alegar locura temporal transitoria y saldría absuelta de todos los cargos.

Pero a mí no se me está juzgando por ser estúpida. El amor tiene sus propias leyes, y los crímenes a su nombre se pagan con la indiferencia. Y esta vez, la condena ha llegado antes de que pudiera alegar nada.

No sé si es ese el castigo que me está infringiendo Marc, pero es el que recibo. Trabajar codo a codo con alguien que te importa tanto y al que has hecho daño no es un castigo: es una tortura diseñada por el mismísimo diablo. Yo me impongo mi propia pena, y es mucho más dura que la que él me hace pagar.

CJ, como si fuera un cachorro atrapado entre dos humanos que se han dejado de hablar, empieza a notar que algo pasa. Intenta, a su manera, mediar en el conflicto.

—¿Cómo llevas el desarrollo de tu app? —pregunta.

—Bien, me falta poco para poder presentarla —contesto sin levantar la cabeza de mi pantalla.

—¿Y tú, Marc? ¿Estás en algo?

—No —dice escuetamente.

CJ nos mira varias veces, de uno a otro, con esos ojos de niño atrapado en la peor versión posible de una custodia compartida no declarada.

—¿Podéis hacer las paces y volver a ser amigos? —nos pregunta esta vez a ambos—. Esto es insoportable.

Es insoportable, sí. Un infierno silencioso con olor a café recalentado.

Estamos casi dos días así, y es mucho peor que cuando era borde conmigo y me llamaba Abejita para hacerme rabiar. Echo de menos

incluso su forma condescendiente de levantar una ceja cuando decía algo brillante y sabía que lo era. Hasta su arrogancia tenía encanto.

Me encierro en el baño y me miro en el espejo. Intento reparar el desastre de cara que tengo. Esas señales de haber llorado que se te quedan pegadas como si el alma se te hubiera salido por los lagrimales.

No quiero parecer débil. No quiero ser esa chica que llora en el baño por su casi-novio casi-exnovio con cara de anuncio de colonia.

Espera… ¿hemos roto? Ni siquiera acabamos de empezar. ¿Cómo puedo saber si hemos terminado algo que no sabemos si empezó?

Este sería exactamente el tipo de emergencia para la que Ruth era mi equipo de rescate, mi terapeuta y mi comando de intervención rápida. Pero no puedo acudir a Ruth. No esta vez.

Cuando voy a salir, hace su aparición Sergi.

—El que faltaba —me digo a mí misma.

—Hola, Emma. ¿Qué pasa? ¿Problemas en el paraíso?

—No sé a qué te refieres.

—Me he enterado de que Marc se va de la empresa.

—¿Qué?

—Eso me ha dicho Carlos. Tengo que prepararle el finiquito y el papeleo.

Lo dejo con la palabra colgando y salgo disparada de allí.

Entro en la sala como una exnovia furiosa en una telenovela, y Marc y CJ me miran como si acabara de irrumpir con una cacerola en la mano.

—¿Qué coño es eso de que te vas? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Ese capullo de Sergi es un bocazas. Iba a decíroslo ahora. A los dos.

—¿Nos dejas? Pero si no llevas ni dos meses aquí —pregunta CJ.

—Sí. Me han ofrecido un puesto de CISO en una empresa.

—¿Qué empresa? —le pregunto, cruzando los brazos y marcando distancias como si eso pudiera protegerme—. Una de las que *hackeaste,* ¿no?

—Sí. Esta no fue la única en la que me metí, pero sí la primera en ofrecerme un trabajo. He recibido un par de ofertas más y voy a aceptar una de ellas. El sueldo es mejor y bueno… creo que es una oportunidad para mí.

No lo dice con frialdad, pero tampoco con remordimiento. Y eso me duele más.

Cuando pensaba que todo se me estaba arreglando, que mi vida por fin dejaba de parecer una tragicomedia con guion improvisado, en cuestión de unos días todo se desmorona.

Marc se está despidiendo de todos, de mis jefes y de Jessy, y me espera en la puerta como si fuéramos dos desconocidos que se citan para devolver una chaqueta olvidada.

—¿Podemos hablar, Abejita?

—No me llames así, ¿vale? ¿Ahora quieres hablar? Llevas días fingiendo que soy prácticamente invisible, me entero de que te vas porque me lo ha dicho Sergi… ¡Por Sergi, Marc! Ha sido humillante. ¿Y ahora quieres hablar?

—No he estado ignorándote. Y esto lo tenía previsto antes de que empezáramos a salir. Carlos y Lucas ya lo sabían. Se lo comuniqué después de Navidad, pero luego pasó lo nuestro y después, con lo de mi madre y Ruth… En realidad, no hemos tenido oportunidad de hablar.

—Pues gracias, pero ahora la que no quiere hablar soy yo. Es muy considerado por tu parte avisarme de tu marcha el mismo día que te despides del resto del personal.

Doy media vuelta con toda la dignidad que me queda pegada al abrigo, aunque no puedo decir que haya hecho una salida triunfal: la escena ya ha terminado y lo único que me queda es esperar el autobús en la parada más fría del universo.

Marc se queda a mi lado mirándome. No dice nada, pero lo dice todo. Cuando al fin viene el autobús y subo, no lo miro. No me giro. Ni

un segundo. Marc se queda en la parada mientras yo me voy a mi apartamento helada, sola y triste.

Es ese tipo de tristeza que no grita ni llora, solo se sienta contigo en el sofá a mirar al vacío mientras abrazas una manta como si fuera una solución.

En estos momentos es cuando más echo de menos a Ruth. Ella estaría hablando conmigo hasta las tantas, con Charlie dormido encima como un koala agotado por la vida.

Charlie.

Julio es el padre de Charlie.

Mi amiga se acostó con Julio. No me lo dijo y tuvo a su hijo.

Y Julio no lo sabe.

Cada vez que trato de ordenar lo que siento, las piezas se descuadran más. Son tantas cosas que mi cerebro puede que explote de un momento a otro.



Llego a casa hecha polvo. Literal. Con la dignidad por los suelos y la autoestima medio derretida como si fuera mantequilla olvidada al sol. Lo peor no es que haya discutido con Marc. Ni siquiera que se marche. Lo peor es ese silencio incómodo entre nosotros, como una canción sin

estribillo, que me deja la sensación de que esto podría haber sido algo grande… y se ha quedado en algo medio.

¿Y qué hace una chica moderna con el corazón en pausa y un día de mierda? Exacto: autocompasión, drama y azúcar.

En el supermercado he comprado helado de chocolate con menta y una bolsa gigante de nubes. Autocuidado del siglo XXI. Y la cajera es la misma que la última vez.

—Hacía tiempo que no comprabas esto —me dice mientras pasa los artículos por la cinta—. Pensaba que se te había arreglado el año.

—Y yo —le contesto con una sonrisa triste—, pero se me ha vuelto a estropear.

El helado se me sube al cerebro y me hiela hasta la última de mis neuronas, las pocas que aún creen en finales felices. Decido darle una oportunidad más a la serie que me dejé a medias y empiezo el tercer capítulo. Pero en la pantalla una pareja está haciendo planes para irse de viaje y me pongo de mal humor. Otra más en una ficción que sí se va de escapada romántica mientras yo tengo conversaciones con una bolsa de nubes.

Empiezo a pasar por todas las secciones de la plataforma sin decidirme por qué poner.

—Ya lo he visto, aburrido, no me apetece, menuda basura, no estoy para romances ahora, ni mucho menos terror… —voy diciéndole a la

tele mientras paso con el mando a distancia como una autómata.

Mi dedo hace *zapping*, pero mi corazón sigue en pausa.

De repente, aparece en la pantalla *La princesa prometida*, y me paro. La he visto más de veinte veces y siempre es una opción perfecta cuando no sé qué ver. Pero… ¿estoy de humor para amores verdaderos? ¿Para segundas oportunidades y finales…? No voy a contar el final, por supuesto. Pero si nunca habéis visto esa peli, ya estáis tardando.

Son las nueve de la noche y llaman al timbre de abajo. No pienso abrir, por supuesto, no espero a nadie y pienso que quizás se han equivocado. Pero insisten al menos tres veces y empieza a molestarme. Me vibra el móvil y es un mensaje de Marc.

*¿Estás en casa? Estoy llamando a tu timbre.*

*¿Qué haces aquí?*

*¿Puedes abrirme, por favor?*

El corazón se me cae al estómago con efecto rebote.

Me miro de arriba a abajo y tengo que tomar una decisión rápida. Ya no me vale fingir que no estoy en casa. No sé por qué he abierto tan deprisa, pero tan solo tengo un par de minutos hasta que Marc se presente en mi puerta. Lo que tarda el ascensor en llegar a mi piso. Y eso contando con que no estuviera ya bajo.

No tengo tiempo de cambiarme de ropa, así que me quedo en pijama porque, cuando me miro al espejo, hay prioridades más urgentes que vestirme como si esto fuera una escena de *Sexo en Nueva York*. Me pongo encima la bata de seda y mi atuendo sube bastantes puntos. El pelo tiene pase porque aún no me había hecho un ovillo en el sofá, pero a mi cara le falta un poco de color. O mucho, como diría mi madre. Me doy un ligero toque con la brocha y mejora sustancialmente. Unas gotas de perfume y lista. Justo a tiempo de que toque a la puerta de arriba.

—¿Podemos hablar ahora? —me pregunta todavía en el descansillo.

Le abro la puerta sin decir nada, solo asintiendo con la cabeza y abrazándome a mí misma como si mis brazos pudieran evitar que me desmorone del todo. No es justo, para nada. Está perfecto, igual que por la mañana. Con un jersey de cuello vuelto color granate debajo de un chaquetón largo oscuro que contrasta perfectamente con el claro de sus ojos grises. Está guapísimo. Parece sacado de un catálogo de invierno escandinavo. Y yo estoy en pijama.

De ositos.

De todos los pijamas posibles, hoy tenía que ponerme ese.

—No sé de qué más podemos hablar, la verdad. Ya me lo has dicho todo.

—Te lo he intentado explicar esta mañana, pero apenas me has dejado, Emma.

—No hace falta que me expliques más. Sé que la cagué y lo siento mucho. Entiendo que te vayas. Tengo que aceptarlo, no te preocupes.

—Espera, ahora el que no lo estoy entendiendo soy yo. ¿Qué quieres decir con esto? ¿La cagaste con qué? ¿Qué has hecho, Emma?

—Lo que te dije, de tu madre, por lo de Ruth… ya sabes. Entiendo que quieras terminar lo…

—Un momento, un momento —me interrumpe levantando las manos—. ¿Terminar qué? ¿Estás rompiendo conmigo?

—¿Yo? Tú has roto conmigo.

—¿Cuándo? ¿De qué estás hablando?

—Ah, ¿no has roto conmigo? Pero llevas dos días sin hablarme apenas y te vas del trabajo sin decirme nada y…

—No puedo creerlo. Vamos a ver. Me enfadé, sí. Mucho además. Pero no solo contigo, Emma. Me enfadé también conmigo, y con mi madre, por supuesto. Llevo años estando enfadado y tratando de disimularlo. Llevo años intentando entenderla y tú pusiste el dedo en la llaga. Me enfadé conmigo mismo por enfadarme contigo incluso. En cuanto a lo del trabajo, es tal y como te lo he intentado explicar. Ya había aceptado la otra oferta antes de que tú y yo empezáramos. Pero las cosas se precipitaron y no tuve oportunidad de hablarlo. Luego, ese

imbécil de Sergi lo estropeó todo. Pero no he roto contigo. ¿Es que tú quieres romper?

—¡No! Quiero decir, no quiero pero creía que tú… ya sabes.

Marc se me acerca despacio, como si quisiera borrar con su cuerpo la distancia que nuestras cabezas han creado. Sonríe mientras niega con la cabeza. Es esa sonrisa de suficiencia y arrogancia que odié desde el primer momento que lo vi y me guiñó el ojo sin conocerme de nada. Esa mirada segura que me hace temblar las piernas. O que directamente me las desactiva. Como si tuviera un mando a distancia emocional.

Todavía lleva el abrigo puesto pero ahora se quita los guantes. Lo hace con esa calma milimétrica que debería estar penada por ley. Quizás ese sea uno de los gestos que más adore de él. Su manera de quitarse los guantes lentamente, mirándome, como si se deshiciera de barreras, una por una, para quedarse conmigo en carne viva. Y me recuerda la primera vez que estuvo en mi casa. Otro par de guantes que pienso robarle y quedarme para mí.

Pone sus manos alrededor de mi cintura, y es como si me sujetara no solo por fuera, sino por dentro. Me atrae para un beso corto. Su boca está fría y el contraste con la mía es maravilloso. Podría dejar para siempre el helado de chocolate con menta si son sus labios fríos los que consuelan mis noches más tontas.

Mi cuerpo lo necesita y él se da cuenta al instante. Le quito el abrigo y él destapa mi bata.

El pijama. De ositos.

Por un momento, me muero de vergüenza.

—Joder, Emma, eres tan sexy —me dice mirándome de arriba a abajo.

Parece que el pijama de ositos también funciona y le escucho gemir en mi boca cuando sus manos acarician mi piel por debajo de la tela. Ese gemido grave y repentino me recorre de arriba abajo como una descarga eléctrica. Su boca sabe a miel y limón y la mía a nubes de azúcar. Sus manos se calientan enseguida y recorren toda mi espalda. Entonces me aprieta el culo para acercarme más a él.

—Llevas demasiada ropa —le digo entre suspiros, queriendo sacarle el jersey.

—Paciencia. —Me agarra las manos con suavidad—. Todo llegará.

Se arrodilla con una lentitud medida, como si el tiempo estuviera completamente de su parte, y empieza a bajarme el pantalón del pijama. Pero de pronto se detiene en mis bragas. Me mira desde abajo y vuelve a sonreírme con suficiencia. Esa sonrisa. Esa maldita sonrisa. Yo cierro los ojos y diría que nuevamente vuelve a invadirme la vergüenza al ver las braguitas que me puse. Sin embargo, en esa

ocasión, con él de rodillas, quitándomelas lentamente, lo que menos estoy es avergonzada y sí un poco más desesperada.

Muy desesperada.

Echaba de menos que me hiciera temblar de esta manera y tengo que sujetarme a su pelo para no caerme mientras él me levanta una pierna y la pone sobre sus hombros.

—Quítate la ropa de una vez y llévame a la cama —le ordeno, un poco impaciente.

—La paciencia es amarga, cariño —me dice mientras se limpia la boca y se relame los dedos—, pero su fruto es dulce.

No sé si es Aristóteles o una receta de tarta de frutas, pero me dejo llevar. Me pruebo a mí misma en su boca mientras me besa y me alza, poniéndome entre sus piernas.

—Lo que tú digas pero…

No me da tiempo a terminar la frase porque, antes de que le diga que me folle, está ya dentro de mí, aún con la ropa puesta, como si las prisas fueran un lenguaje propio entre nosotros.

—¿No has dicho que tuviera paciencia? —Intento controlar mi respiración y que mi pulso baje de velocidad después de correrme, mientras miro desde la cama a Marc, que ahora sí, se quita completamente la ropa y se mete desnudo conmigo debajo de las sábanas.

—¿Y qué era aquello del fruto?

—La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce. No es mío, ¿eh? Es de Aristóteles.

—Paciencia es mi segundo nombre —le contesto—, mi primero es «Sin». Pero no es mío, es de Instagram.

Se ríe. Esa risa suya, esa mezcla de carcajada íntima y voz ronca, es peor que una droga. Si sus manos me encantan, su risa me vuelve loca. Así que me inclino hacia él de nuevo mientras todavía se sigue intentando recuperar.

—Y hablando de paciencia —le digo cuando deja de reír—. ¿Cuánto tardas tú en…? Ya sabes. Quiero decir, en recuperarte...

Le muerdo el labio inferior con suavidad mientras mis dedos ya se han puesto manos a la obra. Porque el postre solo acaba de empezar.



El sexo es maravilloso, estupendo, y te hace olvidar los problemas y las preocupaciones, al menos mientras dura el orgasmo. Es como meterte en una burbuja con banda sonora de gemidos y efectos especiales de Hollywood. Pero no lo soluciona todo y tenemos conversaciones pendientes entre nosotros. Quizás hoy no, pero pronto tendré que abordar algunos temas importantes.

Cuando me levanto, Marc ya está en la cocina, rebuscando por todos los armarios algo que comer, y me mira desesperado.

—Pero, ¿se puede saber tú de qué vives? No tienes nada en la despensa y en el frigo lo único que hay son yogures.

—Del amor, querido —le digo irónicamente. Y en cuanto lo digo, me quiero lanzar por la ventana. Aunque sea una tontería, me arrepiento de haber dicho eso enseguida. Me vuelvo, cerrando los ojos y riñéndome a mí misma. ¿Pero por qué coño he tenido que decir esa palabra? Idiota, idiota, idiota.

—Voy a salir a comprar algo —me dice, ignorando el comentario. Yo lo agradezco una barbaridad—. Vuelvo enseguida.

Sale tan rápido que ni abrigo se pone. Ni abrigo ni dignidad me ha dejado. Me quedo sola pensando en lo que acabo de decir y en cómo ha salido huyendo con la excusa de comprar comida. Lo ha hecho tan deprisa que no se ha puesto ni el abrigo. Si tuviera un látigo ahora mismo, me lo daría en la lengua hasta domarla.

Cuando vuelve con provisiones para una semana, se sienta frente a mí y empieza a devorarlo todo. Quizás solo le dure hasta el desayuno. O hasta el siguiente orgasmo, lo que llegue antes.

—Creo que tenemos que hablar de algunos asuntos —me dice, demasiado serio, cuando parece haber aplacado su apetito—. Lo de anoche estuvo genial, pero hay que aclarar las cosas.

Me he estado preparando mientras estaba fuera y, aun así, siento cómo se me acelera el pulso. Y no de la manera que más me gusta.

—Sí, lo sé. Y… ¿de cuántas cosas estamos hablando?

Se pone a hacer un gesto como si estuviera pensando y lo veo calcular demasiado. Demasiado. Como si fuera a leerme la lista de la compra emocional. Empiezo a asustarme de verdad.

—Más o menos de cuatro —empieza a decir mirándome con firmeza.

Yo, en cambio, agacho la cabeza como si me hubieran pillado copiando en clase de Matemáticas.

—En primer lugar, ¿puedes decirme por qué pensabas que había roto contigo?

—Pues ya te lo dije anoche. Porque la cagué haciendo ese comentario sobre tu madre y luego tú te fuiste y apenas hablamos durante tres días, dejas el trabajo y estabas muy frío conmigo y…

—Para, anda —dice, interrumpiendo mi monólogo con un gesto suave—. No soy de huir, ¿vale? Si te dio la sensación de que huía fue porque me dolió lo que dijiste y tenía que procesarlo. Pero tenías bastante razón. Quiero que sepas que me gusta hablar las cosas, no guardarlas para que exploten más adelante. Y no pensaba romper esto que tenemos por una discusión. ¡Por Dios, Emma! En cuanto al trabajo,

no me voy a otro país ni a otra ciudad. Seguiré aquí y viviendo en el mismo sitio. No tiene por qué cambiar nada.

—Vale, queda aclarado. Siento haber pensado que habíamos roto.

Sonrío.

Sonrío como si acabara de ganar una batalla legal sin abogado. La primera bronca la he superado con bastante éxito.

—Muy bien. En segundo lugar y aclarado esto ya: si voy a quedarme a dormir aquí más veces, debes tener provisiones.

Hago ademán de protestar, pero me para con la mano y con ese gesto que mezcla seriedad con comedia. Como si estuviera negociando con un vendedor ambulante.

—¡No es negociable! Y no me digas que traiga yo la comida porque a veces surgirán imprevistos y no podré. Si quieres que cumpla ahí —dice señalando el dormitorio—, debes alimentarme. Compra galletas, pan, huevos y no sé… algo que no sean yogures o nubes de azúcar.

—Vale. Compraré —contesto aguantándome la risa. Estoy a un «sí, mamá» de rendirme por completo.

—Genial, gracias. Ahora lo tercero, y no sé cómo empezar a decirte esto…

Si pensaba que antes estaba serio, lo de ahora es mucho más grave. Es entonces cuando me doy cuenta de que, la de hace un rato,

era su seriedad fingida. Un ensayo general. Esto, ahora, es la función principal.

—Me estás asustando. Habla ya.

—Está el tema de Ruth.

El tema de Ruth. Ruth, Charlie, y Julio.

Llevo más de una semana sin hablar con ella. Desde que me soltara esa bomba y su onda expansiva provocara todo lo que me ha pasado después.

—¿Qué pasa con ella? —le pregunto tragando saliva. Siento un nudo en la garganta tan apretado que podría desafiar las leyes de la física.

—Pasa que tienes que hablar con ella y solucionar todo esto. Me duele verte triste, y no intentes negármelo —me dice cuando intento interrumpirlo—. Se nota a kilómetros que esto te afecta más de lo que quieres reconocer.

Me retira cariñosamente las lágrimas que no me había dado cuenta que caían. Malditas traidoras. Y es entonces cuando me derrumbo completamente. Echo tanto de menos a mi amiga que me duele físicamente el corazón y, aunque Marc ayuda a que esa herida escueza menos, el dolor sigue ahí. Como un vendaje que no tapa del todo la herida y no la deja cicatrizar.

Espera pacientemente a que termine de desahogarme, apretándome con sus brazos contra su pecho. Y yo me aferro a él como si fuera un salvavidas en mitad de una tormenta. Me quedaría ahí para siempre, sin tener que enfrentarme a nada ni a nadie. En la calidez de sus brazos.

Al final consigo calmarme y que mis ojos dejen de llorar.

—Vale, tengo que pensar bien. Pero necesito a Ruth en mi vida. Y a Charlie. —Me levanto con determinación, limpiando el resto de mis lágrimas con el dorso de la mano, como si acabara de tomar una gran decisión en una serie dramática con música épica de fondo—. Lo resolveré. Pero, espera… has dicho que había cuatro cosas de las que querías hablar.

—Ah, sí. Y esto es un tema bastante serio también —me dice cruzándose de brazos.

—¿Otro más? Pues tú dirás.

—¿Vas a explicarme lo de las bragas con el dibujo de la Abejita?

Lo dice muy serio. Demasiado. Como si se tratara de un interrogatorio oficial por la Interpol.

Me lo quedo mirando, y entonces estallo en una carcajada tan inesperada que él acaba riéndose conmigo.

—¿De verdad vas a cerrar la lista con mis bragas?

—No son unas simples bragas. Tienen una abejita… ahí.

—Son cómodas. Y estaban limpias. Eso es todo lo que necesitas saber.

Y aunque intento no reír más, ya es tarde. La risa se me escapa por todos los poros. Marc se acerca de nuevo y me besa la frente. Esta vez no hace falta decir nada más.

# Capítulo 12



## Ley de la importancia y la inspiración

**Aporta, inspira y trata**
**de hacer mejores a los demás.**

Hace tan solo ocho meses no habría imaginado lo que estoy dispuesta a hacer ahora.

Voy al despacho de Carlos y Lucas con la determinación que no pensé que tenía. Pero quizás mi relación con Marc, la personal y la profesional, ha hecho aflorar algo que había escondido en lo más profundo de mí. Ambos nos retamos cada día profesionalmente y nos apoyamos en lo personal. Nos peleamos, nos besamos, nos empujamos hacia adelante.

Cuando les digo que voy a dejar el trabajo, no parecen sorprendidos, pero tampoco pueden disimular que les molesta. Los dos

intentan poner cara de póker, pero lo suyo es más bien cara de estar a punto de llamarme traidora en la cara. No tienen demasiadas dotes para la interpretación.

Durante las dos semanas que les doy de aviso, me mandan a hacer trabajos fuera de la oficina. Está claro que no quieren tenerme cerca y yo, en el fondo, lo agradezco. No me apetece despedirme con cafés incómodos y silencios largos. Prefiero cerrar esta etapa sin tanto drama.

Cuando llega la hora de irme, al único que sé que echaré de menos es a CJ, pero tengo planes. Grandes planes. De los que da un poco de vértigo pero también te hacen sonreír sola en el ascensor. Y espero que no sea la última vez que nos veamos.

—Os vais todos y, al final, me quedo yo aquí solo. —Pone una cara tan triste que me parte el alma. Sé que no lleva bien los cambios.

—Está Jessy, y seguro que traerán a alguien genial. Igual hasta tienes más en común con los nuevos que conmigo. A lo mejor son de esos a los que les gustan los videojuegos y el anime y tenéis un montón de cosas de las que hablar. Sabes que conmigo apenas podías hacerlo.

—Ya. Pero tú estás muy buena. Eso compensa bastante.

Me río tan fuerte que hasta Jessy levanta la vista desde su pantalla.

—Eso ha sido lo más bonito que me has dicho nunca.

—Eso no es cierto. Te he dicho muchas cosas bonitas.

—Tienes razón, pero esta me ha llegado al alma.

—Eso no puedo discutirlo.

Lo abrazo con fuerza. Es de esos abrazos que dicen más que cualquier carta de despedida. Y aunque me cueste soltarlo, sé que es momento de hacerlo.

Mis risas resuenan por todos lados y se cuelan en cada sala hasta llegar a la recepción, donde veo que Jessy se gira sorprendida. Hasta CJ parece contagiado por el momento, y por primera vez en mucho tiempo siento que me despido de este lugar con una sonrisa auténtica.

En todo el tiempo que llevo trabajando aquí, CJ nunca me había soltado un piropo así ni hecho ninguna alusión a mi físico con esa seguridad casi entrañable. Y, contra todo pronóstico, no ha sonado raro ni fuera de lugar. Solo sincero.

—Yo te voy a echar mucho de menos —le digo con toda sinceridad.

—Quería decirte una cosa antes de que te fueras. Has sido una gran compañera y me has tratado muy bien, a pesar de que yo soy… bueno, ya sabes.

—¿Un genio informático con pinta de *friki* adorable? Eso no es un defecto, CJ. Tú eres un gran informático. Eso es lo único que cuenta, y me ha encantado trabajar contigo. Tienes unas ideas fantásticas y solo tienes que aprender a encauzarlas en el camino correcto.

CJ se remueve un poco, como si estuviera a punto de soltar una confesión que ha ensayado mentalmente varias veces.

—Gracias, pero lo que quería decirte es que me voy a sacar el grado de ingeniero informático. Ya he estado preguntando lo que tengo que hacer y en septiembre me apuntaré online, para compaginarlo con el trabajo.

—¡Eso es fantástico! Lo harás genial, lo sé.

—Es gracias a ti. Y también a Marc. Vosotros me habéis hecho querer sacarme el título, así que…

—Bueno, CJ, me estás emocionando —le digo colocándome delante de él, pero dejándole ese espacio prudencial que tanto valora. Sé que no le gusta que invadan su zona de confort sin previo aviso—. ¿Me das otro abrazo?

—¿Me lo das tú? —pregunta haciendo un puchero que derrite incluso el trocito de hielo que tengo en el alma.

—Pues claro.

No es el abrazo más efusivo del mundo, pero viniendo de él… es perfecto. Me guarda con esa torpeza dulce que tienen los chicos buenos que merecen el mundo y que, por fin, empiezan a creerse que lo valen.

De Sergi ni me despedí. Y, sinceramente, agradezco que no trabaje hoy. Me habría incomodado hasta el aire. Desde que rompimos, apenas hemos cruzado palabra, y es un error en mi vida que ya no merece ni pie de página. Ni subtítulo. Ni nota a pie. Nada.

Jessy está en recepción atendiendo al teléfono, pero al verme recoger mis cosas, cuelga el auricular con delicadeza. Me mira con esa expresión contenida que nunca le había visto hasta hoy.

—Bueno, Emma, que te vaya bien —me dice amablemente. Es la primera vez que me habla a solas de algo que no tenga que ver con el trabajo—. Y cuídame a Marc mucho. Es un gran chico.

Sé que Marc y ella son amigos desde el principio, aunque no lo comentamos casi nunca. Siempre he tenido la sensación de que su cambio conmigo se debió a mi relación con él… y, por supuesto, a romper con Sergi. Todo encajó mejor después de aquello.

—Gracias. Lo mismo digo. —Abro la puerta dispuesta a salir para siempre de este lugar, pero justo antes de cruzarla, me vuelvo—. Solo una cosa. Siento mucho no haberte conocido mejor, Jessy. A veces no me entero de nada y me cuesta un poco entender las cosas. Siento haberlo hecho ahora que me voy.

—Más vale tarde que nunca —me dice con una sonrisa que por fin parece verdadera.

Y entonces lo entiendo todo. Se refiere a muchas cosas, pero sobre todo a una: haberme dado cuenta a tiempo de lo que no me hacía bien. Eso incluye a Sergi, por supuesto.

—Adiós, Jessy.

—Adiós, Emma.

Y, ahora sí, me voy. Con todo lo que eso implica.



Con el dinero que me pagan por la aplicación que llevo desarrollando desde la universidad, me da para muchas cosas. Para ver un local —no muy grande pero muy mono—, decorarlo a mi gusto y equiparlo con todo lo que necesito para montar mi propia empresa.

Pero… un momento.

Creo que no lo había dicho aún.

Resulta que mi aplicación para aumentar la rentabilidad y la productividad mediante el uso de *insights* impulsados por inteligencia artificial ha sido un éxito rotundo. Un pelotazo. Un «¡boom!» con muchas cifras detrás.

Así que ese fue el verdadero motivo por el que quise dejar DIP Technologies: ganas de emprender, dinero suficiente y, por una vez en la vida, un poco de confianza en mí misma.

Cuando se lo conté a mis padres, mi madre palideció, y mi padre hizo esa mueca que mezcla preocupación con consejos sobre lo seguro que es trabajar para una empresa tan rentable y lo difícil que es ser autónoma en este país.

Pero en cuanto solté lo de que había vendido el software a varias empresas por una buena cantidad de pasta, se les pasó rápido. Y cuando añadí que no pensaba volver a casa, se les pasó del todo.

El nombre ya lo tengo: EMC Digital. Me hace ilusión cada vez que lo digo. Y suena bastante profesional.

Mientras terminan las obras de mi nuevo lugar de trabajo, me tomo unos días de descanso. Y después de hablarlo con Marc, decido irme a casa de mis padres a desconectar un poco y alejarme de la gran ciudad.

¿A quién quiero engañar?

Me voy a casa a solucionar lo único que me quita el sueño desde hace un mes. Y me lo quita con una intensidad absurda.

Tomo un tren cargada, otra vez, con maletas y una bolsa enorme de regalos para Charlie.

Y esta vez no pienso dejarlo pasar. Voy a aprovechar también para ir al concesionario y volver con un flamante coche nuevo. Sí, ahora puedo permitírmelo. Por fin.

Echo tanto de menos a mi ahijado que me duele. Me duele literal. Como si alguien me apretara el pecho. Y en mis momentos más ñoños, me quejo a Marc con drama incluido.

—Los niños a esa edad no retienen las caras, Marc —le dije justo antes de irme—. Seguro que no me reconoce. No se va a acordar de mí.

—Eres una exagerada. ¿Por eso le llevas tantos regalos?

—No son tantos. Este es por Reyes… bueno, uno más, aparte de los que ya le di. Pero lo vi en el escaparate y no me pude resistir. Este otro es por su cumpleaños. ¡Cumplió un año la semana pasada y no tengo ni una sola foto soplando las velas! ¡Ni una!

—Habla con Ruth y soluciona esto de una vez —me dijo con cara de resignación mientras me acariciaba el pelo—. No soporto verte con esa cara de pena, Abejita.

Y tenía razón. Echo de menos a Charlie. Pero también echo terriblemente de menos a Ruth. Por muy dolida que esté, por mucho que me cueste perdonarla, es mi mejor amiga. O lo fue. Y ese «fue» es lo que más me duele de todo.

Aunque nuestra amistad no vuelva a ser lo que era, sé que tengo que hacer un esfuerzo. Por Charlie. Porque es mi ahijado y, aunque eso no tenga mucha validez legal, para mí tiene el mismo peso que si llevara un contrato firmado ante notario.

Quiero a ese mocoso como si fuera mío. Como si llevara su nombre tatuado en algún lugar invisible del alma.



Después de la pertinente visita a mis padres y a mi abuela, salgo en dirección a casa de Ruth con un nudo en el estómago y miedo a saber cuál de sus versiones me voy a encontrar.

La versión borde y sarcástica me gusta. Pero solo cuando la tengo de mi lado. Cuando corro el riesgo de convertirme en la principal diana de sus comentarios envenenados, ya no es tan divertida.

La versión predicadora, con sus sermones y consejos de terapeuta barata, puede ser incluso peor. Especialmente ahora, que intuyo que no me va a gustar nada de lo que tenga que decirme.

Pero sin duda, la que más temo es su versión pitbull de discoteca. Esa que saca cuando se siente atacada o cuando un desconocido se le acerca de más en una noche de copas. Esa Ruth que lanza miradas letales y palabras como cuchillos sin pestañear. Espero, por mi integridad emocional, que esa no sea la que abra la puerta.

Cuando llamo al timbre, Ruth me está esperando. Y lo primero que noto es el silencio.

—Se ha ido con Julio. Y con tu prima Laura, claro —me informa, apartándose ligeramente para dejarme entrar—. Les pedí que se lo llevaran a dar una vuelta hoy para que tú y yo pudiéramos hablar tranquilamente. Espero que no te importe.

—Vaya, eso es genial. —Trato de sonar natural, pero mi voz tiembla un poco—. Quiero decir, veo que os estáis coordinando. Eso está… bien.

Entramos en el piso. La casa huele a galletas, aunque no hay ni rastro de ellas. Por el suelo hay bloques de madera, coches diminutos y un peluche con una oreja arrancada.

Intuyo que también ha pedido a sus tíos que se fueran. Ruth siempre ha sabido organizar el caos cuando quiere. Aunque esté hecha pedazos por dentro.

—Sí. Fue duro al principio, pero lo vamos llevando —me dice, sin rodeos.

Y ahí está. Su voz firme. Pero sus ojos… Sus ojos están cansados.

—Mi madre me contó algo —digo con cautela—, pero ya la conoces… A veces dramatiza un poco. Y luego… —tomo aire al recordarlo todo—, bueno, Julio me llamó por teléfono. Estaba muy enfadado.

—Sí. Lo sé.

—También mi prima Laura. —Trago saliva, porque lo que viene me cuesta más de lo que esperaba. Pero no quiero empezar esta conversación con mentiras ni evasivas. Lo que tenga que pasar, ya no hay marcha atrás—. Ella tampoco estaba muy contenta, que digamos.

—Sí, lo entiendo perfectamente —responde con un tono bajo, como si llevara meses repitiéndose esa frase una y otra vez.

Y empiezo a sentir verdadera pena por mi amiga. Casi todo el mundo que conozco está enfadado con ella. Y no me parece justo. Ruth ha cometido errores, sí. Pero no es la villana de esta historia. Nadie lleva una etiqueta tan simple.

—Me preguntó si yo lo sabía. Y le dije la verdad, Ruth. Que no tenía ni idea. No podía mentirles. Tampoco quería que pensaran que estuve ocultándoles eso todo este tiempo.

—Lo sé. Y también lo entiendo. Julio me preguntó eso también, y le dije lo mismo. —Levanta por fin la mirada y me sostiene los ojos—. No te preocupes. Ellos no te culpan de nada.

Se hace un breve silencio. Una pausa necesaria entre dos personas que lo han sido todo y que tienen miedo de no volver a serlo.

—Ha habido bastante drama por aquí estas últimas semanas —añade finalmente.

—Puedo imaginármelo.

—Que va, Emma. No te lo imaginas en absoluto. Por mucho que te hayan contado, por mucho que pienses en esta situación… no puedes imaginar lo mal que lo he pasado. Ha sido bastante desagradable.

Su tono me rompe. No llora, pero la amargura en su voz pesa toneladas. Parece que lleva el peso del mundo a cuestas.

—Sus padres primero me acusaron de querer sacarle dinero, y después de ser una… Bueno, ya te puedes imaginar lo que me llamaron. Tuvimos que hacer una prueba de paternidad y luego se enzarzaron con mis tíos en plena calle, y…

—¿En serio? —me quedo helada—. Los padres de Julio son muy buenas personas. No me lo puedo creer. Quiero decir… ¿eso hicieron?

—No les culpo en absoluto, ¿eh? No me malinterpretes, entiendo su reacción y no hay rencor en ese sentido —me dice quitándole importancia con un gesto suave—. Yo haría lo que fuera preciso por Charlie, lo defendería a muerte ante cualquiera. Supongo que es una cosa de madres, ¿sabes? Es como… un instinto extraño que se activa cuando das a luz. En fin…

—¿Y cómo estás ahora? ¿Va todo mejor? —le pregunto con cautela, intentando aliviar un poco la tristeza que le provoca recordar todo aquello.

—Sí, en ese sentido sí. Está todo más calmado. Pero estoy triste, Emma. Ahora comprendo que hice lo que debía, pero sé que la cagué

contigo… y me arrepiento muchísimo.

Y ahí se cae mi última defensa.

La conversación está tomando un rumbo que no me esperaba. Había venido dispuesta a resistir: armada con argumentos, reproches, quizás alguna lágrima de rabia. Pensaba que iba a encontrarme a una Ruth enfadada, a la defensiva, tal vez con ganas de culparme por empujarla a contarle a Julio la verdad.

Pero no. Lo que tengo delante es a mi amiga. A Ruth. Sincera. Herida. Y llena de pena.

—No, no digas eso…

—Te echo de menos —me interrumpe con lágrimas en los ojos, y verla así me parte el alma—. Cometí un error y…

—Para nada, Ruth. No llames error a lo que pasó entre vosotros, porque eso nos dio a Charlie —le sonrío y pongo mi mano sobre la suya con suavidad—, y ese niño… es lo más bonito del mundo. Tal y como yo lo veo, el único error que cometiste fue no decírselo a Julio. Y eso ya está solucionado.

—No del todo, pero estoy en ello. —Respira hondo, y por fin noto un pequeño cambio en su expresión, como si por dentro comenzara a soltar algo—. Sus padres están bastante más amables. Fue conocer en persona a Charlie y… están como locos con él.

—Lógico. —Le devuelvo la sonrisa—. Ese crío es increíble. ¡Es mi ahijado! Algo habrá sacado de mí…

—Ya… —me replica con una risita entre lágrimas—. Ha sacado el mal despertar de su tía madrina.

Se me encoge el corazón.

La forma en que lo ha dicho, tan natural, tan como antes… Me dan ganas de lanzarme a sus brazos ahora mismo. Dar por cerrado este capítulo, sellar la herida con un abrazo y fingir que todo esto no ha sido más que una mala pesadilla.

Pero hay algo que necesito decir antes.

—¿Sabes lo que más me duele de todo esto? —le pregunto sin esperar respuesta—. Pensar en todas las veces que tú estuviste para mí. Has escuchado mis dramas, mis quejas y mis tonterías. Siempre me has dado buenos consejos, incluso cuando no te los pedía. Me duele que tú no sintieras que podías confiar en mí. Que creyeras que ibas a decepcionarme… o que yo no sería capaz de comprenderte. Y, sobre todo, me duele no haberte apoyado desde el principio, como tú siempre has hecho conmigo.

—Pero te hice daño. No debí acostarme con él —me dice bajando la mirada, mientras una lágrima le resbala por la mejilla—. Es una regla de oro entre amigas, y la incumplí totalmente.

—Buenoooo… —admito entrecerrando los ojos, con media sonrisa —. Vamos a partir de la base de que yo soy un poco idiota, ¿vale? Y quizás exageré con lo de que te acostaras con mi novio. Dejó de serlo hace años. Es que tengo un pequeño trauma con eso… creo que debo trabajar en ello.

—¿Entonces…? ¿Quieres decirme que todo este tiempo he pensado que me odiabas sin motivo? ¿En serio, Emma? —Se le abren los ojos tanto que, por un momento, pienso que van a salírsele de la cara como en un dibujo animado—. ¡No puedo creerlo! ¡Llevo semanas llorando!

Ruth se levanta de la silla de golpe, como accionada por un resorte. Y yo hago lo mismo… pero retrocediendo. Ha llegado. La versión *pitbull* de discoteca ha hecho su aparición estelar, y me recorre un escalofrío.

Ambas de pie. Frente a frente. Como dos pistoleras en duelo.

La vena de su cuello se le marca con una nitidez preocupante. Está al borde de la combustión.

—Vale —digo con las manos en alto, como si estuviera frente a un animal salvaje que no debo provocar—. Tampoco te pongas así. Al fin y al cabo… te acostaste con mi novio, ¿eh? Te lo recuerdo.

—¡Exnovio! —exclama con voz atronadora.

—Sí, eso. Pero ya conoces la regla de oro…

Ruth me lanza una mirada que haría temblar a cualquier ser humano con un mínimo instinto de supervivencia. Se pone en jarras, lo

cual me tranquiliza un poco: al menos ya no tiene los puños visibles, así que intuyo que está canalizando su rabia.

Aguanto la respiración. A cada segundo, su gesto se suaviza. La vena empieza a desinflarse. El huracán amaina. Y entonces, tras esa silenciosa batalla de miradas —en la que yo soy, evidentemente, la gran perdedora—, vuelve a hablar:

—Eres idiota, ¿lo sabes?

—Sí, muchísimo. Pero te quiero. Y te he echado tanto de menos… —le contesto en un suspiro, bajando la guardia por completo.

—Y yo a ti, joder. ¡Dame un puto abrazo antes de que me ponga a llorar otra vez!

# Epílogo



Mayo está precioso. Y el salón que Julio y Laura han elegido para su boda parece sacado de un catálogo de ensueño. Miles de flores decoran cada rincón: peonías, hortensias, lirios y tulipanes se agolpan en el recibidor y flanquean el pasillo que conducirá a los novios hasta el altar. La primavera está en todo su esplendor y el aroma de las flores se mezcla con los nervios típicos de un día así.

Julio está nervioso. Sus amigos, casi más que él. No paran de decir tonterías mientras esperan en la puerta de la iglesia, como adolescentes atrapados en cuerpos de chico de veintiséis años. Uno de ellos se acerca a mí, sonriendo con malicia.

—Espero que no montes otro espectáculo como el de hace seis años, Emma —me dice guiñándome un ojo, con tono de complicidad.

—Pues yo sí, tío —responde otro de los amigos, riéndose—. Sería una pasada. ¡La mejor boda del año!

A mi lado, Marc levanta una ceja. No es celoso, pero es curioso como un gato.

—¿Vas a decirme de una vez qué pasó en esa fiesta? —pregunta con una sonrisa ladeada.

—Cuando tú me digas por qué me llamas Abejita —le respondo, devolviéndole la sonrisa y zanjando el tema.

Mi madre y mi padre discuten en voz baja unos metros más allá. Ella le recrimina no haberse puesto la corbata que le compró especialmente para la ocasión, y él, imperturbable, sigue ajustándose el nudo de otra que encontró en un cajón. Mi abuela, al ver la escena, se acerca a nosotros. Sospecho que solo lo hace para no tener que escuchar la disputa conyugal.

—No sé si veré casar a otra nieta —dice al aire, sin dirigirse a nadie en particular, pero con el suficiente volumen como para que todos escuchemos—. Puede que esta sea la última boda a la que asista. Ya me queda poco tiempo...

—Abuela, de verdad… ¿no te cansas de decir lo mismo? —respondo poniendo los ojos en blanco, aunque no puedo evitar sonreír.

—Señora, está usted muy joven —interviene Marc, siempre encantador—. Y además, guapísima. Seguro que nos entierra a todos.

—No me vengáis con rollos —nos suelta ahora directamente—. A ver cuándo ponéis fecha vosotros.

—¡Abuela! —exclamo, colorada como un tomate.

Marc se ríe sin vergüenza. Yo, en cambio, no sé dónde meterme. Así que le cojo de la mano con decisión y lo arrastro dentro de la iglesia para esperar a los novios. Si avergonzar a las nietas fuera deporte olímpico, mi abuela se colgaría el oro sin despeinarse.

—Abejita —me susurra Marc cuando ya hemos tomado asiento—, tu abuela acaba de pellizcarme el culo.

—Ya te lo dije. —Me encojo de hombros conteniendo la risa—. Es la mejor de todos.

Laura está preciosa. El vestido, de un blanco roto, se ajusta con elegancia a su figura, como si lo hubieran cosido solo para ella. Cuando entra en la iglesia, todos contenemos el aliento. Se la ve radiante y nerviosa al mismo tiempo, como si no supiera si echar a correr o quedarse flotando en ese instante perfecto.

Julio, en cambio, desprende una serenidad que sorprende en un día como este. La observa caminar hacia él con los ojos brillantes, pero firmes, como si no existiera nada más en el mundo. Juntos recorren el pasillo hasta el altar, seguidos por mis tíos y los padres de él, una estampa serena, bonita, familiar.

La ceremonia es discreta y tradicional, con el punto justo de solemnidad y ternura. Los músicos acompañan con acierto, alternando piezas clásicas con otras más modernas en los momentos clave. En varias ocasiones ya he oído algún sollozo suave entre los bancos, y confieso que yo también he tenido que parpadear más veces de la cuenta.

Llega entonces el momento más esperado: el sacerdote se prepara para oficiar el matrimonio, mientras el cuarteto de cuerda interpreta una pieza instrumental tan bonita que me resulta familiar, aunque no consigo recordar de qué película es. Y justo cuando todos están pendientes del altar…

Entra él.

Charlie.

Viste pantalón corto beige, camisa blanca y una diminuta pajarita azul claro que le hace parecer un muñeco de porcelana. En sus manitas lleva una pequeña almohadilla con las alianzas bien sujetas, y al verle desfilar por el pasillo central, todo el mundo suelta un «oh» en unísono espontáneo y muy sentido.

Es, sin lugar a dudas, la estrella del momento.

Charlie camina despacito, con el ceño fruncido y la lengua fuera, concentradísimo en no tropezar. Cada paso es una odisea para sus diecisiete meses recién cumplidos —como insiste siempre Ruth en

recalcar, con esa manía tan de madre de contar la edad por meses y no por años—. Y aun así, se defiende como un campeón.

A su lado, vigilante pero sin robarle protagonismo, camina Ruth.

Mi amiga.

Está tan elegante que no pasa desapercibida. Ruth tiene esa presencia que no se compra ni se imita. Es preciosa, sí, pero sobre todo impactante. Cuando entra en un sitio, te obliga a girarte. Y si va vestida como hoy —con un vestido largo azul noche que le marca la silueta y un recogido que deja al descubierto su rostro sereno—, entonces es imposible no mirarla.

Se mantiene a una distancia prudente, dejándole a Charlie su momento de gloria. Solo cuando ve que no hay peligro de que se caiga, le deja continuar solo hasta llegar al altar, donde los abuelos lo reciben con los brazos abiertos. Orgullosos, emocionados, le recogen la almohadilla con las alianzas y le llenan la cara de besos.

Y entonces nos damos cuenta de que esta escena vale más que mil reconciliaciones. Porque después de todo lo que ha pasado, después de las lágrimas, las discusiones y las heridas, ver a Charlie llevar las alianzas une lo que parecía roto.

Nos deja a todos con una sonrisa tonta. Y con el corazón más lleno de lo que esperábamos.

Los padres de Julio no reaccionaron con amabilidad al principio, y es comprensible. No todos los días uno se entera de que tiene un nieto de un año del que nadie le había hablado. Pero son buenas personas. Siempre lo han sido, y así se lo dije a Ruth desde el primer momento. Solo necesitaban tiempo para asimilarlo.

Al final, los buenos sentimientos terminaron aflorando. Más que enfadados, estaban dolidos. Dolidos por haberse perdido el primer año de vida de Charlie, por no haber estado ahí cuando dio sus primeros pasos o dijo sus primeras palabras. Ese tipo de ausencias que no se recuperan, por mucho que el presente sea ahora luminoso.

Hoy, forman una familia enorme y peculiar, pero unida. Ruth está completamente integrada. Tanto es así que fueron los propios padres de Julio quienes más insistieron en que asistiera a la boda. Que no podía faltar. Que ella y Charlie eran parte de todo esto.

Mi prima Laura fue menos comprensiva. Y no la culpo. Pasar de casarse con tu chico a hacerlo con el padre de un niño de poco más de un año es una sacudida emocional importante. Pero, al igual que sus suegros, Laura es una mujer sensata y generosa. Le costó, sí. Durante los primeros meses apenas miraba a Ruth y, cuando lo hacía, era con una frialdad que helaba el aire.

Pero poco a poco el hielo fue derritiéndose.

Cuando comprendió que lo de Ruth y Julio fue simplemente un desliz, sin ningún tipo de sentimiento romántico detrás, empezó a bajar las defensas. Ahora incluso se llevan francamente bien. Comparten la crianza de Charlie con madurez, sentido común y, lo más importante, cariño. Es admirable verlas juntas.

Eso sí, yo, en uno de mis días más bocazas, tuve la brillante idea de decirles —en tono de broma, claro— que parecían una especie de pareja de tres y que vivían en un poliamor sin sexo. Fue gracioso hasta que vi la cara de Laura. La incomodidad fue instantánea y monumental.

Hay cosas que es mejor no decir, por muy ingeniosas que parezcan en tu cabeza. Hay barreras que no se cruzan, ni siquiera con humor. Y aunque luego me disculpé, sé que esa broma quedó marcada en el historial de «comentarios desafortunados que recordaré en mi lecho de muerte».



El banquete es espectacular. Como suele pasar en estas celebraciones, hay demasiada comida… y aún más bebida. Los platos se suceden uno tras otro sin pausa ni compasión, pero es la barra libre la que empieza a ganarse a los invitados. Los ánimos se calientan, las sonrisas se ensanchan y todo el mundo parece más feliz de lo habitual.

Los padres de los novios están pletóricos. Orgullosos, emocionados… y también ligeramente achispados. En especial mi tía,

que ha caído rendida ante los encantos de Charlie. Ya lo llama su nieto con total naturalidad. Celebra la boda de su hija, sí, pero también la alegría inesperada de haber ganado un nieto.

Ruth y yo no paramos de mirar el vídeo de Charlie caminando hasta el altar. Lo enseña como si fuera la primera audición de violín de su hijo en el conservatorio nacional, con una mezcla de orgullo, ternura y baba absoluta. Y yo no me canso de verlo. Hemos bebido un par de copas —además de la cerveza y el vino que nos han ido rellenando con entusiasmo durante la comida— y eso solo ayuda a que nos riamos cada vez más alto con cada repetición.

Entonces, como si el universo necesitara recordarme mis vergüenzas pasadas, vuelven a acercarse algunos amigos de Julio. Ya algo desinhibidos por el alcohol, repiten las mismas bromas que en la puerta de la iglesia, todas relacionadas con mi famosa actuación en la fiesta en la que rompí con él. Al parecer, la anécdota ya es legendaria entre ese grupo.

Marc, que al principio sonreía por educación, empieza a fruncir el ceño con impaciencia. Y entonces, no aguanta más.

—Ya está bien. ¿Cuándo vas a contarme qué es lo que hiciste en esa fiesta? —me pregunta, entre curioso y horrorizado—. Tengo una curiosidad enorme y, en cierta medida… un poco de miedo también.

—Espera, —interviene Ruth, divertida— ¿aún no se lo has contado? ¡Es una historia buenísima!

—Él ya sabe por qué no lo he hecho —respondo mientras clavo los ojos en él con una sonrisa traviesa, como si eso bastara para sostener el misterio un poco más.

—¡De acuerdo! —exclama Marc, alzando las manos con un gesto teatral de rendición—. Cuando vine por primera vez a DIP Technologies, Carlos y Lucas no dejaban de hablar de lo importante que eras para la empresa. Que sin ti todo se habría ido a pique, que eras muy trabajadora y mil cosas más. No te haces una idea. Decían que, a pesar de tu edad, eras la que mantenía a flote a la colmena. Que eras una abeja obrera que pronto se convertiría en reina. Me estuvieron repitiendo eso en bucle desde el primer día. Por eso empecé a llamarte Abejita. Siento que no sea nada increíble ni maravilloso. Solo es una tontería.

Hace una pausa para recuperar el aliento. Lo ha soltado todo de corrido, como si se lo arrancara del pecho.

—Y ahora venga, te toca. Cuéntame de una vez qué es eso tan famoso que hiciste en esa puñetera fiesta. No te dejes ni un detalle.

Ruth y yo nos miramos. Mi amiga está disfrutando esto más de lo que debería. Ya tiene la sonrisa pícara de quien va a contar una historia escandalosa y lleva años esperando la ocasión.

Yo, en cambio, empiezo a ruborizarme incluso antes de abrir la boca.

—Déjame contarlo, ¡por favor! —me suplica Ruth juntando las manos como si rezara—. Tú lo vas a hacer muy aburrido y esta historia merece emoción. Es épica, incluso.

—Eso es precisamente lo que más miedo me da —respondo con una sonrisa resignada—, la emoción que le vas a poner tú.

—Verás, Marc —empieza ella, encantada con su papel de narradora oficial—, teníamos un plan. ¿Eso te lo ha contado ya? Bueno, da igual. El plan era simple pero eficaz: unos cuantos amigos míos se acercarían mucho a Emma, para que Julio se pusiera celoso. Que discutieran, que se picaran, que exageraran todo… y así rompieran.

—Pero no hubo forma. —Tomo el relevo señalando hacia Julio, que en ese momento reparte sonrisas a los invitados mientras va de mesa en mesa—. Ese chico es un bendito. No se enfadaba por nada. Es más, cuanto más lo provocaba, más me decía que se sentía afortunado de tenerme. ¿Puedes creerlo?

—Sí, sí, lo que tú digas. Déjame seguir —me corta Ruth, impaciente —. Como dice Emma, no había forma. Así que ella empezó a desesperarse. Agarró una botella de whisky y…

—Era vodka. —La corrijo en voz baja—. Vodka rosa.

—Da igual lo que fuera, Emma, no interrumpas.

—A ti te gustan mucho las bebidas rosas, ¿eh? —interviene Marc con un guiño, recordando nuestra primera vez juntos. Yo le lanzo una mirada que le dice claramente que no es momento para ponerse nostálgico.

—A ver si me dejáis terminar los dos. —Ruth cruza los brazos con aire teatral, pero le brillan los ojos—. El caso es que Emma desapareció con la botella. Desapareció literal. Todo el mundo empezó a buscarla y Julio no hacía más que preguntar por ella a cada adolescente borracho de la fiesta. Estaba preocupadísimo.

»En ese momento, a mí se me iluminó la bombilla. Pensé que podía haber ido a la piscina, aunque mis tíos la habían cerrado expresamente para evitar accidentes. Básicamente, para que no se nos fuera de las manos y alguien decidiera hacer…

—¡Espera! —salta Marc, abriendo los ojos—. ¿Te bañaste desnuda delante de tus amigos?

—¡No! —respondo ofendida, como si me hubieran acusado de un crimen—. Además, ¿es eso tan grave como para romper con alguien?

—No lo sé, tampoco conozco tanto a Julio. A lo mejor era un puritano que…

—Escucha, si no quieres conocer el final de la historia, yo me callo, ¿vale? —interviene Ruth poniéndose en modo drama *queen*, con una mano en el pecho y gesto indignado.

—Lo siento, continúa —dice Marc, conteniendo la risa.

—En fin… —retoma Ruth con entusiasmo—. La encuentro en la piscina, bebiendo sola y mirando al infinito. Tenía una borrachera del quince, los ojos vidriosos, medio llorando, desesperada, sin saber qué más hacer. La cojo de la mano y la arrastro de nuevo a la fiesta. Entonces, de pronto, suelta un grito que se oyó hasta en el pueblo de al lado: «¡Tengo algo muy importante que anunciar!».

»Nos quedamos callados. Todo el mundo giró la cabeza. Y, de repente, me agarra de la camiseta y me da un beso. Pero no un piquito de amigas que tontean borrachas. No. Un beso con mucha lengua, y cogiéndome del cuello. Del cuello, Marc.

—¿Serás idiota? ¡Fuiste tú la que me metiste la lengua hasta la garganta! —la interrumpo, indignada.

—Vale, tiene razón —admite encogiéndose de hombros—. Me vine un poco arriba y aproveché para besarla como Dios manda. Nada de besos flojos. Si se hacía, se hacía bien. ¿No crees? —le lanza a Marc una mirada cómplice en busca de su aprobación—. Y, cuando al fin se separa de mí, anuncia a grito pelado: «¡Soy lesbiana!».

—¿En serio? —pregunta Marc, alucinando, mientras yo me tapo la cara con ambas manos—. ¿No se te ocurrió otra manera mejor? Pobre chaval…

—Era una cría idiota, inmadura, y además estaba desesperada y borracha. Muy mala combinación.

—El final te lo puedes imaginar —sigue Ruth con tono de narradora trágica—. Julio rompió con ella en cuanto terminó la noche. Encima, casi todos los presentes lo grabaron con sus móviles y lo subieron a YouTube. Se hizo un poco… viral.

—¿Fuiste tú la famosa chica que se enrolla con su amiga en una fiesta de despedida? —pregunta Marc tapándose la boca como si no pudiera creérselo.

—¿Es que tú también lo viste? —exclamo escandalizada—. ¡Mierda!

—No —responde él, riéndose en mi cara—, pero me habría encantado estar allí. Tendrías que haberte visto la cara.

—Pues te vas a quedar con las ganas —le contesto dándole un suave puñetazo en el brazo—. Lo retiraron todos. Ya no se puede ver.

—Bueno… —dice Ruth, alzando una ceja como quien sabe más de la cuenta—. Es cierto que lo retiraron, pero si haces una búsqueda exhaustiva, aún puedes encontrarlo en…

—Voy a matarte. Que lo sepas.



La fiesta posterior al banquete empieza a decaer. Han pasado más de diez horas de celebración entre la ceremonia, el cóctel de

bienvenida, la comida y el baile. Hace rato que los mayores se quedaron charlando en las sillas con el café en la mano, los jóvenes decidieron continuar la fiesta en otro sitio y, sorprendentemente, los únicos que aún resisten son los niños.

Pero Charlie es todavía un bebé de apenas diecisiete meses, y el cansancio lo ha vencido hace ya un buen rato. Se ha dormido en brazos de todos: abuelos, tíos abuelos, abuelastros y demás parientes orgullosos que se turnan como si jugaran a la silla caliente.

Ruth se me acerca para despedirse. Lleva los tacones en la mano, camina descalza sobre la hierba y tiene esa expresión que mezcla agotamiento y satisfacción.

—Bueno, amiga, voy a empezar a recoger e irme. A ver si me devuelven a mi niño y puedo acostarlo. —Suspira, divertida—. ¿Hablamos mañana?

—Por supuesto —le contesto, también con el cuerpo hecho trizas—. Vuelvo el lunes al trabajo. ¿Comemos mañana y nos despedimos?

—Si no te importa, mejor solo una cerveza. He quedado a comer con un chico.

—¿Qué me dices? ¡No me habías contado nada! —le recrimino, sorprendida.

—No hay nada que contar… todavía —me responde con una risita pícara—. Solo es un chico que conocí en… no te lo vas a creer. Es un

padre de una niña de la guardería. Pero tranquila, está divorciado. Así que vamos a comer juntos aprovechando que su ex se queda con la niña.

—¿Y con quién dejas a Charlie?

—Eso es lo mejor de tener prácticamente tres pares de abuelos. Se pelean por quedárselo, ¿sabes? Así que tengo bastante libertad… y creo que por fin voy a echar un polvo. Me parece que tengo telarañas ahí abajo.

—Qué bruta eres.

—Sí, ya lo sabes. Pero es completamente verdad. —Ruth me mira, sonriendo, aunque percibo algo más en su mirada. Un cambio silencioso, maduro, sereno—. Es broma. Me lo estoy tomando con calma. Por eso hemos quedado a comer. Y en domingo. No voy a liarme con cualquiera así como así. Ahora tengo a Charlie. Ya no soy la misma de antes.

La observo mientras va recogiendo sus cosas. Lleva bolsas con regalos, ropa de recambio del pequeño, algún juguete suelto y los pañales por si acaso. Me levanto para ayudarla. Al hacerlo, nos abrazamos en medio del salón semivacío. Sé que ella lo sabe, pero necesito decírselo una vez más.

—Estoy orgullosa de ti. Y ya sabes, cuando termines la comida con ese chico… quiero todos los detalles.

—Te los daré. ¡Despídeme de Marc! —me dice con una sonrisa cansada y luminosa, justo antes de perderse entre las últimas luces cálidas de la fiesta.



Los novios se han ido y la fiesta agoniza poco a poco. Todavía queda algún invitado con ganas de juerga, pero no encuentra compañía con quien compartirla. Marc y yo volvemos caminando, desde el salón hasta la casa de mis padres, cogidos de la mano y en silencio, como si estuviéramos dejándonos empapar por lo vivido.

—¿Te acuerdas cuando paseamos en Navidad por estas calles? —me dice de pronto, con una media sonrisa—. Fue raro venir aquí y pasar ese día con tus padres, y fíjate dónde estamos ahora.

—En el mismo sitio pero… —empiezo a calcular—. Espera, que no me salen las cuentas. Hoy es veinticinco de mayo, ¿no?

—Sí, Emma. Hoy hace exactamente cinco meses de aquel día.

—Eso es. Cinco meses.

—Quería comentarte una cosa que no te he dicho —añade de repente. Me quedo mirándolo, en silencio, animándole a continuar—. Estaba pensando en mudarme de piso. Sabes que cuando viene mi madre con Armando y sus hijos, no cabemos apenas, así que he buscado otro apartamento.

—Ah, vale.

—Está muy cerca del trabajo.

—Vaya… ¿ya lo tienes visto? —pregunto, intentando disimular mi sorpresa.

Nos quedamos callados unos segundos. No quiero parecer esa clase de novia controladora, pero no puedo evitar que me moleste un poco enterarme tan tarde. No es que necesite pedirme permiso, claro. Pero ahora somos más que novios. Compartimos un negocio.

Durante los dos primeros meses desde que me lancé como autónoma, tenía claro que, si el proyecto funcionaba, quería incorporar tanto a Marc como a CJ. De ahí el nombre que le puse a la oficina: EMC Digital. Por Emma, Marc y CJ.

Si no lograba mi objetivo, siempre podía decir que las siglas eran de «Emprendimiento, Marketing y Creatividad digital». Pero en el fondo… siempre supe lo que significaban de verdad.

—Verás, Emma —dice de pronto, apretando suavemente mi mano. Ese gesto basta para sacarme del bucle mental en el que había caído—. Hoy hace cinco meses desde que me invitaste a comer a tu casa, nada menos que el mismísimo día de Navidad. Prácticamente a un desconocido que no llevaba ni un mes trabajando contigo. Para mí, eso fue…

—Eso no fue nada, no digas tonterías —le interrumpo, quitándole importancia.

—Bueno, para ti serán tonterías, pero para mí fue un detalle enorme. Y si ya me gustabas antes, ahí… lo confirmé del todo.

—Fue nuestro primer beso —añado, bajando la mirada, con una sonrisa que no puedo evitar.

—Sí. Y además, en la estación de tren. Es un sitio muy romántico —suspira.

—¿En serio? —pregunto sorprendida— ¡Yo también lo pienso así!

—Es que lo es.

Llegamos a la esquina de la casa donde me crié. Esa casa donde, por fin, mi padre arregló el suelo de mi habitación y mi cuarto volvió a ser habitable. Pero cuando hago amago de subir los escalones, Marc me detiene con un gesto.

—¡Espera, no entres todavía! Quiero darte algo.

Entonces me enseña una cajita pequeña y rectangular, envuelta en un lazo rosa. Y ahí me tenso.

—¿Qué es esto, Marc? Espero que no te hayas dejado llevar por todo este rollo de la boda y esto sea algo relacionado con casarse y eso… Te recuerdo que todavía tengo veinticuatro años.

—Ábrelo y calla, por favor.

La caja no contiene un anillo. Resoplo. Tampoco son pendientes, ni un collar, ni ninguna joya. Es una llave.

—¿Y esto? —le pregunto, sin apartar la mirada del pequeño objeto de metal que tengo entre los dedos.

—Emma… Creo que nunca te he dicho «te quiero». Y cuanto más pienso en por qué no lo he hecho aún, menos sentido le veo.

Nuestro primer beso fue en una estación de tren. Nuestra primera comida juntos, en Navidad. Y la primera vez que hicimos el amor… nevó. He estado pensando que la primera vez que te dijera que te quiero… también tenía que tener un significado especial. Una boda lo tiene, y no quiero hablar de eso todavía, pero quizás algún día podríamos tener esa conversación. Hasta entonces… quería preguntarte: ¿quieres vivir conmigo?

Trago saliva. Me he quedado sin palabras. Vivir juntos es un paso importante, sí, pero si soy sincera… llevo un tiempo deseándolo. Sobre todo porque muchas noches dormimos en casa del otro, y cuando no lo hacemos, nos pasamos media madrugada hablando por el móvil.

—¿Puedes decir algo?

Me doy cuenta de que he estado demasiado tiempo en silencio. Entonces lo miro fijamente… y me echo a llorar.

—Emma, ¿qué pasa?

—Sí que quiero vivir contigo —le contesto mientras me seco las lágrimas con la palma de la mano—. Y, para que conste, y aunque tampoco te lo haya dicho todavía, yo también te quiero.

Pero antes quería preguntarte una cosa…

—¿Qué cosa?

—¿Podremos tener un gatito?




**El *spinoff* de *Las 12 leyes de mi karma***

Ruth tiene un hijo de dos años, un trabajo en una perfumería, una carrera en publicidad que aún no ha terminado…
y una decisión: volver a ponerse en «el mercado».

Esa es la idea. ¿Tiene un plan? Más bien todo se convierte en un caos romántico con perfume de comedia:
Un papá encantador de la guardería, un ligue de discoteca con baile incluido, un antiguo compañero que le ayuda con los trabajos, un match en Tinder con sorpresa desagradable… y hasta un desliz con una compañera de trabajo después de demasiados chupitos.

PREVENTA de 12 citas hasta ti




J.R. Landing, el autor más exitoso de la actualidad, va a desvelar su identidad. Cinco lectores de distintos lugares del país reciben una invitación que parece sacada de una novela: conocer en persona al autor más misterioso del planeta. Entre enredos, corazones heridos e islas privadas, descubrirán que a veces los libros no solo te salvan… también te encuentran.

ENLACE A AMAZON




Ana pinta cuadros, y dirige un hotel con más encanto que una postal. Todo va bien hasta que una noche llega Alex, un hombre de negocios con sonrisa de anuncio y compañía ruidosa. Una reseña simpáticamente quejosa lo trae de vuelta… y ahí empieza todo.

Álex siente un vacío que ni sus trajes caros pueden llenar. Ana es un torbellino de luz que lo descoloca. Y Santi, el socio leal de Ana, lleva años esperando su momento.

Entre desayunos caseros, propuestas inesperadas y corazones despistados, el amor empieza a florecer. Pero cuando el ex de Ana desaparece misteriosamente la historia da un giro que nadie veía venir.

ENLACE A AMAZON




Cuando la famosa actriz de Hollywood Carolyn Matz regresa al pueblo de su infancia tras la muerte de su madre, se ve envuelta en una serie de encuentros y desencuentros con sus amigos de la infancia.

Después de doce años, estos han seguido con su vida y no olvidan que Carolina, que es como realmente se llama, se marchara sin despedirse y no haya querido saber nada de ellos en todo ese tiempo.

Entre reproches, recuerdos y más de una sorpresa empieza a preguntarse si el amor que tanto buscó estaba, desde el principio, justo donde nunca se atrevió a mirar.

¿Y si el lugar al que juraste no volver… fuera el único donde te queda algo por descubrir?

ENLACE A AMAZON

## SOBRE LA AUTORA

Maya Sirval es una persona que siempre se ha dedicado a la música. Ha sido su trabajo pero también su gran pasión, pero como este es un mundo tan caprichoso a veces, decidió lanzarse a la piscina y sumergirse en su otra gran pasión: escribir historias.

Como ella misma afirma: «Trato de llevar a una página en blanco las comedias románticas que me gustaría leer o ver en la pantalla. Amores imposibles, inevitables, irrepetibles pero siempre con final feliz».

A su primera novela, 1 hotel para 2 *corazones*, le siguen *12 años sin ti* y *12 islas girando a la derecha*. Y muy pronto, llegarán otras historias. Las próximas, *Las 12 leyes de mi karma* y *12 citas hasta ti*, todas pertenecientes a la serie *12 comedias románticas y un amor desesperado*.

Te animo a que visites mis redes y te apuntes a mi grupo de lectoras de Facebook.

| | | |
|---|---|---|
|  Maya Sirval |  Maya Sirval Escritora |  Grupo de lectoras de Maya Sirval |

A quienes leen no solo con los ojos, sino con el alma.

A quienes no necesitan saber mi rostro para reconocerme entre las palabras. A los que se convierten en fans no por un nombre, sino por la emoción que una historia deja en el pecho.

Gracias por estar, sin verme. Por sentir, sin preguntar. Por confiar en que, al final, lo que importa no es quién escribe… sino cómo te hace sentir lo que lees.

Y sobre todo, gracias porque eres el motivo final que da sentido a mis novelas, quien aporta luz a mis ideas cuando solo me acompañan las sombras. Tus manos no firman estas páginas, pero están en cada una.

Este libro, como los anteriores, también es tuyo.

A riesgo de acabar con tu paciencia, te pido que dediques un minuto a valorar la novela en la plataforma donde lo hayas adquirido. Esa pequeña pero gran contribución es fundamental para aquellos que decidimos crear historias a partir de la palabra.

Con cariño,

**Maya Sirval**